

DELEITE LITERARIO I PARA JOVENES

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito legal LF07420058004455
ISBN 980-6394-44-5

ÍNDICE DE LEÍTE LITERARIO I
(Para jóvenes)

Alzuru Pedro
Arribas Margarita
Calzadilla Juan
Castro Albano Rosanna
Castro Avellaneda, Antonio
Cuevas Inés
D' Jesús Fanny
Febres Cordero Tulio
Galo Amabelia
Garrido Sylvester Diana
Guillén Ana María
Gutiérrez de Casalta Jazmín
Lázzaro María Luisa
Maldonado Pedro
Molina Gipsy
Mora-Morales Arturo
Palomares Ramón
Picón Salas Mariano
Plata Enrique
Rondón María Iholanda
Salas Aixa
Trejo Oswaldo
Vega Olivencia Carmen Amaralis
Velásquez Ramelis
Vivas Claudio

PEDRO ALZURU (Los Teques, Miranda, 1955), profesor de la Facultad de Humanidades, ULA, Sociólogo, UCV, Licenciado en letras, ULA, mención Magna Cum Laude, Maestría en Estudios de América Latina y Doctorado de Tercer Ciclo en estudios de América latina en Université Sorbonne Nouvelle, París III (1981 y 1984). Fue coordinador de Maestría en Literatura Iberoamericana, ULA (1998-2000). Coordinador de la Galería de Arte La Otra Banda (Dirección de Cultura y Extensión de la ULA) desde 2002. Profesor del Doctorado en Filosofía, ULA alzur@ula.ve.

OBRA LITERARIA: *La sensibilidad finisecular* (1993). *Zona Metropolitana* (1993). *El ensayo literario en Los Teques* (1996), *Del ultrabombre al hombre común* (1997). *Fiesta de la memoria* (1997). *Elogio del hombre ordinario* (1999). “La Pluralità Estetica: lasciti e irradiazioni oltre il Novecento” (Annali 2000-2001, Associazione Italiana Studi di Estetica, AISE, Trauben edizioni, Torino, agosto 2001) «L'estetica italiana contemporanea nel Venezuela: un'irradiazione possibile». Friedrich Nietzsche: Oltre l'Occidente (Edizioni Settimo Sigillo, Roma, enero 2002), «Stile comunitario e uomo qualunque». «La sombra del diablo» en *Posmodernidades* (La obra de Michel Maffesoli revisitada), Monte Ávila Editores Latinoamericana y Facultad de CES/ UCV, Caracas, 2004.

(De Zona Metropolitana)

NO ROBAR CÁMARA

Y si mi propósito fuera
perder el tiempo y la vida
no buscar trascendencia
no robar cámara
Esconderme en el tejido existente
en los sitios
donde vivo y trabajo
No buscar nada
que tenga relación con mucha gente
Bastarme con que mis “frases célebres”
sean oídas por amigos y amigas
en la mesa
en el lecho
Sentir como
el placer de lo “bello” o “interesante”
que pueda surgir de mí
se agota en el momento
lejos de luces
de registros
lejos de todo lo permanente
impedir que cualquiera de mis acciones o ideas
vayan a parar a un proyecto
a un estado
a un partido

Que todo lo que haga y sienta
muera en sí mismo
exprese la vida
sea irrecuperable
no dé lugar a nostalgia

ni ansiedad

CARACAS

Siempre
después de varios días
siento la necesidad de verla desde las colinas
que la circundan
desde otro aire
no muy lejos

Al penetrarla
soy un ciudadano cualquiera
pero luego empiezo a sentir
esa necesidad

Mujer difícil que te rechaza y te seduce

Es en su cintura
que adquiero nítida conciencia
mi alma de periférico

A veces paso
hasta una semana en su vientre
en esas oportunidades me expulsa
con más violencia
fijando a nuestro amor
un límite de tres días o cuatro
Aquí en este barrio de la zona metropolitana
podemos soportarnos
vivir sin muchas tensiones
no estoy ni afuera ni adentro
y me acepto periférico

Madre voraz
sé que algún día

su vagina insaciable
querrá tragarme
entonces levantaré carpa
unos kms más allá
en su cintura

YO MALANDROS

Algunas tardes nos acercamos
a la licorería
vamos llegando graneados
Entramos
salimos
volvemos
como quien no quiere
Poco a poco se logra
lo que deseamos
tres o cuatro coincidimos
en la necesidad de varias cervezas
luego serán rones
lo que sea suficiente
para hacer aflorar
nuestros yo malandros

Criticamos a todo el mundo
morboseamos a las greñuitas que pasan
confidenciamos
nostalgiamos
violenciamos
fieramente nos amamos
Necesidad pagana de excesos
En medio de esa atmósfera
todo brota
aflora fácil
lo más tierno

lo más cruel
tanto alcohol
tantas palabras
tanta intimidad
tanta extimidad
la vida y la muerte
cualquier cosa
después del primer trago
Necesidad pagana
Manantial de almas

Cada curda en una lección

MARGARITA ARRIBAS, (Caracas, 1962), Licenciada en Periodismo por la Universidad del Zulia, ejerce la docencia en esa misma universidad, en la Escuela de Comunicación Social. Es columnista de prensa, ejerce la crítica cinematográfica con marcada mordacidad. Ha sido jefe de redacción de la revista Babilonia. Recibió el Primer Premio de Poesía, del Concurso Solar de joven Poesía en 1990.

OBRA PUBLICADA: *Para borrar a una niña* (Mérida, Solar, Dirección de Cultura del Estado, 1991).

(De Para borrar a una niña)

ARITMÉTICA

Un ábaco
es sólo un ábaco
pero es también
un collar de caramelos
un terremoto de metras
durante el dos más dos.

FILA INDIA

Soy la primera de la fila
tras de mí
treinta mandilones blancos
se forman

Mi brazo se extiende inútil
todas las mañanas
tratando de tomar distancia.

EDUCACIÓN

Todo es cuestión de saber morirse
cuando una mano viaja hacia
la boca de este niño

segundos después
su aliento ácido
se despliega sobre mi rostro.

LA CUERDA

Acechante espero
 -un silbido intermitente me advierte-
Penetro una burbuja de rastros
 la cabalgo
me incendio
 siguiéndole el paso
Soy la reina de las seguidillas
Soy la reina.

ORACIÓN

Un dedo se enfrenta a otro dedo
-todo es cuestión de espejos-

 las arañas dactilares combaten
 blanquean las yemas
 sudan palomas negras
 que aletean con el roce.
 Un aliento cadencioso
 se filtra entre las palmas
Trata de ser
un soplo divino.

RECREO

Pastamos en el pizarrón
mugimos
una campana nos pauta saltar la talanquera.

En el patio
tan sólo acertamos a gritar.

EL BULTO

Mi talego de inmigrante
parte conmigo todas las mañanas
desde el puerto seguro de mi casa

La huella de su peso
será la única constancia
de mi esfuerzo.

MANUALIDADES

Si la miras fijo
la maestra tiene morro de pelícano
si la observas
brotan plumas de sus senos y
de su espalda arranca
una cola de cascabeles
si te fijas

la maestra es sólo una niña.

LOS CREYONES

Si los tomo todos
el block deshojará mi empeño
apresurará sus láminas de almanaque
si los tomo todos

Si los selecciono
no soy nadie.

(La hoja en blanco aguarda)

LECCIÓN

Me pregunto
si alguna vez entenderían

mi boca abierta
el bostezo menor
de un largo insomnio
de pupitre.

LA PIÑATA

Caen juguetes como piedras
caen también brazos
y piernas

un gran nudo nos ata al suelo
Yergue la cabeza un soldado
ojos de espanto entre los zamuros

bajo sus nalgas
un escuálido pertrecho
de caramelos.

TOBOGÁN

Que el reflejo no te engañe:
de la cascada sólo saldrán indemnes
los iniciados
dejarás la piel en los bordes
si pretendes detenerte.
Cuidado,
el placer del vértigo
es una adicción terrible.

SÁBADO

Todos los árboles, todos
los amigos, todas
las esquinas todas

las groserías
estallando como globos de fiesta
la calle es nuestra
de las rodillas marcadas
con tierra indeleble
y nunca olvidar
el cálido cansancio
de todos los sábados, todos.

EL SALVAVIDAS

Mar: recibe este cuerpo minúsculo
como una ofrenda temporal

derríbalo de su almena,
mástil inflable,
pelicano y cinturón
arrugado por el miedo,
mar

Pasea por tu vientre a este cuerpo errático
como a un vegetal marino.
Marea la marea, resaca la resaca:
traga a tu ansiosa víctima.

Del cielo enviarán a tiempo

un brazo de padre
para orearla sobre la espuma,
mar de mares,
rey de reyes.

VIEJAS AMISTADES

La butaca me abraza
temerosa de la oscuridad;
yo la consuelo con mi magro peso,
ella insiste en replegarse
sobre mí.

Desde la pantalla
nos lamen curiosas lenguas de luz:
dejamos de crujir,
perfectamente acopladas,
en la noche vespertina.

Busco siempre aquel nido perdido
en la casa de las sombras.

COLUMPIO

Soy capitana de este barco
donde el norte es siempre el rumbo
de una clara travesía huracanada.
La tormenta espanta los cabellos
que se enredan en la huida
nadan los párpados contra corriente
las piernas arrecian
remar
remar es la consigna

ah, maldición de capitana

seguras anclas prefijan tu rumbo
y te impiden llegar al sol,
destino último de tus deseos.

JUAN CALZADILLA, Altagracia de Orituco (1931), poeta, narrador, crítico, historiador de las artes plásticas; experto en minúsculos dibujos cargados de sentido. Estudió en Caracas Artes Plásticas y Letras. Formó parte de los grupos “Sardio” y “Techo de la Ballena”. Trabajó en el Museo de Bellas Artes de Caracas y en la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia.

OBRA LITERARIA: *Malos modales* (Caracas, Techo de la Ballena, 1962). *El arte en Venezuela* (Caracas, Círculo musical, 1967). *Las contradicciones sobrenaturales* (Caracas, Techo de la Ballena, 1967). *Dictado por la jauría* (Caracas, Techo de la Ballena, 1967), *Armando Reverón* (Madrid, Edime, 1969; Caracas, Armitano, 1979), *El ojo que pasa* (Caracas, Monte Ávila, 1969). *Ciudadano sin fin* (Caracas, Monte Ávila, 1970), *Oh smog* (Caracas, Equinoccio, 1977), *Bicéfalo* (Caracas, Monte Ávila, 1978). *Espacio y tiempo del dibujo en Venezuela* (Caracas, Maraven, 1981). *Tema para el próximo silbido* (Mérida, Ediciones Solar, 1991); entre muchos otros.

(De Tema para el próximo silbido)

MÁSCARAS

Que un actor, como pensaba Vallejo, cese de ser él para encarnar en uno de los personajes que representaba, nada tiene de raro. El caso se ve todos los días. Para eso ni siquiera se necesita ser actor. La hazaña consiste en no cesar de ser el mismo.

Esto si es raro.

Según Pessoa, la puerta para ser otro siempre está abierta.

Basta con que echemos una mirada al interior de nosotros. Enseguida nos entra el deseo de efectuar la mudanza.

Según Leonardo
el rostro aparece en el espejo
como perteneciendo a alguien
que te mira.

Ves su ojo izquierdo frente a tu ojo derecho
y su ojo derecho frente a tu ojo izquierdo.
Su ángel frente a tu demonio.

PURA APARIENCIA

¡Con qué gusto llevaría mi disfraz a todas partes!
Un disfraz tan holgado y transparente
que no tuviera yo necesidad de usar
más ropa que la piel de mi cuerpo.
Un disfraz cuya obviedad demuestre
que en su molde mi vida ha quedado

fidedignamente impresa
y que para reconocermes no es
necesario que me ponga otra máscara
que la de mi verdadero rostro.
Irreverente, feliz o afectuoso, qué importa,
con tal de que fuera un disfraz
que adoptara mis gestos
y donde yo no me sintiera más atado
al deseo de fugarme.
Un disfraz, quiero decir, idéntico a mí mismo
que yo pueda llevar con gusto a todas partes,
a las reuniones sociales
y a las convenciones de los partidos demócratas.
Un disfraz por el que nadie ni yo mismo
tenga que sentir vergüenza
y en donde definitivamente reconfortado
mi doble viviera a sus anchas.

MARCOS CASTILLO

¿Habranse visto unas flores
en las cuales aun flotara
mansa como un ala entre sus pétalos
la mano invisible
que las procreará?

Olvídalas, amigo,
pero considera que/si permanecen vivas
es porque el resplandor
de esa mano que no ves
palpita aun entre ellas.

LOS DIENTES ESTÁN A LA VISTA

Los dientes están a la vista
Son finos, húmedos, relucientes.
Se diría que saben sonreír y hasta ríen con nosotros

cuando creyendo intuir en nuestros gestos
un aire de familia
esbozan, de comisura
a comisura de la boca, igual que nosotros,
en respuesta,
una mueca triste o una caricia empalagosa.
De los colmillos, en cambio,
poco se sabe. Permanecen detrás,
calmos, ociosos, renuentes
en la fría fauce,
ocultos sin mostrarse en exceso
y sólo cuando la circunstancia amerite
de una más convincente demostración.
Pero para esto el perro
ni siquiera necesita
abrir completamente la boca.

DÉJALOS DE SU CUENTA

Sobre la mejor manera de sellar
los derrames de palabras
no hay mucho que decir.
Lo mejor es dejarlos de su cuenta.
Que prosperen o se callen solos.
Cuando más rogar a los dioses
o esperar confiados a que el azar intervenga
para que el curso que abran
en nosotros
no haga aun más definitiva la brecha
que va de una boca a otra boca.

ROSANA CASTRO ALBANO

Nació en Caracas en 1968, se graduó de Abogada en la Universidad de Los Andes en 1995. Realizó Especialización en Derecho Procesal Civil, en la Universidad Santa María. Se ha desempeñado como Auditora Legal, de la Junta Liquidadora Instituto Agrario Nacional. Noviembre (Diciembre 2002), Jefe de la División de Asesoría Jurídica en la Zona Educativa del Estado Mérida (1999-2001), Coordinadora de la Sub-Comisión Estatal de Enlace de la Notaría Pública Primera en el Estado Mérida. Siendo estudiante se hizo acreedora del 1er Premio de Cuento (1995), organizado por la Dirección de Asuntos Estudiantiles (DAES /ULA, Mérida.

OBRA LITERARIA: “A tu encuentro” (cuento) en: *Ganadores 7mo Concurso: Cuento Ensayo Poesía* (Mérida, Dirección de Asuntos Estudiantiles (DAES) / Universidad de Los Andes, 1996).

(Tomado de *Ganadores 7mo Concurso: Cuento Ensayo y Poesía*)

A TU ENCUENTRO

Hurgar en el pasado resulta a veces el tránsito hacia lo inverosímil.

Sucede que en ocasiones los recuerdos son citas con el dolor, donde se abren cavidades por donde pernoctan remordimientos, nostalgias y donde aquella mirada jamás olvidada, aún en este momento perfora la memoria y la calma.

El olor a café me despertó, aún está oscuro, no soporto ese traquetear de ollas y peroles en la cocina, mamá no tarda en venir a levantarme, quisiera algún día poder esperar que el sol salga completo desde mi cama, pero para que eso ocurra hay que tener viruela, fiebre amarilla o un fiebronón de esos que tumban al más guapo.

Mamá debe venir cerca, Rafael ya debe estar en la loma cargando los bultos de café, ojalá no se le olvide el trato que hicimos de escaparnos para ir al río a pescar bocachicos, no entiendo por qué mamá se tarda en venir, creo que ese cuchicheo en la cocina es lo que la tiene entretenida, supongo que hablan del asunto del papá de Rafael, pero por qué no los dejarán tranquilos, por qué tanto alboroto y para qué meterán a Dios en todo esto.

Anhelo ir a tu encuentro Rafael para cruzar ese monte que nos hace sentir que la vida es eso, monte, y que somos dueños de ese mundo donde con cada risotada le arrancamos sus quejidos al viento, porque parecerse a ti significaba la gloria, donde cada árbol trepado con tu ayuda era el presagio de un siempre será, tú, adelante y valiente y yo, detrás, imaginando lo que sería parecerse a ti, cómo quisiera dejar mi miedo a caer de tan alto, esta cobardía

que mengua cada uno de mis impulsos, este miedo que ahoga mis sentidos como cuando papá amenaza con la correa.

Lilia búscalo tú que has sido testigo de mi dolor, háblale de mí y de esta enfermedad que come hasta el último rincón de mi ser, que mi cuerpo está siendo flagelado una y otra vez, que se ha hecho justicia, anda y dícelo, dile que mi última alegría se quedó colgada en alguna rama de aquel árbol de almendrón, que el tiempo se ha encargado de reprocharme una y otra vez haciendo sangrar mis fugaces momentos de tranquilidad.

Escuché cuando mi madre le decía a mi padre que las mujeres de los peones comentaban que el diablo iba a venir a llevarnos, que si él no botaba al padre de Rafael y a su mujer de la hacienda nos iba a caer la pava, que cómo era posible eso de ponerse a vivir con su comadre, que ese era un sacramento sagrado, además que hace sólo un año que había enviudado y que a Rafael y Manuel los podría terminar de criar cualquiera de ellas. Papá se quedó en silencio y apretó las manos, Antonio era además de su peón, su amigo, yo solo quería entrar y gritarle que no lo hiciera, pero en su mirada advertí que no deseaba hacerlo, mi papá es un hombre con un carácter recio y endurecido por los años, pero, sin embargo, el tiempo no ha borrado de él su nobleza y sentido de justicia, es por eso que él jamás lo permitirá.

Esta mañana todos se han despertado más temprano que de costumbre, es día de fiesta en el pueblo, no tengo deseos de bajar esa cuesta hasta el camino para ir allá, le voy a decir a mamá que me duele el estómago, que el desayuno me cayó mal o cualquier otra cosa, prefiero quedarme aquí arriba con Rafael, mi papá nos invitó a cazar, pero Rafael corre más que yo, siempre he querido ser mejor que él frente a mi papá, pero creo que de tanto cargar bultos es más fuerte que yo, no hay cosa que tema más en la vida que decepcionar a mi papá, no desearía defraudarlo jamás, pero la verdad es que Rafael se parece más a él que yo.

Todos bajaron temprano al pueblo, después de la misa habrá retreta y juegos en la plaza, convencí a mamá para que no me llevara, ella se fue con Vicente y Lilia.

Lilia es aún pequeña como para dejarla sola y a Vicente se lo llevó casi arrastrado cuesta abajo.

Papá le dio el día libre a los peones y a sus mujeres, pero no todos bajaron, aquí se quedaron algunos de ellos descansando, y nosotros nos fuimos a cazar.

Hasta ese gato se quedó en ese rincón de la cocina, ojalá se hubiese ido también, la verdad es que tengo unas ganas de pegarle con un garrote por la cabeza y hacerle otras tantas torturas después de lo que le hizo a Malabar, recuerdo como si fuera ayer cuando se le montó encima al pobre perro hasta que le sacó un ojo, conservo sembrado en mi memoria los alaridos de Malabar, se revolcaba sin Consuelo, dejando un chorro de sangre por donde corría, Rafael y yo corríamos detrás de él para curarlo, pero su desesperación nos hizo desertar del intento, corría tan desesperadamente que tropezaba con todo y en uno de esos tropiezos se enterró una estaca en una pata desgarrándosela hasta perforar su hueso, lo que hizo mayor su desesperación hasta que papá llegó y lo tomó por la fuerza y entonces sus chillidos se vieron cortados violentamente al sonido de un disparo, mi padre al igual que yo no soportaba ver el sufrimiento de nuestro amigo, compañero predilecto de juegos. Y tú, Rafael, siempre supiste de mi miedo al dolor, siempre lo intuiste, por eso cuando peleábamos con los hijos de los peones siempre salías tú de primero, los primeros golpes son los que más duelen porque son los más certeros, por eso el dolor de Malabar quedó arrecostado a un lado de mi alma y te encuentro ahora gato desgaciado, solo y dormido en ese rincón como si no sintieras remordimiento alguno.

Papá dejó la lata con gasolina con la que limpiaba su revólver sobre la mesa de la cocina, tanto silencio y esta tarde que se va

volviendo noche, cómplices ideales y encontrarme con ese gato hicieron revivir en mí el dolor de Malabar, ¿recuerdas Rafael? cuando lo fuimos a enterrar, tú, Manuel, Vicente, Lilia y yo, lo metimos en un guacal y lo forramos con una tela roja que nos dio mi madre, lo enterramos en la loma de los Santos por donde decían que aparecía el divino niño y que iba a dejar de hacerlo si tu papá no se iba de la hacienda.

Le cantamos y le llevamos flores, y al regreso juramos vengarnos de este gato condenado y ahora que lo tengo aquí indefenso frente a mí ese juramento se hace presente en mi pensamiento.

Era el momento ideal, casi todos se habían ido al pueblo y aún no regresaban y ya era casi de noche, entonces tomé la lata y lo bañé de gasolina y de manera casi inmediata prendí un fósforo y se lo solté encima, nunca imaginé que aquello sería el inicio de tu destierro y mi condena.

El gato prendido en llamas empezó a correr por todo ese monte, y en la oscuridad parecía una bola de candela que brincaba por todas partes, sus chillidos le espelucaban el cuerpo a cualquiera, fue entonces cuando todos los que se habían quedado empezaron a correr de un lado a otro y gritaban que sí era verdad que el diablo iba a venir y que ese era su aviso, que había mandado una bola de candela roja que chillaba porque estaba contento con aquel pecado mortal del padre de Rafael.

Algunos bajaron corriendo al pueblo, algunas mujeres se quedaban rezando, y yo, espectador inmutado, no me atreví a decir que ese era el gato que estaba prendido y que yo lo había hecho, me aterraba la paliza que me iba a dar mi padre al saber que yo era el causante de todo ese alboroto, preferí callar, Rafael, te juro que jamás lo imaginé.

Pronto la bola de fuego y los chillidos se perdieron farallón abajo y mi corazón acelerado, mis piernas temblorosas no me permitían

moverme ni mucho menos hablar.

Mi padre había regresado cansado de la cacería y se acostó temprano, cuando sintió el griterío se levantó y salió, pero ya el aviso del diablo como llamaron al gato en llamas se había ido.

Mi padre escuchó aquellas versiones de lo sucedido con una expresión escéptica, pero en silencio, después de escucharlos los mandó a irse a sus casas, cuando de pronto vimos que por el camino cuesta arriba venía una muchedumbre con antorchas, collares de ajo, crucifijos y hasta el padre José venía con ellos, fue la noticia que ya les había llegado, mi madre se adelantó, por entre el grupo, y subió rápido para enterarse de lo sucedido, ella me preguntó, pero yo no supe qué responderle.

Algunos hombres que venían de la fiesta algo ebrios querían buscar al padre de Rafael para lincharlo, pero mi padre lo impidió.

Aquello fue todo un escándalo, regaron agua bendita en todas las casas, pero a la nuestra mi padre no los dejó entrar, el padre José se indignó por ello y le dijo en voz alta a mi padre para que todos escucharan que ese era un aviso, que si él continuaba protegiendo a esos pecadores podría venir el diablo mismo en persona.

Mi padre se enfureció y comenzó a disparar al aire y dispersó a la muchedumbre y luego les ordenó retirarse.

Mi madre nos mandó a acostar, yo no pude pegar los ojos, aquello era demasiado para mí, no había vuelta atrás, lo mejor sería callarme, quizás con los días todo quedaría olvidado.

A la mañana siguiente pensé que todo estaría más tranquilo, pero no fue así, los peones de la hacienda estaban reunidos con mi padre y le dijeron que si él no corría al padre de Rafael ellos se irían a trabajar a otras haciendas, que regarían el cuento para que nadie más viniera a trabajar con mi padre y que la cosecha de

café estaba ya de ser recogida y que mi padre solo no lo podría hacer, lo mismo hicieron las mujeres con mi madre, se encerraron con ella en la cocina y supongo que también la amenazaron con abandonarla.

Fue entonces cuando mi padre y mi madre se encerraron en el cuarto un largo rato, aún conservaba la esperanza de que mi padre no les hiciera caso, que todo lo que querían era asustarlo, pero que finalmente no cumplirían con su amenaza, pero mis esperanzas estaban sólo fundadas en mi miedo.

Y yo hoy Rafael cargando con esta culpa de siglos, la tristeza de tus ojos la llevo clavada en los míos buscando aún alguna respuesta, tus ojos son cuchillos que atraviesan mi alma.

Hubiese preferido que me delataras, porque tú siempre lo supiste y callaste, porque los primeros golpes son los que más duelen y esta vez tú no lo podrías recibir por mí.

Mi madre salió del cuarto y junto con mi padre se fueron a la casa de Antonio y Rosalba, pero cuando llegaron ya ellos habían comenzado a recoger sus cosas, ellos sabían lo que significaba para mis padres despedirlos, así que quisieron adelantarse para facilitarles las cosas.

Mi padre le regaló a Antonio dos burros y un caballo, mamá ayudó a Rosalba a acomodar las cosas en los burros, las dos no dejaban de llorar. Recuerdo aquellos jarros de peltre, aquel sartén desconchado, dos ollitas que al movimiento de las mulas anunciaban la lastimera partida, ese sonido aún retumba en mi alma y corazón. Salí corriendo y me metí debajo de la cama, quería imaginarme, que todo aquello era un mal sueño, que mi cobardía no podía causar tanto daño, pero allí estaban Antonio, su mujer, Rafael y Miguel, que aún no entendían lo que ocurría, mi madre me buscó por toda la casa para que me fuera a despedir, pero no me encontró.

Lilia te ha buscado y hasta colocó de mi parte un aviso en la prensa y otro en la radio, ojalá aparezcas antes de mi partida, esta enfermedad no tiene contemplación alguna y el tiempo es mi enemigo, no sé si aún pueda esperar por tu retorno, porque hoy hurgar en mi destino significa hacerlo en el de un pedazo de pan mordisqueado por un gato ansioso de venganza.

Después de un rato salí de mi cuarto, mi miedo no era mayor que mis deseos de verte aunque fuese desde lejos, esperando que descubrieras en mi mirada la tristeza y confusión que me embargaba.

Cuesta abajo vi cómo se iban alejando y junto con ellos mis esperanzas de un retorno, Rafael volteó en la distancia y clavó sus ojos en los míos, jamás olvidaré aquella tu expresión Rafael, jamás, hubiese preferido que me insultaras o me golpearas y no que atravesaras mi corazón llevándote cuesta abajo mi única gran verdad, aquella con la que tomábamos al mundo cuando trepábamos aquel árbol y desde la cumbre divisábamos aquel monte como dueños y señores de la naturaleza y de los sueños, sigo aún esperando hoy debajo de este árbol llamado vida que no deja de batuquiarme y de crujir sus ramas como reclamándome tu partida, porque en cada rama habita mucho de ti y de mí y esta separación ha cercenado su alegría y ganas de seguir en pie.

Mi mamá regresó a la casa llorando y la cara de mi padre se fue tornando agria, cuando volteó para mirar a todos los curiosos y con la voz entrecortada los mandó a trabajar y advirtió que no quería escuchar hablar más de ese asunto, a partir de ese día nada fue igual entre mi padre y los peones, por eso hoy Rafael, mi roída esperanza aún espera por ti, ojalá escuches mi llamado, antes de que mis huesos den su último aliento de vida.

No entiendo qué esperas de mí después que desterraste mis sueños cuesta abajo, me dejaste partir cargando con el dolor y la vergüenza de los míos, por qué deseas ahora que retorne sobre el

destierro y tu silencio que nos condenó cuesta abajo, me parece absurdo, cuesta abajo fui dejando de ser yo para convertirme en cansancio y hastío de lo que ya nunca sería. Allá tú con tus remordimientos, no pretendas ahora remendarle la sonrisa a un niño que la vio romperse en la soledad de los suyos, mi última sonrisa quedó pegada montaña arriba, se quedó encajada en algún lugar.

Quisiera, si te llegara a ver, golpearte con estas manos, pero dónde están mis manos, tampoco encuentro mi voz, acaso también las arrastraste con tu silencio, porque sabes eso fue lo único que quedó para nosotros, silencio, que a veces se veía interrumpido con el crujir de la barriga de Manuel, él nunca se quejó a pesar de que no lo entendía, sólo trastabeteaba su torpe caminar. En el descenso aún esperaba por algún grito tuyo que rompiera de un solo golpe el víacrucis que nos esperaba. Y ahora este anuncio que habla de tu arrepentimiento, después de tanto tiempo vienes a atormentarme con tus remordimientos, aún ayer cuando me decías que era el hermano mayor que hubieses deseado tener, me parecía que la vida se mecía en esas ramas que traqueaban acompasando nuestras risas.

Por qué no me dejas tranquilo, por qué ahora, justo que creí que el descanso había llegado me despiertas para que vaya a tu encuentro, esperas que salga corriendo detrás de tu arrepentimiento, aunque quisiera no podría hacerlo, sería más fácil si llegaras hasta mí, además mis pies no dan más, a propósito dónde están mis pies, tal vez los dejé olvidados en aquel camino de sueños que construíamos cada vez que nos escapábamos. Acaso no sabes que hace mucho que ya no estoy, que a pesar de todo, tus palabras me duelen, pero puedo ir a tu encuentro porque el hambre no sólo menguó mi alma sino también mi cuerpo.

Rafael apúrate, recuerda que el café le despierta los sentidos al Alba, me tardé un poco, pero al fin llegué, Malabar vino conmigo, es hermoso saber que a pesar de todo me esperabas para transitar

juntos este último suspiro, apúrate con esas viandas y esos
buñuelos que el río nos espera.

ANTONIO CASTRO AVELLANEDA, nació en Barrancabermeja (Colombia, 1940), poeta, cantautor y narrador oral de cuentos. A los diez años vino a Venezuela, se licenció de periodista en La Habana entre 1971 y 1982. El año 82 regresó a Colombia, trabajó como maestro, dictó talleres de creatividad y formó parte del grupo Contracartel y de la unión de escritores de Colombia. Desde 1983 reside en Venezuela, entre Mérida y Caracas; o de trotamundos por toda Venezuela. En Mérida se inició como titiritero de la mano de Javier Villafañe. En 1970 estuvo encargado del taller de títeres de la Dirección de Cultura de la ULA. Imparte talleres de creatividad en varias escuelas. Corresponsable de las revistas *aula abierta* (85-87) y *saber al día* (1992). Se hizo acreedor al Primer Premio de Poesía en Sincelajo (1983), Colombia, con “De adentro de la voz”. Primer Premio del Concurso Internacional de Cuentos, de la Editorial Susaeta (1993), Medellín (Colombia), con “El arco iris de plumas”. Primer Premio de Cuentos de Susaeta (1996), con “El hombre de las almohadas”. Primer Premio del Concurso de Cuentos, del Ministerio de Educación, “Rafael Rivero Oramas” (1998), con “El hombre azul”. En 1998 recibió la mención en la Bienal de Literatura para niños “Canta Pirulero”, del Ateneo de Valencia, con el cuento “La jirafa de colores”.

OBRA LITERARIA: *De adentro de la voz* (La Habana, 1975; Colombia, 1983). *El hombre de las almohadas* (Medellín, Colombia, Ediluz, 1996). *El Diario de Andreína* (Mérida, Solar, 1997; (2da Ed. 1998). *Pájaro del corazón* (Mérida, Escarcha Azul, 1998). *La puerta del aire* (Mérida, Escarcha Azul, 2001), *El hombre azul y otros cuentos* (Mérida, Escarcha Azul, 2001). *El hombre de las almohadas* (2da Ed. Caracas, Vicepresidencia de la República, 2001), *Cuentos de Arcoiris y otras claridades* (Caracas, Viceministerio de la Cultura/ Dirección de Literatura del Conac, 2001). *Lecturas del amor* (Caracas, Ediciones del autor Col. Hojas de sueño, Ministerio de Educación /Viceministerio de Cultura / Dirección de Literatura del Conac, 2002.

LA PAREJA

Van los dos:
ella y él,
sol y luna,
la azucena
y el clavel.

Van los dos:
mano en mano,
pie con pie,
sus miradas
van también.

Van los dos:
sin temores,
sin alardes
bajo el cielo
que los ve.

Van los dos:
por las flores,
por el aire,
con el sueño
de crecer.

Van los dos:
arco iris
y corcel;
sin mañana,
sin ayer.

Van los dos:
rodeados
de palabras
y silencios

que oyen bien.
Van los dos:
a la escuela,
a la sombra
donde esconden
su querer.
Van los dos:
él en ella,
ella en él,
caracola,
carrusel.

Cuando hay dos
que se quieren,
todos quieren
que esos dos
no se dejen
de querer.

EL AMOR

Una ventana
por donde entras,
por donde sales
hacia la vida.
Una ventana.

Una palabra
que todos dicen,
dicen que saben
y que defienden.
Una palabra.

Un arco iris.

Agua encantada.
Todas las flores.
Ciertos temores.
Un arco iris.

Lo que te arrulla,
lo que te alza.
La fuerza buena
donde descansas.
Y una palabra.

Un pájaro preso
en el corazón.
Dos campanas mirándose:
dos campanas con sol.

Un camino que parte.
Un camino que llega.
Dos luceros que cantan.
Dos luceros que sueñan.

Una luna en la boca.
En los ojos dos lunas.
En las manos, las manos:
una estrella entre ellas
y otra estrella en la voz.

Si me miras te miro
con el mismo color.
La mañana pone
una canción
entre mis manos
llenas de sol:

Yo te la doy.

La tarde es buena
para pasear
entre las nubes
o junto al mar.
Conmigo irás.

La noche sabe
cuánto me gusta
jugar sin miedo,
nada me asusta:

Cuando tú estás.

Por el árbol baja
la canción del sol.
Por el árbol sube
convertida en flor.

La raíz se mueve
sin mirar la luz.
El amor se mueve
sin saberlo tú.

Todo es tan temprano
en nuestro candor
que podemos irnos
sin mirar la flor.

El amor es mucho:
todo lo que canta,
cien mil mariposas,
todas las gargantas.

Aquel pajarito
cantando en la rama,
el canto bajito

del charco y la rana.
El caballo hermoso,
el león rugiente.
Todo lo que es gozo.
¡Hasta el fuego siente!

Aquella mirada
donde asoma un lirio.
Esa mano atada
por un Dios amigo.

Una lluvia alegre
que cae entre dos.
Un ave pasando
frente al corazón.

EL HOMBRE DE LAS ALMOHADAS

Erase una vez un hombre que vendía almohadas. Ese era su trabajo. Así se ganaba honradamente la vida.

Cuando salía a la calle sólo se le veían los pies, las manos y la cabeza. El resto de su cuerpo desaparecía debajo y tras las almohadas. Las forraba con telas de hermosos dibujos y colores. Cuando caminaba así, entre tanta coloración, las personas creían ver pasar un jardín a paso lento. Los que más disfrutaban su presencia eran los niños y más de uno llegó a pensar que cuando fuera grande se ganaría la vida de la misma forma bonita y honrada.

El hombre de las almohadas tenía una manera muy peculiar de llamar la atención y de anunciar su mercancía. Con una voz delgada y fuerte, como una cuerda nueva de guitarra, decía:

—Señor, señora, señorita, lleve la mejor almohada para su tipo de sueño, en buena hora. Señor, Señora.

Luego de una pausa, corta en las mañanas y larga por las tardes, reanudaba su oferta al público. Así avanzaba por el día.

Era un vendedor de almohadas muy particular. Las ofrecía de siete tipos diferentes, elaboradas por él mismo:

De plumas de ave. De viento del norte con aromas del mar. De lluvia reciente. De flores silvestres recogidas en la montaña cercana. De neblina tomada al amanecer con las manos recién lavadas. De luna llena. Y de tiempo prestado a un reloj de oro, muy antiguo, que había heredado de su padre y éste de su abuelo, quienes le habían enseñado el oficio de hacedor de almohadas. Ese reloj era el objeto de más valor que poseía. Lo amaba y cuidaba como parte de su cuerpo.

—Las almohadas de plumas son para las personas de sueño ligero. Las de viento, para quien le gusta viajar durante el sueño. Las de lluvia son especiales para personas de sueño nervioso. Si usted es una persona de sueño tranquilo, le recomiendo una de flores silvestres. El sueño profundo se logra mejor y se prolonga con una almohada de neblina.

Las de luna llena son para quien vive solo y le teme a la soledad. La luz de la luna es muy buena compañía; si lo sabré yo. En cuanto a las de tiempo son ideales para personas de sueño completo, es decir que nunca tienen prisa al despertarse y cuando lo hacen están contentas y con ganas de hacer el bien a alguien.

Todos los días repetía la misma explicación, lo cual no era fastidioso para él sino todo lo contrario. Y los clientes quedaban encantados. Ninguno se iba con las manos vacías. Cada quien se llevaba la almohada de su tipo de sueño, o al menos la satisfacción de haber sido bien atendido.

Como era un hombre bajito y delgado que siempre andaba arropado de almohadas, sólo sus vecinos lo conocían de cuerpo entero, aunque apenas lo podían ver así los domingos cuando salía de su casa a pasear o a comprar en el mercado, pues trabajaba de lunes a viernes y llegaba siempre de noche.

Cada día caminaba muchos kilómetros ofreciendo su mercancía, de manera que cuando llegaba a su casa, en una barriada pobre, en lo alto de una colina, muy lejos del centro de la ciudad, los pies apenas podían tenerlo en pie. ¿Y los sábados? ¡Ah!, el sábado era un día muy especial para el vendedor de almohadas.

Ese era el día de ir a la montaña muy temprano a recoger neblina, flores silvestres, plumas de ave y mucho viento del norte, el cual tomaba subiendo a la cima de la montaña desde donde se podía ver y hasta tocar el mar.

Vivía solo. Al llegar a su casa por las noches se bañaba. Preparaba la cena. Escuchaba un poco de música suave. Luego de cenar iba a la cama donde tenía tres hermosas almohadas: una de neblina, otra llena de luna llena y la más grande de tiempo de su reloj de oro. Tomaba un libro muy grueso de la mesa de noche y comenzaba a leer alguno de los maravillosos cuentos, poemas y fábulas que contenía. Lo había comprado a un vendedor, de libros usados, el cual le contó una extraña historia alrededor del mismo, pero hacía de eso tanto tiempo que la había olvidado casi toda. En realidad el vendedor de almohadas era un mal lector, pues todavía no lograba pasar de las primeras páginas del libro, ya que cuando comenzaba a leer le entraba un profundo sueño. El libro terminaba dormido sobre el pecho tranquilo del vendedor de almohadas.

Cada mañana salía muy temprano de su casa para poder llegar a tiempo a los lugares donde ocurría la mayor concentración de personas que iban o estaban llegando a su trabajo. El hombre sabía que todas se habían levantado muy temprano, apenas los gallos, los relojes y los radios anunciaban la cercanía del amanecer, y que todos llevaban los ojos llenos de sueño.

Al ver las almohadas tan bonitas y tan bien anunciadas, algunas personas caían en la tentación de comprar una para apoyar la cabeza y “echar un sueñito”, mientras subían en los ascensores hasta las oficinas en los altos edificios que tapaban el sol y prolongaban las brumas del amanecer. Otros, mientras esperaban que el dueño del negocio llegara con el manojito de llaves para abrirlo. Pero los mejores clientes eran los que tenían que atravesar la ciudad para llegar a tiempo a su trabajo. Esos aprovechaban las suaves almohadas y el ronroneo de los autobuses para completar la noche.

El vendedor de almohadas había descubierto que las mejores horas del día para vender su mercancía eran tres: muy temprano (por lo ya contado), de 2:00 a 3:00 p.m. por aquello de “la hora del burro”, y a partir de las 6 de la tarde cuando todos regresaban

cansados a sus lugares de habitación.

La presencia de una hermosa y cómoda almohada achica los ojos de la cara y agranda los del sueño y el cansancio. Él lo sabía de manera que aprovechaba esas horas.

Así transcurría la vida del vendedor de almohadas.

Hasta que un mal día, el país donde vivía entró en guerra con otro país más grande y poderoso y toda la gente perdió el sueño. La guerra se prolongó por mucho tiempo de manera que muchos oficios, negocios y sueños quebraron:

–Los redactores de tratados de paz.

–Los poetas partidarios de hacer el amor y no la guerra.

–Los constructores de parques y de casas.

–Los músicos que componían hermosas canciones llenas de alegría.

–Los titiriteros, los saltimbanquis y lectores de la buena suerte.

–Los vendedores de almohadas.

Mientras que, lógicamente, prosperaron otros:

–Los redactores de declaraciones de odio y guerra.

–Los escritores partidarios de la violencia y la xenofobia.

–Los constructores y diseñadores de armas e instrumentos de tortura.

–Los mentirosos y atizadores del fuego y la discordia.

–Los fabricantes de pastillas para los nervios.

–Los vendedores de urnas, coronas y demás objetos funerarios.

El vendedor de almohadas, que no sabía hacer otra cosa, quedó en la ruina. Un día, cuando más desesperado estaba y estaba pensando en lo peor, un vecino suyo que lo apreciaba mucho y quería ayudarlo, le dio un consejo. Le dijo:

–Amigo, he pensado que tu profesión podría ser muy útil para poner fin a esta guerra que está devorando a nuestro país y también al de nuestros enemigos. ¿Por qué no inventas una almohada que ponga en el corazón del que coloque su cabeza sobre ella, el amor y el sentido de la paz? ¿Crees que podrás hacerla?

Al vendedor de almohadas se le iluminó el rostro como si el sol del amanecer hubiera salido de adentro de sus ojos. Le dio las gracias y un fuerte abrazo a su amigo y le prometió que lo intentaría.

Al día siguiente salió muy temprano hacia la montaña vecina donde reunió toda la cantidad que pudo de neblina, flores silvestres, viento del norte y de los demás puntos cardinales, alas de mariposas muertas, restos de colibríes, hojas de muchas especies de árboles, nidos abandonados, pequeños caracoles sin madre, telarañas solas, rayos de sol filtrados por entre las ramas y silencio, mucho silencio del milenarío bosque.

Regresó a su casa y comenzó a preparar la mezcla de cosas que había recogido en la montaña, a la cual agregó todo el tiempo de su antiguo reloj de oro. Por último, sacó un pequeño cofre que guardaba celosamente en su mesa de noche, y de él tomó cierta cantidad de un delicado polvo-azul-brillante que agregó a la mezcla ya preparada.

Cuando tuvo cientos de almohadas listas, cargó sobre su cuerpo todas las que pudo, y con la ayuda de su amigo partieron hacia

el frente de batalla, que por cierto ya estaba bastante cerca de la ciudad. Encontraron a los dos ejércitos separados por un río de cadáveres.

Todos los oficiales y soldados se veían demasiado cansados y tristes de hacer aquella guerra inútil que sólo servía para sangrar a los dos países.

El vendedor de almohadas pidió hablar con el gran general que comandaba la guerra del lado de acá. Cuando fue recibido, aprovechando un alto al fuego entre los dos bandos por escasez de pertrechos, le explicó el objetivo de su visita. El gran general creyó que aquel hombrecito estaba loco y decidió seguirle el juego, pues le divertía verlo y oírlo después de tanto tiempo de oír y hacer cosas tan serias como dirigir una guerra.

Al terminar de hablar, el vendedor almohadas le regaló una especial al gran general, sugiriéndole que la usara aprovechando el alto al fuego y, además, para que al descansar y despertar pudiera ver mejor las órdenes futuras que daría y le darían la victoria. Igualmente le dio una a cada uno de los oficiales que acompañaban al gran general, diciéndoles lo mismo. Luego pidió permiso para retirarse y se marchó con su amigo.

Aprovechando el alto al fuego que se prolongaba, lograron pasar al campamento del ejército contrario y pidió hablar con el gran general que comandaba la guerra del lado de allá.

Ocurrió lo mismo que en el campamento del lado de acá. Repartió todas las almohadas que les quedaban.

Durante el resto de ese día estuvieron repartiendo almohadas, hasta que no quedaron sino las que él usaba en su casa y una muy bonita, de flores silvestres, que le regaló a su amigo.

Esa noche durmió con un gesto de felicidad en su cara, sólo comparable al que lucen las personas cuando aman y son amadas.

Al día siguiente en todos los diarios y noticieros de los dos países se difundió la noticia que alegró a los dos pueblos. En los grandes titulares podía leerse la gran noticia:

“SE ACABÓ LA GUERRA. LOS DOS EJÉRCITOS ESTÁN DORMIDOS. LOS GRANDES OFICIALES Y LOS SOLDADOS TIENEN TAL EXPRESIÓN DE PAZ Y TRANQUILIDAD EN SUS ROSTROS QUE NADIE, A DECIR VERDAD, SE ATREVERÍA A DESPERTARLOS ANTE EL PELIGRO DE SU POSIBLE REACCIÓN”.

Y cuentan las crónicas del largo período de paz que aún disfrutaban los dos países, que los ejércitos siguen dormidos con la misma expresión en el rostro de los grandes oficiales y hasta en el más bisoño de los soldados. Y que el vendedor de almohadas es un héroe inmortalizado en poemas y canciones, aunque hace mucho tiempo que descansa en el seno de la tierra, a donde se llevó su secreto celosamente guardado en el cofre de su mesita de noche.

INÉS DE CUEVAS

Nació en Guaraque (Mérida 1941), prolija autora de Literatura Infantil, también escribe poesía para adultos. Docente por más de treinta años. Se ha desempeñado como profesora de Lengua y Literatura, facilitadora de Cursos, Seminarios y Talleres de Literatura Infantil para docentes y estudiantes de Pre y Post Grado en Literatura y Lectoescritura, tanto en el Ministerio de Educación Nacional como en la Universidad de Los Andes (Táchira). Cofundadora y Coordinadora de la Revista infantil y juvenil *Jugar y saber*, del Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes (1985). Cofundadora Coordinadora del Periódico infantil: “Cotufa”, del Área de Literatura Infantil y Juvenil del Instituto de Investigaciones Literarias «Gonzalo Picón Febres» de la ULA (1989). Directora fundadora de la Página infantil: “Con los niños”, del Diario Frontera, de Mérida (desde 1992). Finalista del Concurso de Poesía «Verano Encantado» del Centro de Estudios Poéticos de Madrid (España), con el texto para adultos: *Me gusta...* (2002). inesdecuevas@yahoo.com

OBRA PUBLICADA: Cuentos: *Copito de algodón* (1981), *Ratón desobediente* (1988) y *La mariposa viajera* (1985). Poemarios: *Sueños infantiles* (Mérida, Codepula, 1984), *De ronda en un papagayo*, (1987), *Tejamos rondas, atemos risas* (Mérida, Idac /Fundación del niño, La Escarcha Azul, 1996), *Algarabía de risas* (Mérida, La Escarcha Azul /Cenal, 2006); Investigaciones: *Los viveros literarios. Espacios para la lectura en la escuela* (Mérida, La Escarcha Azul, 1999) y «*Consideraciones generales referidas a mi campo experiencial sobre la lectoescritura en la escuela básica venezolana*» (Mérida, Codepula, 1985). Tiene inéditos varios libros de narrativa y poesía para adultos, entre ellos “Réquiem por las últimas horas”.

(de *Las Posadas del día*)

LA VELETA DEL TORREÓN

En el pueblo de Por Allá Quedó,
los habitantes eran tan intranquilos y raros,
que al encontrarse en cualquier esquina o calle,
se saludaban inclinando el cuerpo hacia el lado derecho,
hacia el lado izquierdo, hacia adelante o hacia atrás;
haciendo una venia, dando volteretas o danzando sin parar...
Claro, todo dependía del rumbo que llevara el viento.
Por eso, antes de saludarse miraban fijamente al torreón
de la antigua fortaleza.

Era que en lo alto de esa torre había un pentagrama y,
cuando el gallo cantaba, las notas volaban
metiéndose por las rendijas de las puertas
o de las ventanas, y barriendo las calles del poblado, los techos
de las casas,
los bancos de la plaza, el césped de los jardines,
los cables de la electricidad, las copas de los árboles...
y, paremos de contar.

Cierto día llegó a Por Allá Quedó un circo con muchos
animales y payasos.

Los niños y las niñas mostraban vivo interés
por las cosas que había bajo la carpa de colores,
pero todo dependía del pentagrama, o por mejor decir,
de la dirección de las notas de ese pentagrama;
así que si la flecha indicaba el punto Este,
el viento amable y cariñoso con los niños y las niñas,
lanzaba su mensaje en forma de canción:

El circo ya llegó,

tomados de las manos

iremos hasta el circo
cantando mi canción.

Yo soy el viento Este
que desprendió las notas
de la veleta alegre
del viejo torreón.

Pero no habían entrado en la carpa
cuando se produjo un fuerte resonar.
Todos miraron fijamente a la Veleta del Torreón
que se movía impaciente
indicando el punto Oeste.
Había cambiado tan rápido la partitura, que los niños,
asombrados,
no sabían qué era lo que realmente ocurría,
hasta que desde lo alto llegaron los acordes de otra canción:

Yo soy el viento Oeste,
que quiere ir al circo
a ver a los payasos
cantando y dando brincos

Todos entraron en la carpa.
Los vientos estaban tranquilos y las niñas y los niños, también.

La primera escena consistía en que el payaso Pelirrojo debía
llevar
en el extremo norte de su varita mágica,
la nota DO en Clave de Sol para lanzarla al trapecio.
Pero, cuando hizo el intento,
la nota se quedó adherida a la varita y no había manera de
despegarla.
Entonces, el viento Este -siempre amable con los niños y las
niñas-
dio un profundo resoplido que de inmediato

puso a la nota (con zapatillas y todo) en el balancín...

No sabemos cómo, ni de qué lugar del circo,

un grillo saltó al trapecio con la nota RE.

De inmediato, hubo un silencio sepulcral

y la carpa comenzó a moverse fuertemente.

El viento Este asomó la cara para mirar a la Veleta del Torreón...

observó cómo el viento Norte venía cargado de furia

porque habían omitido su nombre en la lista de invitados a la función.

Las notas que aún no habían actuado,

presas de miedo, no querían salir,

pero vaya magia la del mago Hadabán: con patines, y en su pipa de tabaco,

llevó en secreto las notas Mi, Fa, Sol, La, Sí;

que en una columna de humo

subieron hasta el trapecio para empezar la función...

Solamente faltaba la Clave de Sol.

Pasaban los minutos y, nada.

El pentagrama no estaba completo

¿Dónde se habría metido la Clave de Sol?

Los vientos empezaron a preocuparse y salieron a buscarla.

Ya no estaba en la Veleta del Torreón.

El viento Norte la llevaba por los aires entonando esta canción:

La Clave de Sol es mía

la bajé del torreón

para entrar con ella al circo

y poder ver la función.

El viento Este y el viento Oeste guardaron silencio...

Profundo silencio.

Sentados,

todos esperaban la presencia del viento Norte.

Cuando el viento Norte entró

las notas que estaban en el trapecio comenzaron a cantar:

Se acerca el viento Norte,
la veleta ya cambió
Ahora, digamos todos:
Llegó la Clave de Sol.

El viento Sur que era más sereno y pacífico,
entró detrás del viento Norte para refrescar el ambiente dentro
de la carpa,
pero se ubicó -sin darse por advertido- justo, al lado de un
payaso preguntón.

El payaso se acercó lo más que pudo, e interrogó al viento Sur:

-¿Quién marca su ruta en el pueblo?

-A lo que el viento Sur contestó:

-La Veleta del Torreón

-¿Por qué la Veleta del Torreón? -Preguntó el payaso.

-Porque tiene guardada -en su flecha- una canción.

-¿De qué canción me habla?

-De la canción de los vientos

-¿Qué dice esa canción?

-No te lo puedo decir, porque es un secreto

-¿Y, por qué es un secreto?

-Porque solamente lo sabe la Bruja de la Veleta.

-¿Y, quién es la Bruja de la Veleta?

-preguntó (intrigado) el payaso.

—Para saber quién es la Bruja de la Veleta
—respondió el viento-
tienes que revisar toda la obra artesanal de Minutti
o hacer un largo viaje
a la América del Sur.

-¿Y... Quién es Minutti? —interrogó el payaso.

-Minutti es un artista mexicano que desde hace años
funde manualmente (en aluminio) pieza por pieza
para moldear -en relieve- cada una de las veletas de su colección.
Y... ¡¡Qué colección...!! —respondió el viento Sur.

-¡Aaah...! -Replicó el payaso, interrogando de nuevo:
—¿Qué otros secretos hay entre ustedes y las veletas?

—Bueno,
que ellas conocen desde hace muchíiiiisimo tiempo
“todas las posibles y caprichosas direcciones” que se nos
antojan,
y que en la antigüedad
nadie se hubiese enterado de ésto de no ser por las veletas.
Cuando el payaso consultó su reloj
vio que eran las dos de la madrugada
y que ya la carpa había quedado vacía.
Estirando los brazos lo más que pudo y dando un laarrrogo
bostezo,
se retiró a descansar
y, el viento Sur, continuó su acostumbrado camino
para recoger —ahora- en estos meses de julio a noviembre,
historias de huracanes, tornados y ciclones
en los mares tropicales de nuestra América.
(De *El buzón de las hadas*)

La Pradera, un día de 1920

Sr.

Lobo Feroz

Pastizales.

Señor Feroz:

Sin miedo a su alto rango de vagabundo, hemos acordado mis dos hermanos perezosos y yo, preparar un festín de agua hirviendo bajo la chimenea e invitarlo a celebrar la inauguración de mi casita de cemento y ladrillos que construí siguiendo los consejos de mi mamá.

Como las de mis hermanos fueron destruidas sorpresivamente por el huracán de su furia sin que quedara leño sobre leño o rama sobre rama; hemos querido que usted, al llegar, no se moleste en llamar a la puerta: puede tranquilamente descender por el agujero del techo.

Allí, abajo, estaremos esperándolo para darle la malvenida por sus fechorías

Un saludo,

Cereditotrabajador
Credito Trabajador

FANNY D' JESÚS, nació en Ciudad Bolívar en 1967. Desde 1974 reside en Mérida. Es graduada en Comunicación Social. Labora en la Dirección General de Medios de Comunicación en la Oficina de Prensa de la ULA. Estudió Letras en la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA, formó parte del cuerpo de redacción de la Revista *Ángeles caídos*, dirigida por Eddy Rafael Pérez. Participó como asistente de Producción en la película *“La resurrección de las rosas”*, de Edgar Vivas. Productora de la película *“El escarabajo que quería ser unicornio”*, de Jony Parra. Asistente de Producción de *“José Martí ese soy yo”*, de Edmundo Aray. Fue integrante de la Coordinación del Cine Universitario *“Carlos Rebolledo”*. Fue jurado del Concurso de Periodismo Infantil (2004-2005). Capítulo Mérida. Realizó narraciones de cuentos y poemas para cine, de autores como Ramón Palomares: *“Ahora que miras con tus ojos”*, que fue llevado a película por el cineasta Freddy Sisso. Realizó producciones radiales para la Red de Radios Comunitarias en el Estado Mérida, a través de Convite. Productora y Guionista de los Micros Institucionales: *“Un minuto con la Universidad de Los Andes*.

OBRA LITERARIA: *A lo largo de mi cuerpo* (Mérida, Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano. Capítulo de Mérida / Fondo Editorial La Escarcha Azul / Casa del Escritor Yolianna D' Jesús). Tiene inédito el libro de relatos *Amante o nada*.

(De *A lo largo de mi cuerpo*)

ESPEJO

Aquí estoy, acostada en la cama junto a un extraño. A pesar de los años que hemos vivido en la misma casa, en el mismo cuarto, en la misma cama, sigue siendo un extraño.

Como todas las noches, él se queda dormido, y yo, sólo ni un recuerdo. Vivo sumida, y parecerá difícil de creer, pero en mi sueño y en mi memoria, este extraño que yace a mi lado dormido, nunca aparece. Ya no soy una muchacha, ni siquiera una mujer. Soy una vida que anochece.

Cuando me miro en el espejo, veo cómo me voy marchitando. Mi cabellera se ha tornado gris, y mis pasos lentos y torpes. Antes me desesperaba, lloraba y gritaba:

-¡Todavía falta por vivir! Por vivir lo vivido.

Todo era vano. Pero hoy pasó algo, algo especial. Comencé el día con una emoción de vida. La alegría me invadía. El extraño había salido de casa temprano. El cansancio y la pesadez de mis pasos habían desaparecido. Sonó el teléfono. El extraño llegaría tarde como todos los días. Levanté y colgué el auricular sin pronunciar palabras, y quedé de nuevo junto a la soledad y mis sueños.

La casa tiene hoy aroma a flores, y la sensación de vejez ya no existe.

Caminé en dirección a la habitación y justo cuando pasé al lado de la puerta de la sala me percaté de que había sido invadida por una luz cegadora pero muy agradable. Salía del espejo grande que colgaba en la pared. El espejo donde siempre me miraba. Me acerqué sintiendo un deseo incontrolable de tocarlo. La luz

rosada se reflejaba en mi cuerpo igual que mi imagen en él. Traté de controlar mis emociones. Sentía miedo, pero deseaba tanto un momento diferente, que no quería perderlo. Un frío recorrió mi cuerpo. Allí estaba yo, parada frente al espejo. Hermosa y radiante. Mis manos, mi rostro y mi cuerpo se iban rejuveneciendo a medida que me acercaba. Mi vestido de corte casero había desaparecido. En su lugar vestía un traje blanco transparente, que dejaba ver mi delgada silueta. Mi cabellera se tornó negra noche, adornada con una hilera de pequeñas flores blancas. Era yo, cuando tenía dieciocho años. Pasaba mis manos por mi cara y mis caderas: estaba fascinada. ¡Era un milagro!

Emocionada traté de tocar el espejo. Un frío entumeció mi mano. Me veía penetrar el vidrio sin tropezarlo ni romperlo. Mi piel se adormecía. Retiré mi mano. El miedo no me dejaba respirar. Sentí que me arrastraba hacia él. Me contuve, me llené de valor y decisión.

Era cierto. No era un sueño. Mi mano traspasaba el espejo. Mi cuerpo se convertía en vidrio. Una fuerza interior me absorbía sin que yo pudiera hacer algo para detenerla.

Dentro del cristal todo estaba iluminado por los colores del prisma. Había muchos caminos de vidrio y se sentía una paz absoluta. El aire chocaba con los cristales rumorando una melodía que me tranquilizaba el alma.

Una luz apareció frente a mí. Una pequeña luz entre rosa y azul. Se acercó a mi cara y rozó mis labios. Posándose después en mis manos.

Sentía ansiedad. De mi pecho se desprendió una luz blanca y fuerte que al unirse a las otras crearon un reflejo deslumbrante. Dentro de su unión se formó una figura humana. No podía apartar mis ojos.

Ciertamente no podía. Latía mi corazón inflamado. Por mis venas la sangre caliente. La figura fluía como el agua de una fuente entre luces. Juego de aureolas la rodearon. La luz cedió dejándome ver un hombre que parecía dormido. Me acerqué para mirar su rostro, pero su cara estaba inclinada hacia abajo, sus brazos cruzados, cobijándose. Intenté tocarlo, pero levantó su rostro. Su movimiento detuvo el mío de manera seca y violenta. Me miraba con un mar de preguntas. No escuchaba su voz. Sentía sus pensamientos resonar en mi cabeza junto a mi confusión. Divisé por fin su rostro. Una sensación de alegría me invadió. Era él. Sí, él. Recordé su figura delgada dentro de un sarcófago.

Movió sus labios mientras sujetaba mis manos diciéndome:

-Lucía, mi amada Lucía.

Era su voz, su voz dulce, su rostro de ángel. Era él. De un impulso lo abracé, y él correspondió con el mismo ardor. Como la noche y el día.

Una luz llenó el lugar. Nos ceñía. Nos arrastraba. Sus dedos sellaron mis labios. Besé su mano mientras él con la otra urgía todo mi cuerpo. Entre gemidos y caricias fundimos el amor.

Nos quedamos allí, tumbados en el suelo frío, uno al lado del otro, prendidas las manos y con la vista clavada en el cielo cristalino, en un paisaje de espejos donde flameaban nuestros miembros iluminados y húmedos.

Me penetró un frío inaguantable. El soltó mi mano al sentirlo. Se incorporó para mirarme. Sus labios besaron de nuevo los míos. Su cara de tristeza acarició mi cuerpo tirado todavía en el suelo. Lágrimas bajaron por sus mejillas hasta caer en mi pecho. Yo estaba paralizada, como si fuera una masa enorme de vidrio.

Mi cuerpo se levantó. Una fuerza recóndita me arrastró, alejándome de aquel hombre del amor. El seguía tras de mí sin

esperanza. Lloraba.

Salí despedida del espejo. En toda mi carne un hormiguelo incontrolable. Noté que había envejecido. Mis pasos lerdos en dirección al espejo se hacían eternos. El estaba del otro lado del cristal con sus brazos abiertos, llamándome, implorando mi regreso.

Traté de aligerar mis pasos. Del espejo surgió un viento fuerte que tumbó mi cuerpo viejo. Alcé mi vista para verle. Su rostro destellaba una congoja infinita. Le di golpes al piso por la ira y la impotencia, y me arrastré hasta llegar frente a él. Mi brazo, decepcionado, observó que chocaba contra el espejo. Lo intenté una y otra vez sin resultado alguno. Un vacío grande me invadió el pecho. Mi amado se alejaba. Era yo quien ahora suplicaba. El viento persistía. Desconsolada miré al espejo. Sólo mi rostro viejo...Una mano salió sorprendentemente. Temerosa, seguí sus lentos movimientos... llamándome, llamándome... Limpió mi rostro de lágrimas hasta posarse en mis labios. La besé tiernamente. La tomé entre las mías. Me erguí. Allí estaba yo, frente al espejo, sujetando fuertemente la mano del amor.

-¡Lucía, Lucía! ¿qué tienes?

La voz de José retumbó en la sala. Rápidamente se acercó a Lucía para tomar su mano, cuando algo le detuvo en seco dibujando en su rostro una expresión de terror...

Allí yace Lucía. Sus manos frías, su rostro pálido. En sus labios una dulce sonrisa.

El espejo cuelga en la pared destrozado en mil pedazos. Los cristales incrustados en todo su cuerpo.

REFLEJOS

Caminaba por unos riscos cuando resbalé y caí al precipicio. Las rocas pasaban a una velocidad impresionante. No podía hacer nada, apenas movía los brazos con desesperación mientras me acercaba al fondo sin tener alguna esperanza.

Desperté sobresaltado. El sabor amargo de alcohol y tabaco en mi boca me provocó náuseas. Me levanté rápidamente. Sentí un vacío. Todo se tornó negro. Tanteando con las manos logré sentarme en la orilla de la cama: noté que no estaba en mi habitación. Nostálgico miré las paredes corroídas y de un color indefinido por el bombillo de luz roja que con cables sueltos colgaba del techo. Un aroma dulzón me hizo voltear. A mi lado yacía una mujer desnuda que no conocía.

Me vestí sin preocuparme. Pagué y salí. En el salón dominaba el desorden y la penumbra. Un hombre dormitaba recostando su cabeza en una de las mesas sucias. Las colillas de cigarrillos junto con los vasos y botellas rotas parecían la alfombra del lugar.

La calle desierta, humildemente alumbrada por los faros de cada esquina. Sólo escuchaba rechinar mis zapatos al pisar la acera húmeda. Unas voces desviaron mi rumbo y me introduje en el Parque Central. No lograba encontrar de donde provenían. Llegué hasta el puente: parado allí me percaté de que ese era un camino largo a casa. Volteé para regresar: todo estaba oscuro y desolado. Escuchaba al viento y al riachuelo que pasaba por debajo del puente. Todavía sentía el efecto del alcohol en mi cabeza y me costaba trabajo fijar mi vista en el camino de ladrillos. Escuché una voz:

—¡David!

Sobresaltado miré a mi alrededor sin encontrar a nadie.

—¡David!

Esta vez me encontré de frente con el puente: el frío me hizo notar que caminaba por el riachuelo. Extrañado aprecié que su agujero parecía infinito a pesar de saber que el puente era pequeño.

— David.

Una mano pequeña salió del oscuro agujero. Me acerqué para divisar mejor. Un niño estaba parado allí, en la oscuridad. El riachuelo le mojaba los pies igual que a mí. Extendió su mano para tomar la mía. A pesar de su pequeña estatura me dio la sensación de que me la trituraba.

— David, tengo hambre.

— ¿Qué hace un niño como tú en este lugar y a esta hora?

— Tengo hambre.

Saqué unas galletas del bolsillo y se las ofrecí:

— Toma, te hará bien.

Las tragaba sin masticarlas. Tenía la carita sucia. La ropa le quedaba pequeña porque no era para su contextura. Sus zapatos grandes dejaban ver lo huesudo de sus tobillos. Su rostro reflejaba viveza a pesar de su corta edad.

Le ayudé a salir del riachuelo. Se acostó en el césped indicándome que hiciera lo mismo. Allí estábamos los dos, tumbados en la tierra, boca arriba.

— ¿Crees que el Señor esté mirándome?

— Puede ser, pero no lo creo.

Se rió de lo que le dije. Lo miré extrañado.

–De donde vengo sólo hay fuertes y débiles -dijo.

–Aquí también pasa.

Sus grandes ojos me observaban en silencio. De repente preguntó:

–¿Cuántos años tienes?

–Veintiocho – respondí.

–No pareces tan viejo.

Comencé a reír. Sin importarle siguió hablando:

– Los adultos no saben diferenciar sus sentimientos y se vuelven egoístas.

Me senté abrazándome las rodillas, y le pregunté:

–¿De dónde vienes?

– De la oscuridad del túnel al otro extremo – dijo señalando bajo el puente.

– Al otro lado del puente todo es igual.

– Para ser viejo no sabes nada de nada.

Lo miré desconcertado.

–Tus amigos, ¿dónde están?

–No tengo amigos.

–Pobre hombre.

–¿Por qué?

Me tomó del brazo. Acercó su boca a mi oído:

–Zaramú llega cuando uno está solo y lo lleva a uno al fuego abrasador de su mundo oscuro. Sientes el fuego entrar por todo tu cuerpo. Te derrites sin quedar nada de nada. Zaramú es peligroso, es malo.

- Si es peligroso ¿qué haces aquí solo?
- Me escapé.
- ¿Qué?
- Los adultos viven llenos de penas.
- No tantas como crees.

Se levantó bruscamente, me miró a los ojos y, señalándome, dijo:

- ¡Mentiroso!
- Algún día crecerás -respondí.

Un ataque de histeria lo invadió de repente. Agitaba sus brazos furioso.

- ¡Estás loco! ¿Cómo se te ocurre desearme semejante cosa? Mírate: no eres nadie.
- Tranquilízate. Si no quieres crecer, no lo hagas.
- No quiero ser como tú.
- ¿Como yo? ¿Y qué tengo yo?
- Estás vacío, estás muerto y ni siquiera te has dado cuenta. Hoy es tu única oportunidad.

Alterado lo sacudí por los hombros.

- Eres un niño, no mi conciencia –dije.
- Me estás lastimando, suéltame –respondió.

Nos quedamos parados uno frente al otro, fijamente. Del cielo cayeron unos puntos pequeños de luz parecidos a la nieve. Levanté mis manos, asombrado. El silencio se rompió por la risa de aquel niño extraño.

- ¿Qué está pasando? – pregunté.
 - Todo – dijo mientras seguía riendo. Todo puede ocurrir cuando uno está solo.
- Dio unos pasos para acercarse al riachuelo. Le seguí. Se arrodilló

a la orilla y tocó el agua.

–Mira, David.

El agua parecía una película donde pasaba mi vida a gran velocidad. No lograba entender lo que ocurría.

– El agua es reflejo de vida –dijo.

Se introdujo en el parque. Le seguí con la mirada: no tocaba el suelo. Sentí miedo de él. Era, definitivamente, un ser extraño. Se detuvo en una pequeña loma y sin explicación alguna el lugar se iluminó. Estaba más que consciente, sabía que todavía era de noche.

La luz radiante lo envolvió. Quedé paralizado. Como por arte de magia los grillos entonaron armoniosamente. La luz desapareció. Con la mirada hundida en la tierra, me preguntó:

– ¿Tienes miedo?

–Sí –respondí sin aliento.

Se levantó y caminó hacia mí. A su paso nacían flores. Finalmente se detuvo.

–No debes de tener miedo. Yo soy real.

–¿Real? – le pregunté mirándole el ceño.

– Debes diferenciar entre lo real y lo que no lo es.

Me extendió su mano y la tomé con miedo, sin embargo se la sujeté. Su voz se tornó fuerte y retumbante.

–Ven conmigo, te lo daré todo.

El niño había desaparecido. En su lugar yacía una figura de unos dos metros de altura sujetándome la mano fuertemente.

Traté de soltarme sin lograrlo. Sentí el calor desprenderse de él. Su cara estaba totalmente desfigurada. Sus ojos amarillos, ojos desorbitados de gato, y la boca llena de colmillos. Su expresión me causó escalofríos. Contraje mi respiración y emití gritos que sólo eran pequeños sonidos guturales. El reía de una forma ensordecedora. Pedí ayuda con desesperación pero no apareció nadie. De un manotón salí despedido y caí violentamente al suelo.

Corrí asustado por el parque. El camino se hacía interminable. Sentía su pesadez detrás de mí junto con sus gruñidos. Mi respiración se había hecho fuerte y dificultosa. Volteé para ver cuán lejos estaba de él, había desaparecido. Me detuve para mirar. Apareció frente a mí con una sonrisa macabra, mostrándome dientes de bestia. Un sudor frío bañó todo mi cuerpo.

-Vengo por ti.

Saqué fuerzas de donde ya no tenía y grité:

—No, no, vete de aquí.

Sacó de sus entrañas una especie de lanza. Subí mis brazos. Su fuerza era brutal. No sentía piedad alguna y pasé a ser un juguete inanimado que él tiraba de un lugar a otro. Mis lamentos eran sordos. Me aturdía su risa diabólica. Un manotón me dio la sensación de que me había roto la cara. Escuché un sonido seco en mi espalda. Gemía a causa del dolor desesperante. A cada movimiento los huesos me sonaban. No tenía aliento para gritar. Sin tocarme sentía sus empujones que me llevaban al puente. Su piel oscura se confundía con la noche. Caí al riachuelo. Una especie de canto de sacrificio provenía del agujero. Aullaban lobos. Ladraban perros. El sonido se hacía cada vez más fuerte. Aquel demonio se acercaba cada vez más. Con un gesto me levantó sin tocarme. Levité en el aire dando vueltas. Su risa se confundió con mis quejidos secos y sordos. Su furia clavó la lanza en el agua, justo debajo de mí. Sentí un sacudón violento. La punta plateada

se tornó cobriza y el agua se tiñó de rojo. Todo se calmó.

Mis pies húmedos me hicieron reaccionar. Levanté la vista. Una risa incesante me hizo voltear. Allí estaba mi cuerpo incrustado por una lanza clavada en el río. Sentí un apretón en la mano. El niño me halaba hacia el agujero del puente. Pasé al lado de mi cuerpo deforme y sin vida.

—¿Adónde me llevas? —le pregunté.

—Vine a buscarte. Mírate —dijo.

En el espejo del agua en vez de mi rostro vi el de un niño. Me tomó del brazo. Caminamos en dirección al agujero debajo del puente del Parque Central.

TULIO FEBRES CORDERO

Nació en Mérida el 31 de mayo de 1860, falleció el 3 de junio de 1938, en esta misma ciudad. Fue historiador, cronista, escritor de mitos y tradiciones, ensayista, articulista, cuentista, novelista, relojero, mecánico, catedrático, tipógrafo e impresor. Además, profesor, Decano y Rector Honorario de la Universidad de Los Andes. Desde joven fue tipógrafo, oficio del que destacó por su don creativo al inventar la Imagotipia, técnica de reproducir imágenes por medio de tipos de imprenta. Fue colaborador de la famosa Revista de Caracas El Cojo Ilustrado, durante los años (1877 y 1938).

OBRA LITERARIA: *Don Quijote en América o la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha* (Mérida, 1905), reedición actual (Mérida, Vicerrectorado académico, 2005). *Archivo de historia y variedades* (Caracas, 1917), *En broma y en serio* (Mérida, 1917) *Colección de cuentos* (Mérida, 1902 y 1930), reeditados en la selección: *Cuentos* (Mérida, Ediciones Solar, 1994). *Tradiciones y Leyendas* (1911), *Las nieves de antaño; pequeñas añoranzas* (Mérida, 1958), *Mitos y tradiciones* (Caracas, 1952). Estos últimos han sido reeditados juntos, desde hace varios años, en Caracas por Monte Ávila. *Memorias de un muchacho (Vida provinciana). Mérida* (1924). Entre muchas otras obras que aún se siguen reproduciendo.

UN CONGRESO INFANTIL

Ya es raro hallar muchachos que jueguen al escondite, como en otros tiempos, o que, montados en cañas, salgan por esas calles de Dios, luciendo en la punta superior de los carrizos aquellas vistosas cabezas de caballo, hechas de trapo y adornadas con borlas de colores y brillantes lentejuelas.

Los chicos del día miran con desdén tales bagatelas. Sus juegos no estriban ya en la tradición sino en los acontecimientos presentes, cualquiera que sea su clase e importancia, siempre que metan ruido y tengan alguna apariencia de novedad o que revista carácter de espectáculo público con música, tiros, banderas y repique de campanas.

Es el caso que en tiempo de una ruidosa asamblea legislativa, en que la crónica era puramente parlamentaria, quince o veinte chicos, constituidos de la noche a la mañana en sendos diputados por los sitios más notables de la capital en que se efectuaba aquella junta política, instalaron con gran seriedad una cámara infantil. Y como el dinero es, aún entre los chicos, un maravilloso unguento que pone suaves los resortes de todo negocio humano, era condición expresa que cada diputado, había de consignar un centavo antes de abrirse la sesión, para que el congreso tuviese rentas propias y, sobre todo, base en qué cimentar sus actos.

Pero tomemos puesto en la barra, que este congreso promete ratos de gusto a los espectadores.

Detrás de un cajón, que a primera vista indica su procedencia, porque dice “Fábrica de Tabacos”, en letras muy visibles, y tiene a modo de carpeta un gran pañuelo encarnado, está muy orondo en su silla el chico elegido presidente de la cámara, después de una elección en que los candidatos llegaron a ofrecer hasta tres caramelos por un voto.

Completaba el ajuar de la presidencia la campanilla, que era un embudo de hojalata con su correspondiente piedrecita pendiente de un hilo a modo de badajo.

El presidente agita con mucha gravedad el embudo y queda abierta la sesión. Pero sucedió que el chico de la casa donde se reunía este descomunal congreso, advirtiendo que el presidente metía con disimulo la mano dentro del cajón, se levanta airado y discurre en estos términos:

—Ciudadano presidente: pido permiso para sacar del cajón una cosa que me pertenece y que está corriendo gran peligro.

—¡Negado, negado! ¡Que se registre el cajón!, gritó toda la cámara avanzando en cuerpo hacia la presidencia.

Un diputado (con medio cuerpo dentro del cajón): ¡Es una chirimoya madura!...

El presidente (casi sofocado por los diputados y agitando el embudo desesperadamente): ¡Al orden, al orden! Es necesario hacer las cosas con seriedad.

Otro diputado: —Tengo un proyecto sobre la chirimoya y pido que se vote.

El presidente, que era un famoso perillán, abrazándose a la fruta y cubriéndola con el sombrero, declaró ex-cátedra, que la chirimoya se reservaban para después de la cuenta.

En este momento se oyó en la puerta una voz que preguntaba a gritos:

—¿Compran alfeñiques?...

Un toque de rebato no conmueve tanto a un pueblo como aquel

grito a los honorables chicos.

Un diputado (relamiéndose los labios): –Propongo que todos los fondos existentes se gasten ahora mismo en alfeñiques.

–No apoyo, gritó un optimista, porque eso está destinado para un globo que se elevará el día del año nuevo.

–No señor, dijo desde su asiento el diputado-tesorero; de comernos las rentas, que sea en pastelitos horneados, que yo sé dónde los hacen muy buenos y grandes.

–Pero antes que todo, gritó otro chico que no apartaba sus ojos de la puerta, propongo que se nombre una comisión para que le diga al muchacho de los alfeñiques que no se vaya mientras se resuelve el punto.

El presidente (sin soltar el fardo de la chirimoya): –Que diga el diputado-tesorero lo que hay en caja y quiénes son los que han pagado.

El funcionario interpelado saca unos centavos del bolsillo, los cuenta dentro del sombrero y luego informa:

–Ciudadano presidente: hay por todo, real y medio y un centavo, pero no han pagado todavía los diputados...

Aquí arde Troya: los bribonzuelos morosos meten gran ruido de voces con ánimo de interrumpir el informe rentístico, y los puntuales en el pago levantan también la voz para alegar sus derechos a la caja, a tiempo que el rapaz secretario de la cámara, aprovechándose del acaloramiento del debate, pugnaba en la barra por arrebatarle al muchacho el azafate de los alfeñiques para llevarlo a la mesa de la secretaría y poder dar cuenta de él... parlamentariamente, se entiende.

El embudo iba y venía por el aire llamando al orden, pero qué

campanilla ni qué pan caliente: todos los diputados andaban por el salón discutiendo a raja tabla sobre las tres cuestiones palpitantes y de bulto: los centavos, la chirimoya y los alfeñiques.

De improviso se abre una puerta en el fondo de la cámara y aparece una figura espantable para los chicos, que apenas les da tiempo de recoger aire a boca abierta y emprender carrera hacia la calle en completo desorden. El dueño de la casa, que no pudo soportar más aquella bulla y alboroto, bien como un rey tiránico, tomó el partido de disolver el parlamento a latigazos.

.....

Cuatro diputados se encuentran casualmente al voltear una esquina solitaria. Son el presidente, que pudo salvarse con la campana y la chirimoya; el tesorero, que lleva todavía en las manos gran parte del erario, y dos rapaces más.

El presidente manifestó, en vista de lo sucedido, que era necesario proceder inmediatamente al reparto de los centavos y, enseguida, suena el embudo y declara abierta de nuevo la sesión, pero el diputado-tesorero, que era un consumado táctico en materia parlamentaria y un bribonzuelo de marca mayor, salió de estampida con el sombrero en una mano y las rentas en la otra, diciendo a gritos:

—¡No hay quórum, no hay quórum!...

Sorbiéndose los vientos y cruzando calles fue a parar a la puerta de una fonda de suburbio, donde lo recibió la fondista con gran sorpresa.

—¿Qué te pasa muchacho, que vienes ahí echando el corazón por la boca?

—Fue que... ¡escóndame, que después le digo! —pudo medio articular el ministro del tesoro, entrándose de rondón hasta la

cocina.

Es fama que cuando el honorable chico salió de su escondite, se había comido en pastelitos horneados todas las rentas del famoso congreso.

1889

LA VENGANZA DEL ALCALDE

En la plaza de cierto pueblo había un guamo muy frondoso, a cuya sombra se reunían los vecinos por las tardes y en las noches de luna en amigable tertulia, sentados en sillas que llevaban de las casas más inmediatas, pues en torno del guamo no había sino el suelo de tierra mondo y lirondo. Todos deseaban que se pusiese allí un escaño para mayor comodidad y como principio de una glorieta o cosa parecida; y tanto porfiaron, hasta que el Alcalde vino en ello, y lo mandó construir para dar gusto al pueblo y perpetuar su nombre con alguna obra de progreso.

Llegó por fin el día de colocar el deseado escaño, lo que se hizo un sábado, reservando la solemne inauguración para el otro día, o sea el domingo, después de misa, en que habría suficiente concurso de gente. Pero el hombre pone y Dios dispone: no sabía el bueno del Alcalde lo que es el público cuando se constituye en perito para hacer la crítica de una obra cualquiera: *tot homines, quot sententiae*.

Verdad que muchos aplaudieron la mejora, pero fueron más los reparos y tachas que las voces de mero aplauso.

Habló el señor Cura, y dijo: —Mejor estaba el guamo sin escaño, porque ahora va a convertirse en un foco de irreverencias frente al templo.

—¡Valiente cosa! dijo un maestro albañil, hacer un escaño de

madera para la intemperie. Eso es pan para hoy y hambre para mañana.

—¡Esto nos faltaba! exclamó un padre de familia, ahora los niños lo van a pasar de ociosos sentados en la plaza.

—Pero en qué cabeza cabe pintar el escaño de verde, mejor habría quedado pintado de azul, dijo un pintor de brocha gorda.

—Y ahora dónde pensará el señor Alcalde que pongamos las bestias los días de mercado, si se coge la sombra del guamo para poner este armatoste, dijo mal humorado uno de los muchos labriegos que por allí había.

—¡Per Dio Santo! questo es duro como un banco di penitencia, dijo un italiano después de haber dado algunas palmadas sobre el escaño.

Y fueron llegando todos los vecinos atraídos por la novedad del caso, y dando cada uno su opinión. Huelga decir que no había dos pareceres iguales: unos que muy angosto, otros que muy ancho; estos que debía tener el frente para acá, y aquellos que para allá; y mil opiniones distintas.

El boticario del pueblo, que también oficiaba como protomédico, y que a la sazón estaba leyendo en su casa un tratado sobre la teoría microbiana, en viendo el escaño, dijo para sus adentros, aquí no peco, y ante buen número de cándidos oyentes condenó la obra del Alcalde como perjudicial a la salubridad pública:

—De hoy en adelante la sombra del guamo será peligrosísima, será un verdadero centro de contagio, porque todas las enfermedades irán dejando en el escaño una plaga de microbios...

Y el sacristán se quejó contra el Alcalde, porque ponía el escaño en la plaza, cuando la iglesia carecía de asientos; y una viuda

cargada de hijos, echó pestes contra el mismo empleado, porque malgastaba la renta en cosas superfluas, habiendo en el pueblo tantas necesidades por socorrer.

Pueblo chico, infierno grande. A oídos del Alcalde llegaba el eco de cuanto se decía sobre el escaño, con añadiduras y comentarios; de suerte que ya con la tarde tenía encendidas las orejas, y aunque manso de condición, estaba cargado como un trabuco, pronto a reventar con una alcaldada. Sin embargo, esperó con heroica tranquilidad a que acabara el día y el pueblo se entregase al sueño, para tomar providencia entre gallos y media noche. Nadie podía imaginarse lo que pensaba el enojado Alcalde.

El domingo por la mañana, ¡gran sorpresa!, el escaño había desaparecido, y en su lugar encontraron los vecinos, tendido en el suelo, un enorme tronco de corozo, erizado de espinas, con este letrero muy visible:

*Para que se siente el respetable público,
mientras se hace un escaño al gusto de todos.*

1917

A GRAN SUBIDA, GRAN CAÍDA

Había en París un barbero, no se sabe si turco, sueco o polaco, aunque la nacionalidad no viene al caso, que hacía su oficio como cualquier otro, pero que favorecido por la suerte llegó a poner su tienda con gran lujo, lo que le atrajo naturalmente muchos clientes del mundo elegante, que iban allí no tanto por la habilidad del barbero, sino por remirarse en las famosas lunas de Venecia y deleitarse con la suavidad de los perfumes, arrellanados en ricos y cómodos sillones.

Y sucedió que el vaporoso diablillo de la vanidad, provisto de

todas sus armas, que son fuelles y sopletes de distintas hechuras y tamaños, vino a apoderarse de aquella testa barberil, soplándola con tanta fuerza, que la dejó como bomba de caucho a punto de reventar. Creyose ya nuestro hombre en el pináculo de la gran metrópoli, o sea el rey de los barberos parisienses; y sentado en esta ilusoria eminencia, pasó a mayores, creyendo ser también el primer barbero del mundo entero, por la sencilla razón de estar reputado París como centro de la civilización universal.

Engolfado en esta presuntuosa idea y desvanecido por la adulación de la clientela alegre y casquivana, que siempre lo rodeaba, mandó poner sobre la puerta de la tienda en doradas letras este arrogante letrero:

“La mejor barbería del mundo”

¡Aquí ardió Troya! pues tratándose de una ciudad cosmopolita, en un santiamén empezaron a detenerse y formar corrillos ante el nuevo rótulo muchos curiosos de distintas nacionalidades, haciendo comentarios y protestas en varios tonos, según la calidad de las personas.

—La mejor de Europa podrá ser, pero no del mundo entero, porque en América las hay mejores, dijo un yanqui.

—De la Europa Continental si acaso, pues pongo fuera a Inglaterra, rectificó con mucha flema un inglés. Solamente en la ciudad de Londres hay más de dos mil quinientas barberías. Debe este barbero probar antes la superioridad sobre cada una de ellas.

—Y que la pruebe también sobre las barberías de Roma, Milán, Turín, Venecia, Nápoles y tutti quanti, exclamó un italiano con la vehemencia del patriotismo latino.

—Y sobre las de Madrid, Barcelona, Toledo, Sevilla y mil lugares más, agregó un español. Será la mejor de Francia, y santas

pascuas.

—¿De Francia decís? Pues tampoco, dijo un gascón, porque yo las he visto mejores en Burdeos. Será un buen raspabarbas de París y nada más.

Entonces salió a la palestra un estudiante; y con voz tribunicia se dirigió a los circunstantes en estos términos:

—Estamos perdiendo el tiempo en inútiles protestas. París tiene más de cien barberías superiores a ésta. Propongo, pues, que se sustituya en el rótulo la palabra “mundo” con “barrio”, y así dirá la verdad.

—Tampoco estará en lo cierto, gritó al punto un vecino que acababa de detenerse porque a treinta pasos de aquí hay otro taller que no es inferior a éste. Ahora veréis el rótulo que mejor le cuadra.

Y abriéndose paso por entre la multitud, echó a correr en solicitud de un carbón con que escribir; pero todos desatendieron al vecino para atender a la policía que ya tomaba cartas en el asunto. La gente aumentaba por instantes, y con ella las voces y gritos, de suerte que vino a formarse allí otra confusión de lenguas como en la torre de Babel.

Los clientes del gran taller, en viendo que aquel nublado amenazaba desatarse, si no en rayos y truenos, por lo menos en un aguacero de palos y mojicones, tuvieron la feliz idea de escurrirse a tiempo, dejando en los mayores aprietos al pobre barbero. En resumen, la policía, para calmar el alboroto y prevenir demasías, dispuso cuerdamente que se quitase la causa, o sea el arrogante letrado; y fue entonces cuando todos se fijaron en el vecino que antes había salido en carrera, el cual acababa de escribir sobre la pared del taller en caracteres muy gordos el siguiente rótulo, que fue saludado con estrepitosos aplausos:

“La mejor barbería de esta esquina”

Amilanado, cariacontecido y meditaundo quedó el infeliz barbero, viéndose en un momento despeñado de la considerable altura de fanal del mundo a la humilde condición de candil de encrucijada.

Tal es el castigo que suelen tener los que se andan por las nubes de la vanidad y del orgullo, y cuanto más alta haya sido la subida, mayor será la caída, sin que valgan para curar estos porrazos las tinturas ni los ungüentos, sino una buena dosis de resignación y firmes propósitos de enmiendas.

1916

LAS PAREDES HABLAN

Un día, hace de esto algunos años, tuvimos ocasión de pasar un rato en una casa de campo, distante pocas leguas de Mérida. El mayordomo nos brindó franca hospitalidad y puso a nuestra disposición la casa, que por aquel tiempo estaba deshabitada. Era un edificio antiguo, cuyos negruzcos tejados apenas se distinguían de lejos por entre los árboles que daban sombra a un extenso cafetal, única riqueza de la finca.

Mientras mi compañero trataba el negocio principal del viaje con el mayordomo, yo me entretuve paseando las desiertas habitaciones de la casa, un tanto dominado por la melancolía que se apodera del ánimo en las horas de soledad y de silencio. Había en el extremo de un corredor un cuarto que convidaba a la meditación y al recogimiento. Por entre los balaustres de una ventanilla que miraba al occidente, se veían allá, en la loma vecina, las parejas de bueyes que iban y venían lentamente rompiendo el suelo con el arado, y más cerca de la casa, ceibos enormes que, azotados por el

viento, vertían sus flores color de grana como lágrimas de fuego que iban a perderse en la callada y sombría arboleda del café.

Distraídamente fijé mi atención en un letrero escrito con lápiz sobre la amarillenta pared. Estaban allí a un lado de la ventanilla dos corazones toscamente dibujados, y al pie de ellos esta leyenda, en caracteres que a primera vista revelaban haber sido hechos con especial cuidado: *3 de enero. D. y P.*

El campo tiene el mágico poder de inspirar bellos pensamientos. Leer esto e imaginarme haber hallado la clave de un idilio, pensaba yo, ha estado alguna pareja de amantes con las manos juntas y los corazones mucho más, jurándose amor eterno a la puesta del sol, hora en que se tiñen de rosa los collados y cantan las aves, ya ocultas entre el follaje, su melancólica despedida. Pero ¿quienes eran ellos?

Al punto abandoné aquel sitio y empecé a registrar las paredes por todas partes, con un interés particular, en que se mezclaban la curiosidad y un sentimiento de irresistible simpatía. Allá, detrás de una hoja de la puerta, muy arriba, como para que ningún curioso diese con él, divisé otro letrero, nuevo dato que había de ponerme en camino de descubrir toda una historia de amor, pero de amor puro e intenso como me imaginaba que debía sentirse en aquel campo, a la vista de tan encantadores paisajes. Montado sobre una silla trasladé a mi cartera dicho letrero. Era la misma fecha: 3 de enero, pero al pie decía con todas sus letras Domingo y Paula.

He aquí, me dije, los nombres de los amantes, y como ya tenía puestos los cinco sentidos en aquellas simpáticas inscripciones, me ocupé en el examen de todo el cuarto. Otros letreros había, pero ninguno sobre Domingo y Paula. Salí a un corredor, nada tampoco; penetré en la sala, menos; invadí un aposento y después de abrir de par en par la ventana, repasé las paredes minuciosamente. Por poco se me saltan las lágrimas al descubrir cerca del sitio donde debió estar el altarcito de la familia, este

sentido cantar, de puño y letra de mujer:

*Llorando cogí la pluma,
Llorando cogí el papel,
Llorando escribí tu nombre,
Llorando por ti, mi bien.*

¡Pobre Paula! Cuánta amargura revelaban estos renglones, escritos allí a la indecisa claridad de la lámpara encendida ante algún santo de su devoción, en alguna noche de cruel insomnio, ahogada por el llanto y fijo el pensamiento en su inolvidable Domingo. Recorrí toda la pieza con viva ansiedad buscando, como el anticuario en los monumentos, la luz de una historia en breves y elocuentes inscripciones.

En el corredor hallé, al cabo, en letra muy diversa y entre otros apuntes ajenos completamente al asunto, este rengloncito escrito al parecer con mucha precipitación: *Se llevaron a Domingo, 14 de agosto.*

Estaba copiándolo cuando llegaron el mayordomo y mi compañero.

—Hágame el favor, amigo, —dije inmediatamente al primero— de informarme para dónde se llevaron a Domingo.

—¿Qué Domingo, señor? —me preguntó sorprendido.

—Pues Domingo, el prometido de Paula, —le contesté con toda seguridad.

—Yo no sé nada de eso. Cuando vine, hace tres años, a encargarme de la hacienda, hallé la casa tal como usted la ve ahora.

—Dígame entonces ¿dónde habrá por ahí más letreros como éste?

—Si mal no recuerdo, hay unos cuantos en el cuarto de herramientas.

—Pues si usted me lleva allá, se lo agradeceré muchísimo.

—No hay ningún inconveniente.

Ya me parecía que no llegaba al cuarto de herramientas. El mayordomo cogió al paso una llave que estaba colgada de un clavo, y después de prolongar mi ansiedad, batallando un rato con la cerradura, abrió de un golpe las hojas de la puerta.

¡Cuántos letreros había allí! Las lágrimas de Paula, el paradero de Domingo, aquella historia de amor desgraciado, vislumbraba al través de unas líneas tan lacónicas como expresivas, tenían cautivo mi corazón y en constante divagar mi pensamiento.

Rápidamente fui leyendo cuanto había escrito y sufriendo al propio tiempo tristes desengaños. Aquel cuarto había sido indudablemente el del dueño de la finca. Lo que existía eran apuntes de cuentas, memorandum de negocios, nombres extraños seguidos de números, fechas aisladas y multitud de notas indescifrables. De pronto dejé escapar una exclamación de dolorosa sorpresa, tan viva que mis compañeros se miraron entre sí con asombro. La última partida de una de aquellas listas decía claramente: *Misas por el alma de Domingo, 4 pm.*

En dos palabras les expliqué el porqué de mi sorpresa y todo lo que me habían dicho las paredes.

—Eso debe de ser viejo —dijo el mayordomo— y el único que puede aquí saber algo es el taita Matías, que es el peón más viejo de la hacienda.

El taita Matías, por quién yo averigüé en el acto, era efectivamente

un anciano y se hallaba a la sazón desyerbando una acequia a inmediaciones de la casa. Le dije lo que quería de él, y mirando entonces el viejo hacia un gigantesco maitín que daba sombra a la corriente por aquella parte, me dijo estas o semejantes palabras:

—Allí, junto al tronco de ese árbol, solían sentarse los dos. Eran huérfanos, hijos del campo y criados con mucha estimación en esta hacienda. Estuvieron en la ciudad algún tiempo, y allí aprendieron a leer y escribir. Todos los queríamos mucho, porque eran buenos y trabajadores. ¡Pobres muchachos! Un día cogieron a Domingo en el propio patio de la casa y se lo llevaron para la guerra. La pobre Paula, cansada de esperar todas las tardes, subida en el martín, la vuelta de Domingo, con quien estaba para casarse, comprendió que la engañaban con falsas noticias, mucho más cuando se supo que las tropas habían salido de Mérida en busca del enemigo. Entonces no pudo contenerse y abandonó la hacienda; se fue al lugar de la guerra, pero la infeliz llegó tarde. Doblado sobre una trinchera, encontró el cuerpo de Domingo, acribillado por las balas. Dicen que dio gritos espantosos y que huyó por los campos, sin que nunca hasta hoy se haya sabido de su paradero.

Puede imaginarse la impresión que me causaría este sencillo relato. Las bestias estaban ya listas y nos despedimos del mayordomo. Pronto fueron desapareciendo a nuestra vista los vetustos tejados de la casa y la frondosa copa del maitín señalado por el anciano. Acaso mi compañero regresaba pensando en el negocio que lo llevó a la finca, como era natural, pero yo tornaba pensando en cosas demasiado tristes y sombrías, después de saber la desdichada suerte de Domingo y Paula.

Estas son las víctimas ignoradas de la guerra civil, éstos los dramas desgarradores a que dan origen nuestras frecuentes revueltas políticas. Allá, en la ciudad, resuenan por las calles públicas los vítores y dianas de triunfo con que termina alguna revolución, mientras que en el interior de los hogares, principalmente bajo

el pajizo techo de la casa de campo, sólo se oyen los gritos desesperados de la tribulación y del infortunio.

En vista de esta historia, el lector quedará tan convencido como yo de que las paredes hablan.

1889

GALO AMABELIA

Si bien nació en La Plata (Argentina, 1921), es venezolana (casi merideña) por elección propia, tiene 50 años disfrutando ese derecho. Vino a Venezuela siguiendo El soberbio Orinoco, de Julio Verne. Es autora de dos celebrados libros, uno de relatos y otro de crónica literaria, de vida y viajes por toda Venezuela y por el mundo, editado en Mérida.

OBRA PUBLICADA: *Retratos en sepia* (Caracas, 1996) y *La tierra que nadie prometió* (La Escarcha Azul, Mérida, 1998). Esta última fue escrita íntegramente en Mérida. Los dos libros fueron reeditados en edición bifronte por la Asociación de Escritores de Mérida, con auspicios de la Dirección General Sectorial de Literatura, del CONAC (mayo, 2006).

CON MAGIA EN EL VERANO

(De *Retratos en sepia*)

Había empezado a fijarse en ella, a verla, a admirarla, justo cuando tenía unos cinco años... Para ese entonces, el borde de la larga mesa de madera pulida le llegaba a la altura de los ojos quedándole estos enmarcados, vivaces y ávidos entre esta y el flequillo de cabellos negros y lustrosos.

Desde esa posición, desde esa altura, la niña descubrió la sopera en una dimensión que escapaba a todos los demás. La sopera era en realidad blanca, con cálidas curvas en donde nacían suaves sombras de color gris cremoso y su presencia opacaba y daba al mismo tiempo realce a cualquier mantel que se pusiera.

En la mesa, a su alrededor, había siempre una especie de séquito formado por objetos que podían o no ser trocados por otros sin que nadie los extrañara, ello haciendo una honrosa excepción de la enorme hogaza de pan o el viejo soporte de plata alemana destinado a las botellas de aceite y vinagre.

El soporte cojeaba un poco y la vinagrera, que tenía una tapa que no era la propia, se solía ladear, pareciendo entonces que lucía una boina inclinada en un ángulo de coqueta picardía.

La sopera era la reina indiscutible y ejercía sobre la niña una profunda fascinación. Los comensales eran diez, o mejor dicho, nueve, pero desde que la niña dejó de comer sentada sobre las rodillas de la abuela y pudo usar con propiedad y discreción sus propios cubiertos, pasó entonces a sentarse en el lado derecho de la mesa, junto a las tres tías; el lado izquierdo lo ocupaban los tres tíos varones y en cada cabecera el abuelo y la abuela, respectivamente.

Antes de empezar a comer, el abuelo sacaba su grande y pulido reloj de dos tapas y veía la hora para aprobar con ese solo gesto la puntualidad de los presentes. Un seco golpe para cerrar las tapas sancionaba la atropellada incorporación de algún nervioso rezagado... Era un gesto que parecía conferirle toda una aureola de solemne autoridad; la niña descubrió, bien pronto, que este era sólo un triunfo aparente, producto de la discreta generosidad de la abuela...

La verdadera autoridad estaba determinada por la ubicación de la sopera con el uso de la cual la abuela reafirmaba, día a día, la importancia de su posición.

Era precisamente en el momento en que la abuela quedaba coronada por el vaho de la sopa, que borboteaba en el bullente interior de la sopera, cuando la familia toda aprovechaba para entrecruzarse corrientes de cálido afecto, de sosiego, de auténtica paz. La niña sentía circular todos los sentimientos, girar a su alrededor y se arrebujaba en su calor, se hacía fuerte en su seguridad...

La blanca sopera también daba su aporte; columnas de oloroso vapor salían por el hueco de la pesada tapa, en el mango del viejo cucharón de plata se perlaba de diminutas gotas, y aunque el menú era siempre sencillo y sus variantes estaban determinadas por las cuatro estaciones del año, con sus característicos productos, siempre quedaba el derecho a una ilusión de primicia...

La sopera era, en verdad, de porcelana blanca y como tal lucía en otoño, en invierno, en primavera... En verano era distinta; en verano era mágica...

Cuando llegaban los primeros vientos caprichosos de otoño y los emparrados defendían sus últimas hojas amarillas y los racimos de uvas, ahora indefensos entre las ramas desnudas, la mesa era transportada por los tíos a la enorme cocina. Se la colocaba paralela al fogón que corría de pared a pared, tenía

tres hornillas negras y en el extremo izquierdo un horno con una gruesa puerta de herrajes y pernos que parecía un cofre de piratas; al abrirla, el horno se desbordaba de roja pedrería, ópalos de ceniza gris, llamas color amatista.

Arriba del fogón se abría la gran chimenea de campana como si fuera una glotona boca rectangular que se sorbiera, junto con el humo, el aroma y sabor de los potajes... Desde el momento en que la mesa entraba a la cocina, la sopera pasaba a ser blanca. Era la época en que la sopa guardaba todavía el encanto ya un poco nostálgico, de las últimas mazorcas de maíz.

La abuela repartía la comida con gestos precisos, medidos, con una innata delicadeza y distinción que mantenía a todos rendidos de amor... Sabía complacer discretamente los caprichos de cada uno de sus hijos, y, mientras el abuelo, toda severidad y prosopopeya, contemplaba complacido la sumisión de su rebaño, había un misterioso cruce de mensajes entre madre e hijos, un mohín imperceptible en las risueñas arrugas de la comisura de la boca de la abuela, un algo imperceptible de definir, pero que decía a todos y a cada uno de ellos que en su plato encontrarían siempre más de lo apetecido y menos de lo desdeñado, aunque todos parecían recibir lo mismo.

La niña esperaba pacientemente su turno; la sopera tenía, cuando llegaba a ella, la cantidad, la temperatura y las presas esperadas; en esos momentos sentía como si se le entregara todo el calor y el amor de la casa.

El invierno llegaba rápidamente, las ventanas se empañaban con el vapor que exhalaba la cocina. La abuela solía sentarse cerca del horno con la niña sentada sobre las rodillas, cubiertas las dos con el pañolón de lana que olía a especias.

Todo esto duró hasta la época de empezar a ir a la escuela; los primeros días de clase la niña lloró amargamente no tanto por la nueva obligación que hacía más duro el cortante frío de las mañanas, sino porque la habían despojado del abrazo con olor a especias, y el encanto de los momentos que pasaban abuela y nieta juntas viendo y oyendo el chisporrotear de la leña, el subir voluptuoso del humo que se perdía en la fantasía poblada de

duendes que anidaba en la oscura boca de la chimenea.

En esa estación, la sopera de porcelana blanca, seguía blanca... Las sopas se convertían en espesos potajes que explotaban en gordas burbujas; eran arvejas, lentejas, garbanzos, que se aderezaban con cerdo salado y guardado durante largos meses en curtidas barricas de madera. La abuela dejaba entonces que ella tocara la sopera, que se calentara las manecitas frías y a la niña le fascinaba, de una manera instintiva, aquella caliente redondez a la que el borboteante contenido confería movimiento y sonido, como si fuera un fecundo vientre materno...

En la primavera, la sopera aún era una sopera blanca... La euforia de toda la familia ante el estallido de las hojas en los árboles y el rumor de los campos, quebraba la disciplina familiar. Siempre había alguien que no resistía la tentación, olvidaba la solemnidad del rito y destapaba la sopera antes de tiempo para ver que había dentro, como si esperara ver surgir, el cabello trenzado con margaritas, a la propia diosa de la primavera.

La abuela imponía rápidamente el orden y aseguraba la sorpresa; así es que se saludaba con ingenuo regocijo la aparición de las primeras y tiernas hortalizas, o el encanto de una rama de hierba-buena, con su perfume a libertad y horizontes.

Poco a poco los pámpanos y las hojas habían ido tejiendo el verde techo del patio exterior, y un día, al unísono, toda la familia decía no resistir el calor y entre bullas y risas se sacaba la larga mesa a la sombra de los emparrados...

Ese día en la sopera había gazpacho y con él se marcaba su última jornada como portadora de sopas y potajes; de allí en adelante comenzaba la magia...

Como la abuela nunca la relegaba, la sopera seguía en su puesto de honor pero ahora llena con las últimas manzanas o los

primeros melocotones, luego con los oscuros higos que goteaban almíbar, las granadas reventonas o los racimos de uva color topacio que cuajaban entre la enramada.

Era entonces cuando la sopera se volvía blanca y azul... y la niña la adoraba.

Con la sombra indirecta del follaje que se movía y copiaba desdibujándose sobre su ahora fresca superficie, a la sopera le aparecían guirnaldas de figuras color azul lavanda que se encogían, danzaban, huían y retornaban al paso de la brisa entre las hojas.

La niña imaginaba mariposas, flores, misteriosos pájaros de alas color alucema...

En la noche, con la luz artificial, las curvas de la sopera anidaban sombras de un profundo azul violeta que parecían el mar... y parecían el cielo... y parecían el propio mundo de sus sueños, ya de niña a mujer, poblado de destellos y de sombras, de descubrimientos y preguntas.

En la medida en que la niña fue haciéndose mujer, la familia fue dispersándose y frente a la realidad de cada ausencia, la niña-mujer comprometiéndose interiormente, a tener una mesa igual, una sopera igual, una familia igual... Soñaba con el amor porque soñaba con los hijos y soñaba con los hijos porque los quería, inconscientemente, para rodear una larga mesa, y quería una larga mesa para tener una sopera grande y cálida y un viejo y macizo cucharón de plata que, como un cetro, como una vara mágica, irradiara y atrajera más ternura y más amor.

Y halló al hombre pero no al amor. Y se acabó el retazo de ilusión antes que los hijos alcanzaran el número deseado.

Circunstancialmente tuvo algunas soperas... Es decir, que ella recordara, tuvo dos: una muy presuntuosa, de pura plata inglesa, en la que todos resultaba o muy caliente o muy frío, una sopera que no irradiaba nada como no fuera su hueca presunción, una sopera totalmente estéril que copiaba, deformándolos, los

rostros que se reflejaban en ella.

Luego tuvo, también, una segunda; era de porcelana muy fina, con delicados arabescos de filigrana dorada, pero tampoco la hizo feliz; era demasiado frágil, demasiado frívola y sus dibujos permanecían estáticos, carentes de vida.

Los hijos también fueron creciendo y al igual que los tíos, se fueron dispersando, y ya no hubo justificación para comprar o buscar una sopera más... En los años que siguieron y que ella llenó de recuerdos para no sentirse sola, muchas veces se había sorprendido a sí misma atisbando, tras los cristales de los escaparates, soperas que se parecían, que eran casi iguales, que quizá hubieran podido llegar a ser, alguna vez, como aquella sopera mágica de la infancia...

Entonces, apresuraba el paso para no pensar, para no recordar, para no ponerse a llorar... pero, por más rápida que fuera la huida, siempre quedaba atrás, la nariz pegada al cristal de la vitrina, la imagen desolada de una niña, a la espera infructuosa del prodigioso milagro del amor.

GARRIDO SYLVESTER DIANA

artemisa2965@yahoo.com.ar

Nació en Buenos Aires, Argentina (1975), desde muy joven vivió en Mérida, Venezuela, donde obtuvo el título de Arquitecta y de Magíster Scientiae en Historia, Teoría y Crítica de la Arquitectura, en la Universidad de Los Andes. Trabaja como Asistente a la Gerencia General de la Oficina de Operación de Sistemas Interconectados–EDELCA), en Caracas, es arquitecta del Plan Rector para la Remodelación y Ampliación de OPSIS. Paralelo a su desempeño profesional dedica tiempo al dibujo, al origami y a la escritura, ensamblando sus dibujos y diseños con la palabra poética. A la edad de 16 años ganó el Primer Premio de Poesía Juvenil de la II Bienal Nacional de Literatura Mariano Picón Salas (Mérida-Venezuela, 1991), con su libro *Faltan puertas por dibujar*. Recibió el Primer Premio de la Crítica en el concurso: 33 palabras: ni una más, ni una menos. Concurso de Cuento Breve. Página web: realizarte.com/Comunidad: Cuentista. España. 4 de mayo de 2001. Participó con la muestra individual de dibujos, Asímetra (2001) en Galería La Otra Banda, ULA, entre otros.

OBRA LITERARIA: *Artemisa* (Poesía Ilustrada, edición bilingüe, Traducción de Eduardo Orive Ayllón. Editorial Casa Blanca, Mérida, Venezuela, 2001). *Lo que importa es el doblez*. En *La Era Ecológica* (poesía), 2002; Fundación La Era Agrícola a cargo de Alfredo Lascoux. *Con la cama deshecha* (cuentos ilustrados con dibujos de José Alayón, Federico Silva-Pintos, Daniel Malnatti, Francisco Grisolia, Nelson Gómez Callejas, Celina Baldasarre y Diana Garrido (La Galaxia, Caracas, Venezuela, 2005). Tiene inédito el poemario: *Faltan puertas por dibujar*.

ARTEMISA

El insomnio nos une
y seguimos siendo hostilmente nobles,
y bien por nosotros y mal por el resto.
Y dormir bien responde a ese orgullo
inseguro y desmemoriado.
Mal nosotros, bien el resto.

Como si fuera una temporada de llanto
recojo tu boca y me marchó
como si la lluvia llegara y la noche nos tomara
agarrados de la mano
con los sueños empolvados del tiempo que ha pasado
que me ha sorprendido
huyendo de ausencias.

Como si fuera
una pared
un estante
tal vez
un instante
olvidado
por olvidar.

Como si quisiera ser
cenizas
un cristal de cenizas
un silbido
un sonido anatómico.

Como si las cenizas
fueran su figura
anatómicamente olvidada.
Dibujaré tus sueños de amantes
y mi solitaria voz esparcirá tu boca bajo la luna llena.

Dibújame una puerta abierta yo no puedo:
todas pesan, el picaporte es profundo, distante.

Sueño cómo vuela a través del silencio,
cómo el insomnio de los pájaros se apiada de ti
para que lo escuches.
Funda ríos caudalosos
que viertan
donde el agua deslice
cual glaciares a evaporar
que resurjan con otras formas
que despojen planetas y colmen
aparentes fragmentos de caos
que recaerán sobre ti
desprovistos de orden animal alguno.

Pido permiso para mirarte
para saber que mi razón más clara y cotidiana
es ver que el polvo a través de la luz
no logra opacarte.

Tú y yo oliéndonos una vez más.
Volando por otras galaxias
donde nuestro orden
es el orden...
Hasta ese lugar
donde nuestros cuerpos
se huelen una vez más.

Mirar en lo más profundo de los ojos,
mientras la sangre fluye
es preguntarle a los recuerdos.
Es sorprender al subconsciente
oprimiéndote la espalda con un grito sepulcral,
para así eliminar la locura más en ruinas,
la hoja más seca, indefensa ya.

Sueño
que estas horas que nos unen
acabarán ya si quieres.
Acábalas
¡no me turbes!

Si pones la mano ante tus ojos,
tendrás el espejo que disuelve la agonía.
Mi sombra se oculta
si la noche anda cerca
si la noche busca la noche
y las manos furtivas están al acecho
más tuyas que nunca.
Y amo a otro que no eres tú,
pero me abraza la niebla y me vigila,
y es lo de siempre.
Abro los ojos y es tarde.

Y tu locura indomable transcurre sin fondo,
en tiempos distintos
con rotas esquinas casi como tus penas.

No creas otras historias
toda civilización es una blusa de hierro
se ajusta con cada impulso de alegría,
hace de los muros, máscaras de muerte,
parodias de vida, rituales que quiere
lleguemos a creerle, aún nosotros.

ANA MARÍA GUILLÉN LÁZZARO

Nació en Mérida estado Mérida en 1977. Es Farmacéutica (Mención Farmacia Hospitalaria) graduada en la Universidad de Los Andes en el 2001. Desde muy niña llevó un Diario de todo lo que iba viviendo y leyendo. A los 7 años escribió *El gato y la begonia ya ni asustan ni asombran*, cuento que hiciera en la Escuela como actividad para un concurso convocando por el Consejo de Publicaciones de la ULA en 1984, siendo seleccionado entre los diez premiados. Fue publicado 15 años después por la Asociación de Escritores de Mérida. Ha trabajado en la Maternidad La Floresta: “TJI Farmacia” (Maracay); en Hominis C.A de Pharmacia. CorpMaracay, como Promotora de productos Farmacéuticos; Farmatarget. Actualmente trabaja como Visitador Médico en Phizer (Maracay, estado Aragua).

OBRA LITERARIA: *El Gato y la Begonia ya ni asustan ni asombran*. [Mérida (Venezuela): Fondo Editorial “Ramón Palomares”/ Asociación de Escritores de Mérida/ Consejo Nacional de la Cultura (CONAC)/ Editorial “La Escarcha Azul”, 1999]. Tiene inédito el cuento *Un batiscafo, una oruga o simplemente un tren de pilas*, escrito en 1997. Ha sido reseñada y publicada en el *Diario Frontera*, por Enrique Plata Ramírez: “Estos Muchachos, aquellos coroneles” (Mérida, viernes 11 de octubre de 1991) y, por Inés de Cuevas en la página literaria *Con los niños*: “El Gato y la Begonia ya ni asustan ni asombran (Mérida lunes 27 de septiembre de 1999). Amg1277@hotmail.com

UN BATISCAFO, UNA ORUGA, O SIMPLEMENTE UN

TREN DE PILAS

(1997)

Todo lo que ocurre pasa dentro de mí primero. En el momento preciso cae el alfiler en el pajar adecuado y sólo hay que disponerse a encontrarlo.

—¡Hola!, ¿hay alguien ahí?

¡Ay, Dios! imagino que con todos mis estudios, mis lecturas, mi cultura y hasta mi religión, no podré pensar que se trata de un espanto.

Bueno, me dije, seguiré con mi trabajo de investigación.

A mis 8 años de edad ya estaba incursionando en el mundo de lo anatómicamente científico. Es que todo es materia, me decía.

¡Qué mente tan cerrada! Llegué a pensar años más tarde, cuando un descubrimiento hizo derribar, con mis propios puños, tantos años de absurda táctica de querer tocar todo lo que existe y pretender manipular una naturaleza que muy por encima de mí tenía un mecanismo inalterable.

Fue aquella tarde de un día cualquiera, que se me ocurrió acercarme hasta aquel ser, que con un lenguaje tan poco tangible me enseñó todo lo que pude aprender en todos “mis años” y “mis vidas”.

—¿Qué es eso? ¿Qué cosa es? Sin poder referir su nombre.

Algo como color verde oliva pero brillante, un poco transparente. De repente, —sí... lo acepto— sentí miedo, ¿y si ese bicho me pica y me transmite un virus inmutable que hará que se me caiga cada cabello uno por uno?

Tomando el espejo entre mis manos, me digo: Bueno un poco

menos de cabello me hará un poco más intelectual. Como aquellos científicos locos que tienen un centro brillante en su cabeza.

Pero no. Podría suceder que mi sangre se tornara verde, no azul; que me encantaría, por aquello de la realeza.

Me imagino a mí mismo que me dé por comer insectos, ¡guácatela!

Después de observar un largo instante con mi lupa, ¡claro por el lado que agranda las imágenes! –por temor a acercarme más–, me decidí. Y con toda la confianza y seguridad que se requiere, paso a paso comencé a acercarme, con cautela, caminando hacia allá.

De pronto...

–¡Franklin Filiberto III, ven acá inmediatamente!

¡Ay...! brinqué del susto. Mi madre debe estar furiosa, nunca me llama por mi nombre completo. Tomé todos mis instrumentos... está bien... mis juguetes. Y corrí tan rápido como pude hasta llegar a mi cuarto.

No supe qué pasaba cuando observé cómo mi batiscafo (el que preparé aquella vez que quise ahondar en las profundidades de un abismo), estaba destruido por completo en el piso.

¡No!, grité furioso, con mucho sentimiento, con ganas de llorar, pero con seriedad, porque después en mi casa me podrían faltar el respeto si me veían tan débil. Y en cierto modo lo estaba, no había comido nada y ya era tarde. Me tiré en la cama y con aquella rabieta que agarré sólo tuve dulces sueños.

Me desperté muy temprano en la mañana para darme cuenta que la casa era un completo desastre. Todas las personas, habitantes, toda mi familia, estaban haciendo un alboroto por un espécimen

extraño: un perro. Mi hermanita lo llamaba con un nombre excéntrico, mejor dicho ridículo: “Toto”.

Desayuné apartando un poco la parafernalia por el nuevo inquilino y me acordé de mis investigaciones pendientes: la oruga.

Me enteré de lo que era cuando mi papá le comentó a mi hermana de la hermosa oruga verde que teníamos en el jardín. Habló acerca de la metamorfosis sufrida por este animalito. ¿Met- amor... qué?

Dice mi amiga Ivi que insectos son los que vuelan y tienen piquitos para picar.

¡Niñas...! De todos modos iré a la biblioteca a investigarlo. Quiero saberlo todo acerca de esa transformación física que ocurre.

Corrí a mi laboratorio y preparé una fórmula anti-elixir de la vida (loción envejecedora o añejadora).

Al salir al jardín, luego de saber que era inofensiva, me acerqué, la bañé con la sustancia y me alejé. Pasaban minutos, horas, y nada. Frustrado me devolví a inventar algo más. Pensé en ponerla a fumar. Dicen que así la gente envejece más fácil y rápido, pero no tenía dinero para cigarrillos, así que lo olvidé.

Me senté en un piedra a reflexionar cómo haría para apresurar este proceso de maduración de la oruga. Me di cuenta, cuando enfoqué la mirada, que una oruga más vieja de color poco llamativo, aunque hermoso igual, estaba formando un capullo alrededor de sí misma. Y... ¡zas!, pensé: le haré, con un ovillo de lana, un capullo a “mi oruga”; muy obsesivo del experimento. Y así lo hice. La envolví y esperé varios días.

Al volver, emocionado, a ver a la mariposa que debía estar naciendo, no encontré más que a la misma hermosa oruga verde

con su color más pálido que nunca. La coloqué al sol para que retomara su brillo.

No sé si fue la rabia o la frustración de no poder alterar con nada las etapas que iría a sufrir la oruga, que de pronto me quedé dormido junto a ella. Creo que el calor y el cansancio también influyó.

El sol estaba muy brillante, irradiaba tanto calor que más bien parecía un abrazo “caluroso de energía”.

Tendría yo 38 años, renombrado científico, dos esposas en un año, un hijo, un perro, y además un batiscafo registrado, con marca europea.

Había aprendido muchas cosas, no tan materiales como ansiaba, un poco intangibles para mis manos.

Mis padres murieron ya de viejos, pero felices con Toto a su lado. Yo regresaba de un congreso, era el famoso ponente de la “teoría de la especificidad de la transitoriedad de las nubes densas de plutón”.

Y ahora volvía a casa a observar a esa hermosa oruga que me maravillara por su talento de ser ella misma.

—¡Franklin Filib... !

¡Ay...! Me desperté de inmediato. Pasé mi mano derecha por mi mejilla, qué alivio, no tenía barba, seguía siendo pequeño, flaco...

Me levanté, miré al cielo y corrí, llegué a mi habitación, tomé juguetes de verdad: un carrito, un robot y un tren de pilas. Bajé por las escaleras y me senté en el patio a jugar como un niño “normal”.

Y me dije: la vida jamás obedece a apresuramientos de orugas, y yo estoy aquí para vivirla paso a paso, sin apuros.

YASMÍN GUTIÉRREZ DE CASALTA (Valera, estado Trujillo 1953). Poeta y Licenciada en Letras por la Universidad de Los Andes, Mérida (1975). Fue docente del Departamento de Filosofía y Letras de la Escuela de Educación, Núcleo de Sucre (Cumaná), y en el Área de Lenguaje de la Unidad Experimental de Estudios Básicos de Puerto Ordaz (Universidad de Oriente). Profesora del Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades de la Escuela Básica Lorenzo Campins y Ballester, Ciclo Básico de Medicina y Bioanálisis, de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela en el lapso comprendido de 1983 a 1989. Actualmente es docente de Escuela de Enfermería de la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela, en la Cátedra de Lengua y Comunicación. Ha sido investigadora en el Instituto de Investigaciones Literarias, Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, en: “Bibliografía Integral de la Novela Venezolana 1842-1994”, y “Diccionario de Literatura Venezolana, tomos I y II”, coordinados por los profesores Osvaldo Larrázabal Henríquez y Gustavo Luis Carrera. Participó con María del Rosario Jiménez en la línea de investigación: “Caracas en su poesía a través del tiempo”.

OBRA LITERARIA: *Poesía Inconclusa* (Caracas, Los libros de Plon, Colección La Palma Viajera N° 51, 1983) y *Cuerpo y Ausencia* (Mérida, Fondo Editorial La Escarcha Azul, 1995). Trabaja en el poemario *Casa de Caracol*. Sus poemas y artículos han sido publicados en: El Correo del Caroní (Puerto Ordaz), El Expreso (Ciudad Bolívar), Panorama (Maracaibo), El Semanario Merideño (Mérida), La Región (Cumaná), Frontera (Mérida), Últimas Noticias (Caracas) y Correo de Los Andes (Mérida). En Boletines Informativos: Unidad Experimental de Guayana (Puerto Ordaz, UDO), la Facultad de Medicina y la Escuela de Enfermería de la Universidad Central de Venezuela. Además, en las revistas Tierra Nueva (Caracas) y Akademos (Comisión de Postgrado de la Universidad Central de Venezuela).

ESTE PAISAJE

de notas alegres
me abruma
cuando recuerdo
que la noche
se acerca.

Ayer
te escribí
de mil maneras.

TE DIVISÉ

desde lo más profundo
de la montaña.

Inventé mapas
para la búsqueda
del tesoro.

Al final de la ruta
sólo yo.

CALLADA

oigo la luna
en su eterno diálogo.

La melancolía
traza
sus líneas
en el vacío.

EL TIEMPO

estampa
de gritos
soledad
silencio.

Compañera fiel
que te reclama
para festejar
la venida
del que marchó
con una promesa de
barcos y sueños.

IMPETUOSAMENTE

apareces
sin aviso.

Aprendo
que hay
un principio
para dos
dibujando
un camino.

HE SENTIDO

tu presencia
tanteando
las paredes
de mi cuerpo
escondido
en la desesperanza.

LA NOSTALGIA

en ruinas

se pasea
desnuda
por calles
deseosas de amor.

BORRAS

me acaricias la libertad
en un instante.

Acaparas
mi tristeza
un domingo.

Para calmar
tu angustia.

TUS MANOS

recogen palabras
para describirme.

Un rictus soñoliento
señala la ruta
transitada.

ABRIRÁS

tus surcos

Forzarás
la imagen

Devolverás
la cinta
para escucharla.

Te encuentras
solo
con la libreta
y la casa.

La lluvia cae
como tus raíces.

SE DESATAN

las voces
en el viento.

No así
las grabadas
en los encuentros.
Fuiste
espera
del que vive
un momento.

NO HAY INDICIOS DE TI

Recordando
la geografía
de tu cuerpo.

Soy
un ayer
destejiéndose
apostado
en la vereda.

DESCRIBE

en el papel
los pasos

de un día.

Más allá
la simplicidad.

DEBAJO DE SUS PIES

el ruido
de un tiempo
que aguarda

Cuerpo y Ausencia.

ES NECESARIO

imaginar
cómo zurcimos
cada pedazo
del reencuentro.

HURGAS

en la memoria
tratando
de reconstruir
el pasado.

No te das cuenta
que hoy
es día de pájaros.

NERVIOSO

recobras
la paz
que dura
un aletear
de plumas.

Al compás
de sonidos no
escuchados antes
te sobrecoges.

MARÍA LUISA LAZZARO

Nació en Caracas, Distrito Federal (1950), reside en Mérida desde los diecisiete años. Es Licenciada en Bionálisis y en Letras, Magíster en Literatura Iberoamericana. Profesora Titular Jubilada (Escuela de Letras, ULA). Autora de letra y música de varios poemas musicalizados (*Atrincherada*, *Llueve amor*, *No duermas ahora* y *Licor de amor*. Premios: Alfonsina Storni, Argentina, 1978. Finalista Concurso de novela Planeta Latinoamericana Miguel Otero Silva (*Tantos Juanes o la venganza de la Sota*) 1990. Premio Canción inédita (*Atrincherada*), Festival Nacional de la Voz Universitaria (Valencia, 2000). Galardón Concurso MILENA, cartas de amor y desamor [*Trastocando olvidos I y II*] (Galicia, 2002). 1er Premio de Poesía (2003) y Narrativa (2005) Seccional de Profesores Jubilados de APULA. Primer Premio de Narrativa (2005) de la Asociación de Profesores de la ULA. marial_lazzaro@cantv.net

Obra publicada: *Poemas de agua* (1978), *Fuego de tierra* (1981), *Árbol fuerte que silba y arrasa* (1988), *Nanas a mi hombre para que no se duerma* (2004), *Escarcha o centella, bebe conmigo* (2004). Novelas: *Habitantes de tiempo subterráneo* (Pomaire, 1990) y *Tantos Juanes o la venganza de la Sota* (Planeta, 1993); ensayos: *Viaje inverso: sacralización de la sal* (1985) y *La inquietud de la memoria en el caos familiar* (1995); Para niños y jóvenes: *Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo* (1984), *Marigüendi y la jaula dorada* (1983), *El niño, el pichón y el ciruelo* (1990); *Parece cuento de Navidad, Darlinda* (1994); *Para qué sirven los versos* (1995), *Una mazorca soñadora* (1995), *Un pajarito, una pajarita y la casualidad* (1995), *La almohada muñeca* (1996) y *El loro de la infancia y otros relatos* (CONAC/FUNDALEA, 2006). ¿Cómo contarlos? (Mérida, APULA, 2006).

EPAMINONDA ENTRE MEMORIA Y OLVIDOS

*A Rosa, por esos cuentos, que entre oficio
y oficio, nos contaba en Maturín*

En los tiempos previos al nacimiento de Epaminonda, en Maturín sucedieron tantas cosas fuera de lo común, que dio la impresión de que Plutón estaba confabulado con Neptuno y Saturno. Sin embargo, por esos días, Venus estaba esplendente, el Sol andaba majestuoso y la Luna se mantuvo llena y brillante por cuarenta noches seguidas. Nadie permanecía indiferente ante aquella Luna preñada, rodeada de una aureola platinada.

Uno de esos cuarenta días que faltaban para el parto, a Ermelinda le dio un fuerte dolor de estómago. Su vecina le dijo que fuera donde los yogas, quienes enseñaban una forma de respirar que curaba cualquier mal. Desde la puerta entreabierta pudo ver varios letreros seguidos de flechas que indicaban el camino al oratorio: Incorpórese en silencio, Incorpórese en silencio. Ahí vio Ermelinda a varias personas de blanco, sentadas en el piso de manera muy particular, repitiendo al unísono una suerte de sonsonete. De inmediato se le quitó el dolor. Salió corriendo hacia la casa de su vecina gritando: ¡Un milagro, un milagro! ¡No hizo falta hablarles para que me curaran!

Otro de esos días, muy de mañana, cuando fue a la bodega de Don Agapito, faltándole casi dos cuadras para llegar, le salió un perro con claras intenciones de destrozarle como mínimo los tobillos. Se acordó de la inmovilidad de los yogas. Como no había entendido bien lo que repetían tan concentradamente, se inventó un sonsonete para la ocasión: ¡Soy un tronco de caoba! ¡Soy un tronco de caoba! De inmediato, el podenco ladeó la cabeza como diciendo: Esta tipa como que está loca, quiere convencerse de que es caoba y además tronco. La escuchó un rato y luego decidió que

con locos no se metía. Pero antes de irse para otra calle, levantó su pata izquierda sobre “el tronco de caoba” y dejó salir todo el contenido de su vejiga, caliente y perfumado.

Ya era de tarde cuando la comadre Jacinta la encontró todavía con su sonsonete. Tuvo que zarandearla un buen rato para que dejara de ser árbol -oloroso a úrea- y volviera a ser Ermelinda la de la calle Azcúe, número treinta y ocho.

Por esos días, Ermelinda se volvió silenciosa y bastante olvidadiza, pero no tanto como su marido, que un domingo, como a eso de las diez de la mañana, le dijo: Mi amor voy a comprar la prensa. Y no regresó. Se le olvidó que la había dejado a punto de romper fuentes. Ella lo estuvo esperando tres domingos seguidos, hasta que se dio cuenta de que los zapatos y la ropa de su marido iban disminuyendo de dos en dos. De la misma forma en que volvieron a aparecer cuando ella sintió la premonición de que su marido había recobrado la memoria y en cualquier rato aparecería diciéndole: Mi amor ya llegué. Como efectivamente sucedió cuando Epaminonda iba a cumplir cinco años.

El día del nacimiento hubo un extraño eclipse de sol que duró seis horas, justo las mismas del trabajo de parto. Con cada dilatación se escuchaba un grito que parecía decir: ¡Allá voy! Para rematar cayó una lluvia torrencial que tumbó los postes del alumbrado.

Por otro lado a la partera se le perturbó el estómago y tuvo que ausentarse de emergencia, según ella por la necesidad de “expectorar”, de sus intestinos. Por suerte, el médico del pueblo se encontraba disponible y a disposición, porque Epaminonda estaba saliendo, mejor dicho, entrando al mundo, con sus propios pies, y para más corona, dos vueltas de cordón umbilical le amorataban la circulación. Pese a todo este trajín, cuando el neonato fue acomodado al lado de su madre tenía los ojos bien abiertos y esbozaba una sonrisa pícaro cada vez que levantaba la

boca buscando los pucheros de comida.

Epaminonda creció noble y suave, pero olvidadizo y distraído como ninguno. Sólo se concentraba cuando hacía variadas y extrañas figuras de plastilina, albardilla o barro. En la escuela de al lado, a la que asistía por insistencia de su madre, sus pies y sus manos nunca se estaban quietas, como si amasaran arcilla fresca al ritmo de un tornetero que igual que su mirada se perdía del presente de su memoria.

Cuando tenía nueve años, su mamá, que no estaba bien de salud, se vio precisada a mandarlo a hacer las compras del día. Ante los primeros encargos, Ermelinda perdía la paciencia con exasperación, pero poco a poco aprendió a recuperarla casi enseguida que la volvía a perder. Así, convencida de la desmemoria de su bienamado hijo, fue desarrollando distintos métodos para cada ocasión y cada mandado, a fin de ayudarlo en el logro de las faenas.

Uno de esos primeros días le encomendó comprar un paquete grande de café tostado: Que se vea bien negro, recalcó la madre entregándole la bolsa de tela donde debía traer la mercancía: Una vez que pagues échalo en la bolsa, después de hacerle un fuerte nudo te la terciás al hombro, le recomendó, temerosa de que, por lo retirado que quedaba la casa, la bolsa de papel donde venía el café se rompiera por la humedad.

Epaminonda se fue saltandito como niño feliz que era. Iba cantando para fortalecer su memoria: Bien negro, café bien negro, negro negrito tostaditico, negrito negro... ensortijadito. Esto último le salió al pasar por la tienda de animales. Un cachorro negro lo miraba juguetón. Sin pensarlo mucho, Epaminonda pagó, lo echó en la bolsa, hizo el nudo bien apretado en el saco de tela y se lo terció al hombro cantando: negro negrito, negrito negro, ensortijadito.

Al llegar, feliz como siempre, le entregó a Ermelinda el mandado. Ésta, armándose de paciencia, le explicó que su necesidad era de café no de perro. Y además los animales no se meten en las bolsas del mercado, SE LES ATA UN CORDÓN AL CUELLO Y SE ARRASTRAN, le recalcó en alta voz.

A los pocos días lo mandó a comprar una panela grande de mantequilla, y para evitar el olvido se lo anotó en un papel. Efectivamente, Epaminonda compró una barra grande de mantequilla; pero... cuando la fue a echar al saco del mercado se acordó del cordón que debía atar para arrastrar el encargo hasta la casa. Dicho y hecho en un santiamén todo quedó hecho. A pleno mediodía, entregó lo que había quedado del derretido pedido. ¡Oh Diosito de las cruces encarpetadas!, exclamó la madre al ver el escaso hilo de grasa en el paquete casi vacío de mantequilla.

La madre dejó pasar varios días después de explicarle que la mantequilla en días cálidos se debe resguardar del piso y del sol. Por necesidad, Ermelinda se vio obligada a enviarlo de nuevo a la bodega de Don Agapito. Esta vez le explicó con más detalles de manera que no hubiera ninguna equivocación. La orden fue escrita en cartulina blanca con letras rojas, luego de darle la cava pequeña fría y la bolsa del mercado: Comprar pescado fresco: colocar en cava; y azúcar morena: colocar en bolsa.

Cuando Epaminonda llegó al mercado buscó y buscó entre sus bolsillos y no encontró la cartulina. Se regresó corriendo. La madre volvió a anotar la orden guardándosela en el bolsillo de la camisa. Epaminonda partió de nuevo al mercado y, por si acaso, fue memorizando lo que su mamá le había escrito que debía comprar: Pescado fresco, azúcar morena; azúcar morena, pescado fresco; fresco el pescado, morena el azúcar. Cuando al fin llegó, no necesitó leer la orden porque la recordaba con nitidez: Pescado fresco, azúcar morena. Se sentía orgulloso... no tanto por él sino por su mamá que era tan buena y paciente. Pero... al guardar la mercancía... el azúcar morena fue a parar a la gavera fría y el

pescado a la bolsa del mercado. Camina que te camina con ese calor de fogón. Al fin llegó a su casa como siempre, feliz. Estaba seguro de que su madre se iba a sentir orgullosa de él. Al recibir el encargo, Ermelinda se mordió el cuello de la blusa, y, con una paciencia nueva, porque la otra se le había acabado, le explicó los inconvenientes del frío para el azúcar y del calor para el pescado.

Impotente en eso de ayudar a su hijo, decidió mandarlo a la escuela. Lo perfumó, le lustró los zapatos y lo mandó con su bulto de libros, cuadernos y lápices. Todo nuevo, recién comprado; hasta el uniforme con el sello de la Escuela más importante del pueblo. Al regresar de ese primer día, Epaminonda quiso demostrar que estaba mejorando su memoria, arrastrando el atado de cuadernos y libros desde la escuela hasta la casa. Se acordó clarito cuando su mamá le enseñó cómo se debía amarrar el mecate: Ni muy apretado ni muy flojo. Por supuesto que cuando Ermelinda vio lo que tenía que ver, gritó con todas sus fuerzas dirigiéndose, al parecer, al frondoso bucare que refrescaba la entrada de la casa. Epaminonda miró también la inmensidad del árbol con su más dulce expresión, aunque no entendía el juego que su madre jugaba.

Después de varios días respirando cuatro veces rápido y seis veces lento, Ermelinda volvió a retomar las riendas de la paciencia y le mostró cada detalle de los destrozos del atado de cuadernos y libros. Epaminonda, comprendió con tristeza que algo nada bueno estaba sucediendo; todavía seguía en él esa extraña enfermedad. Pero Ermelinda captó de inmediato el peligro de que su hijo se hundiera en la desesperanza. Antes de que esto sucediera le dijo que eran cosas de la edad y le habló de la necesidad de aprender a concentrarse. Le prometió hablar con la maestra para buscar entre las dos una solución más efectiva. La maestra hacía grandes esfuerzos, pero no hubo mejoría en Epaminonda a pesar de que desde su corazón de pan recién horneado estaba dispuesto a desarrollar ese pedacito de cabeza que se había quedado atrás, como le oyó decir a la maestra en

conversación con su mamá.

Ellas hacían cualquier cosa para ayudarlo en esos vericuetos de recuerdos y olvidos, en un presente que bien pronto se la hacía pasado. Se habían acostumbrado a ser pasado en la vida de Epaminonda, porque el único tiempo que él podía vivir con holgura era el instante fugaz. El pasado se le hacía una nube rosa que ni siquiera dejaba rasgos de neblina, y el futuro ni siquiera llegaba a hacerse viento que amenazara llegar por los lados de la costa. Epaminonda se daba cuenta de que cada día algo se le borraba, por eso anotaba todo en hojas que guardaba en sus gavetas; no obstante, ninguna nostalgia lo llevaba a revisarlas. Lo que nunca se le olvidó fue su alegría de jardín florecido, que repartía a rostro lleno por donde quiera que pasaba.

Una tarde de sábado, teniendo catorce años, se resbaló con unas rolineras de bicicleta, estuvo inconsciente cerca de una hora; tiempo necesario para que Ermelinda le hablara de sus frustraciones y de sus expectativas con él. Su más caro anhelo era saberlo doctor, pero ahora no iba a esperar otra cosa que verlo sonreír, con eso le bastaba; era más que suficiente. Dos horas después, Epaminonda pidió comida, quería comer rápido porque tenía mucho qué hacer, no podía perder tiempo. Se echó un baño y fue a buscar a la maestra con quien tuvo un diálogo acerca de su recuperación escolar. En pocos meses terminó la primaria. La secundaria la hizo a grandes saltos, de manera que a punto de cumplir los diecisiete años Epaminonda obtuvo la beca Galileo. Su orientadora, luego de la prueba vocacional, le recomendó estudiar Arquitectura en Alemania en vista de su pasión por ese fraguar casitas de arcillas, argamasa, casquillo y hormigón, y porque tenía facilidades para los idiomas, especialmente el alemán que casi hablaba con garbo y soltura.

Epaminonda permaneció en el exterior durante cinco años doctorándose en Arquitectura Urbana Postmodinámica. Una vez terminado sus estudios con honores, y una inigualable inventiva

para diseñar viviendas aerodinámicas, se le exigió regresar a su lar nativo. No fue fácil que en ese otro país se desprendieran de él. A nivel diplomático se intentaron varios acuerdos, incluso que el brillante investigador fuese permutado por cinco alemanes de los mejores en urbanidad arquitectónica; pero el gobierno de Venezuela, que ya tenía noticias de este compatriota, no se dejó convencer y demandó el cumplimiento de la cláusula que indicaba que debía regresar a servirle a la patria. Así que retornó. Lo primero que hizo fue recorrer el barrio, luego de visitar a su madre en el pueblo de su infancia y contarle los pormenores de su estadía en el viejo continente; quería ver a la maestra que tanto lo había ayudado.

Pero... al avanzar la primera cuadra, unas semillas de tamarindo lo hicieron dar de cabeza al piso después de unas extrañas cabriolas por el aire. Su madre, que lo seguía con la mirada orgullosa, corrió hasta donde se había despatarrado su hijo amado. Al ayudarlo a levantarse notó que el tiempo se le había detenido, como si no hubiese transcurrido más que uno o dos días de los de atrás. Su Epaminonda se volvió taciturno, de pocas palabras; algo se le había perdido en la memoria y no sabía qué. Su madre permanecía como una columna de granito, aunque por dentro remolinos de aguas iban y venían sin gobierno alguno.

Ermelinda lo mantuvo escondido para que nadie se diera cuenta de tamaña desgracia. Algo se le tenía que ocurrir. Se quedó enlazando aquel tiempo, el de la rolineras de bicicletas con este otro de semillas de tamarindo. En el medio estaba un golpe que abría o cerraba la cámara gris y blanca de Epaminonda. En esas disertaciones estaba cuando alguien tocó la puerta. Eran las autoridades del Instituto de Investigaciones Arquitectónicas, donde Epaminonda debía presentarse para asumir un cargo importante. Ermelinda los despachó amable, explicándoles que fue llamado por el Presidente de la República a una comisión de alta gerencia.

Algo tenía que ocurrírsele. Volvió a pensar en la distancia y el espesor que media entre unas rolineras de bicicleta y unas semillas de tamarindo. Entretanto, miraba la protuberancia que coronaba la parte posterior de Epaminonda. En su imaginación aparecía y desaparecía el mazo de quebrantar vegetales. Iba y venía de la cocina al cuarto, en espera de un milagro que tuviera la misma precisión que las rolineras o las semillas.

Contemplando a Epaminonda, Ermelinda se dio cuenta de que se veía sereno, feliz, había una dulce paz en su corazón taciturno; como esa tranquilidad que tienen los niños que no saben de necesidades ni preocupaciones. Y lo miraba andar por la casa, vuelto niño grande, escarbando arcilla roja en el patio, endureciendo el barro, amasándolo con greda y caliza calcárea para construir hermosas casas que parecían pájaros extraterrestres con ventanas apestañadas y puertas sublinguales. A ratos, ráfagas de conocimientos almacenados le hacía contar historias de países extraños que parecían ser sueños que alguna vez soñara.

Cuarenta años después, Epaminonda, dulce como un pan de leche aromatizada con clavo especie y guayabilla, seguía ganándose la vida jugando con sus casitas de piedra y barro, que desde los pueblos más apartados la gente venía a comprar, admirándolo.

Observando la sabiduría de sus manos y la serena luz de sus ojos, Ermelinda no dejaba de pensar que, en lo más profundo de la memoria de Epaminonda, una sonoridad de recuerdos nítidos lo había llevado a escoger, entre las aéreas construcciones del mundo en permanente competencia y la fresca y dúctil humedad de la arcilla, el barro, la albardilla. Que lo entretenían en mil formas de amor que nunca se le desvanecerían.

PEDRO MALDONADO ROJAS

Nació el 18 de septiembre de 1955, en Valera estado Trujillo, nacionalizado merideño desde muy joven, desde su pasión por el teatro y la literatura. Es Lic. En Educación (ULA, Mérida, 1992) Actor, dramaturgo y director del grupo Comediantes de Mérida. Experiencia laboral: docente en las escuelas “Emilio Maldonado” de Chachopo, “Humberto Tejera de Mérida y “Monseñor Duque” de Ejido. Articulista de opinión en el diario *Frontera*. Facilitador de talleres de teatro para docentes y grupos comunitarios. Premios: Mención de honor con la obra “Juan Valiente” (Caracas, IPASME, 1987). Premio Especial a “Don Basurón” (Caracas, IMAU, 1991). Premio Municipal de Teatro como Grupo del Interior (Caracas, Comisión de Cultura, 1993).

Obras Publicadas: *Danzantes de San Benito en Timotes* (1994). *Hora de teatro* (IDAC, Solar, Mérida, 2005). *8 de teatro* (CONAC, Mérida, 2005). *De la tierra al teatro* (Mérida, 2006). Libros inéditos: *Azulito y otros cuentos* (Narrativa). *Cuéntame uno* (Narrativa). *50 canto* (poesía). *50 son de Amor* (Poesía). *En otras palabras* (Poesía). *Letras para cantar* (Poesía).

(Tomado de 50 Son de amor)

LÁVATE LA CARA

Después
que llegué de la escuela
me regañaron en casa
hasta más no poder.
“Lávate la cara”
Me decían una y otra vez.
Y se pasó el día
y no me lavé la cara,
 pues
¿Cómo lo iba a hacer si tenía prendido
 en la mejilla
el beso que me diste cuando salimos de clases?

LA NUEVA ALUMNA

Cantamos el himno
y todos miran la bandera.
 Yo canto
pero miro otra bandera
 una bandera
de uniforme azul y blanco,
 de lazo rosado
y hoyuelos cuando ríe.
 Yo canto el himno
 y mi corazón
convertido en otra bandera
 ondea
para la nueva alumna.

LEY DE GRAVEDAD

Seda
talco
algodón
¿Qué tienen tus manos
que al tocarme desaparece
la ley de la gravedad?

CLASE DE GEOGRAFÍA

Hoy
llevo a mi casa
una espantosa nota en el cuaderno:
“Su representado estaba distraído”
escribió la maestra.

Mentira.

Sólo aprendía geografía
en la chica de ojos azules,
en ellos navegaba con mi velero
feliz por el ancho mar,
ella era mi dulce capitana
y yo su obediente marino.

CLASE DE TROMBÓN

Hoy
comencé la primera
clase de trombón.
Abrí la ventana
y las notas
formaron tu nombre.

Mi profesor
no lo pudo leer,
sólo tú y yo
conocemos esa partitura.

CONCIERTO DE TROMPETA

Tenías la clave Sol
como fino prendedor,
las corcheas hacían olas
 en tu pelo
y los sostenidos
jugaban en tus manos.
Mi primer concierto de trompeta
 fue para ti.

BISECTRIZ

Mi bisectriz
del ángulo casa-escuela
eres tú.
¿Comprendes ahora por qué
siempre paso por ahí?

CORAZÓN DE ORFEBRE

Mi
rayito del alba,
ayer
lloraste a cántaro abierto.
Hoy
te traigo las perlas
que bajaron de tus ojos,
mi enamorado
corazón de orfebre
las hizo para ti.

MI ORACIÓN

Tú
eres
mi
sujeto
y
predicado.

FACTURA DE LUZ

Tú eres
la luz de mis ojos,
 por eso
vine rápido a tu casa
a pagar el recibo del mes,
me quedaría ciego
si tu luz me llegara a faltar.

ROJO MENSAJE

Me dijeron
que te iban a operar.
Desde ya puedes contar
con mis
leucocitos
plaquetas
y hematíes.
Seré inmensamente feliz
viajando dentro de ti,

tocar la puerta de tu corazón
y dejar allí
mi rojo mensaje de amor.

CAMBIO DE RESIDENCIA

Un río
llegó a tu casa
pues hoy
nos fuimos a otra ciudad.
Saca tu balsa
y mis lágrimas te llevarán
a mi nueva residencia.

LA CLASE DE AYER

Maestra
Alberto me está molestando,
mentira maestra
sólo aplico la clase de ayer,
esa de símil y metáfora
que tanto me confunde,
me pasa lo mismo con Elena
 cuando la veo,
 no sé si es ella
o un ángel caído del cielo.

GIPSY MOLINA
gipsec@yahoo.com

Nació en Mérida en 1959. Cursó estudios de Medicina (Médico Cirujano 1983) y Psiquiatría en la Universidad de los Andes (1988), y se especializó en Psiquiatría Infanto-Juvenil (1991) en la Universidad Central de Venezuela. Obtuvo el título de Doctora en Ciencias Médicas en la Universidad del Zulia (2001). Actualmente se desempeña como Profesora de la Universidad de los Andes y Médico Psiquiatra en la Unidad Docente Asistencial de Psiquiatría del Hospital Universitario de los Andes, Sección de Salud Mental del Niño, el Adolescente y la Familia. En su formación ha predominado el conocimiento integral de las corrientes psicológicas, humanísticas y la labor de prevención de problemas que afectan a los niños, tanto en el medio escolar como el familiar. Trabajó en la Unidad de Capacitación y Asesoría Zonal de Educación Especial del estado Mérida y realizó talleres de Literatura infantil.

OBRA LITERARIA: Tiene inéditos dos libros para jóvenes lectores: *Cuestión de Pecas*, y *El caballo de Reyes Zumeta*. El primero, fue publicado en la Revista *El Solar de los niños* (Mérida, Ediciones Solar, Año I No. 1, 1997).

EL CABALLO DE REYES ZUMETA

Eólida y Cecilia una vez me contaron, y untual les cuento a ustedes, que en tiempos atrás había un loco teniente de la guardia, llamado Reyes Zumeta, hermano gemelo por cierto de un serio teniente, también de la guardia y también llamado Reyes Zumeta.

Era el caso que el loco tenía un caballo al que nunca se le dio nombre particular, sino que era el caballo del teniente Reyes Zumeta.

¡Umju! Y entonces... Reyes Zumeta volaba aviones en medio del campanario de la iglesia y la torre de la alcaldía, arrasando el suelo en su venida y levantando su nariz, justo ya, cuando sus paisanos asustados, elevaban el grito al cielo y doblaban sus rodillas.

Y la gente del pueblo de Reyes Zumeta era gente muy seria, y en aquellos tiempos la autoridad no comía cuento a la hora de castigar a quien mal se portaba, así que la cárcel del pueblo era más bien la cárcel de Reyes Zumeta, donde lo llevaban, porque una cosa eran los desfiles donde todo el mundo estaba advertido, y otra, los días comunes donde cada cual estaba en lo suyo.

Y era el caso que Reyes Zumeta no tenía el juicio como todos, y entre las loqueteras que tenía, solía gustarle mucho, pero mucho, andar de baile, canto y otras cosas, con las muchachas de la orilla del pueblo. Y allá bebía, comía, dormía... y quién sabe cuántas cosas más hacía el zarandajo de Reyes Zumeta.

Ya muy tarde en la noche o de madrugada se venía montado en su caballo borracho, el teniente Reyes Zumeta.

“¿Borracho quién? ¿El caballo o el teniente Reyes Zumeta?”.

¡Pues el caballo de Reyes Zumeta!

Y es que el confiscado caballo era tan pendenciero como su dueño. Tenía de costumbre, el caballo de Reyes Zumeta, de andar de juerga con su amo. Todas las noches se iban a la cantina del pueblo de Reyes Zumeta, y sin amarras lo dejaban, por lo que el caballo aprovechaba de apostar, con los otros holgazanes, a quién relinchaba más fuerte cuando su amo ganaba el ajiley o el 31, o quién se quedaría con la nueva potranca de Don Eulalio.

Después de la cantina se iban juntos, Reyes Zumeta y su caballo, y en las orillas del pueblo lo esperaban, ansiosas, las muchachas pródigas y alegres, todas de Reyes Zumeta.

Y al caballo de Reyes Zumeta le servían cerveza en viejas latas de aceite que guardaban como copas acordes para el caballo de Reyes Zumeta. Cuatro copas se tomaba el caballo, y cuando ya el teniente estaba satisfecho se montaba en su caballo, y sin que tuviese que guiarlo, venían los dos, uno cruzando las patas delanteras y ampliando las traseras, o al revés, ampliando las delanteras y cruzando las traseras, tratando de ir en línea recta, y remedando un títere de cuerda que está bailando maaaaaaambo, uh! Y el otro doblado sobre su cintura, encima del lomo de su fiel amigo y caballo, el gran caballo de Reyes Zumeta.

Y es que Reyes Zumeta era especial. Igual disposición tenía para defender su pueblo de los enemigos de la montaña como de salvar un becerro caído en un hoyo.

Lo mismo le daba correr tras un ladrón que tras la resabiada chiva de Doña Dolores. Y es que si no fuera por Reyes Zumeta, nada tenían que contarse la gente sería del pueblo de Reyes Zumeta.

Siempre tenía tiempo de ayudar en todo y a todos, pobres o ricos, populares o de incógnito por la vida, alegres o tristes, enfermos o sanos.

Una vez, se hizo una gran competencia de caballos en el pueblo

de Reyes Zumeta. A esa competencia se inscribieron todos los mejores jinetes de la comarca y entre ellos se encontraba la bella y arrogante señorita Olmos Mejías, de rostro tan magnético como carácter repelente.

Ella quiso ganar a toda costa, pues tan pagada vivía de sí misma, que quiso darse el regalo de la gloria. Fue así que le exigió a Reyes Zumeta que le prestara su caballo, y este le advirtió que se trataba de un caballo mañoso, y más era la fraterna que tendría que los éxitos que recogería.

Pero esta niña no quiso atender razones, y ella tan necia y el tan noble, que decidió dejarla a su propia experiencia. Y la señorita logró montar el caballo de Reyes Zumeta, no sin trabajo, pues fueron muchos los días que tuvieron que tenérselo entre varios; revolcadas iban y venían, todo en medio de un gran escenario de domada.

Un buen día sin más ni menos, el caballo de Reyes Zumeta corría suavemente a la voluntad de la muy frasca de la señorita Olmos Mejías.

Y así fue que se llegó el día de la anhelada competencia, todo lo mejor del pueblo de Reyes Zumeta y sus alrededores se hallaban de concurso.

Se dispusieron jinetes y caballos, en perfecta línea recta, y por supuesto el caballo de Reyes Zumeta. Un silencio tenso se apoderó de los concurrentes, bestias, no tan bestias y humanos; y cuando el silencio ya dolía en el cuerpo, un sonido agudo y seco del arma de Reyes Zumeta cortó la horrible espera que encadenaba a todos los presentes.

Salieron todos los caballos, raudos como el viento y directo a la meta. El caballo de Reyes Zumeta corría como llevado por los ángeles, parecía como si no tocara el suelo, corría y corría,

no podía perder, y... justo a tres palmos de la meta... pueden ustedes creer... ha cruzado el caballo a las orillas del pueblo, iba como endemoniado, gritos pegaba la señorita Olmos Mejías... y el confiscado caballo se detuvo de repente lanzándola por encima de su lomo hasta el chiquero que se depositaba, en la parte trasera de la mansión de las muchachas.

Y libre entonces movía el cuello de derecha a izquierda, presentándosele de frente, cada vez que iba y volvía, y paseaba alrededor de la vanidosa señorita, tensando su cuello largo y musculoso y trotaba ta ca tan ta ca tan ta ca tan, o si no le bailaba tacataca tan tacataca tan, y relinchaba lleno de gloria él; el caballo de Reyes Zumeta.

Y cuando la señorita Olmos Mejías pretendía salir del chiquero, el caballo de Reyes Zumeta se le encabrita y le soplabla amenazante.

Mucha fue la gente que llegó a ayudarla, pero no podían con la furia del caballo de Reyes Zumeta, y las muchachas alarmadas salieron a ver lo que sucedía, y viendo a la pobre señorita Olmos Mejías le brindaron al caballo de Reyes Zumeta cuatro cervezas en copa, pudiendo liberar a la orgullosa señorita Olmos Mejías del lodo en que había sido reducida.

Y así vivieron juntos mucho tiempo el Teniente Reyes Zumeta y su caballo.

Reyes Zumeta no fue afortunado en el amor, pues a medias nada quiso entenderse con la vida, mientras que fueron muchos los potrillos y potrillas que no podían negarse eran del muérgano caballo de Reyes Zumeta.

Envejeció Reyes Zumeta y un día no despertó más, su hermano serio y General, fue a buscarlo a su pueblo y lo llevó hasta sus orígenes para cuidarlo de cerca, como se cuidan en estos casos los seres queridos que se van.

Quedó el pueblo de Reyes Zumeta con un vacío en su plaza, y su caballo recorría todo el pueblo con la cabeza baja, llorando desconsolado por donde quiera que había estado lleno de vida con su dueño, el gran Teniente Reyes Zumeta.

Y las gentes de Reyes Zumeta ponían por obra para que el pobre animal comiera y descansara, pero nada valía con la pena que el desdichado sentía. Solo las muchachas, algo lo calmaban, le daban cerveza y algún ánimo le sacaban para que el brioso animal bailara.

Una noche, el caballo de Reyes Zumeta, fue hasta la orillas del pueblo, tomó cerveza y bailó para las muchachas y de regreso al pueblo... nunca se supo que pasó con el inseparable y fiel amigo del Gran Teniente Reyes Zumeta.

ARTURO MORA-MORALES

Nació en Tovar (Mérida, 1955). Narrador, poeta, Comunicador Social, ensayista, articulista, fotógrafo, y promotor cultural de amplia trayectoria profesional en Comunicación Social. Desde 1972 ha colaborado con distintas publicaciones periodísticas como Ecos del Sur del Lago, La Nación, El Vigilante, Esfuerzo y Tribuna Popular. Fundador codirector de la Revista Alborada, de El Vigía. De 1992 hasta 2004 fue miembro del Consejo Editor de la Revista Solar, Jefe de Redacción del tabloide Quórum con el arte y la cultura, y Director de la Revista Casa de la Fragua. Colaborador de importantes diarios y revistas de Venezuela y el exterior. Asumió de 2002-2007, la Presidencia de la Asociación de Escritores de Mérida.

Obra publicada: en poesía: *Marzo* (Gobernación de Mérida, 1985) y *Ladera interior* (Biblioteca José Vicente Nucete, Mérida, 1995). En narrativa: *Los espejos divergentes* (Solar, Mérida, 1997), *Baladas del Agua* (Asociación de Escritores de Mérida/ CONAC, 2003) y *Cortejos de la tarde* (Asociación de Escritores de Mérida/ CONAC, 2003). *Sebastián* (Mérida, CONAC/FUNDALEA, 2006)

UN HOMBRE A LA ORILLA DEL MAR

De *Baladas del agua*

Hacía más de una hora cocinaba su piel en las arenas. A pocos metros el Caribe apacible, restaurando a intervalos el oscuro idioma de sus aguas, le recordó el extraño desvarío de aquellos mares remotos, agitados y recónditos que continuamente oía en el fondo de sus antillanas caracolas. Acostado sobre la secura de la playa había recibido del sol una buena ración de fuego. Minutos atrás, de soslayo, advirtió sobre la bahía los sesgos de la luz navegando la línea plana del horizonte. Cerró los ojos y no supo si lo hizo por causa de la ventisca agitada en las distantes copas de los semerucos o por el brillo hiriente, serpenteante y acerado. Llevó entonces la toalla al rostro y volvió a cerrar los párpados. Todo en él, salvo sus oídos, estaba adormitado. Continuaba escuchando las oscuras voces de las aguas y el extraordinario acordeón de la soledad, entregándosele con su mítica música de aburrimiento.

Lejos de allí, pero acercados por la brisa, oyó unos pasos. Adivinaba el peso corpóreo que los conducía. En la brisa también venía un olor a albahaca, sutilmente escapado por algún intersticio salino. Levantó de su nariz el algodón mullido y esperó, atado a sus instintos, la confirmación renovada de aquel olor femenino. Aquellos pasos podían incluso sugerir las formas del cuerpo, probablemente moreno. Midió por la lisura del viento, retornando de aquella piel, el tamaño libre de una cadera entregada al ritmo de sus ondulaciones: un lento ir y rebotar desde el centro estrecho de una cintura.

Su oído estaba atento. Por él conoció desde chico las delicias de las predicciones. Sólo bastaba aguzarlo, orientarlo hacia cualquier punto y extraer del aire las respuestas. En la maraña de hormigón, en el pandemónium de motores y bocinas; de rugidos, sirenas y voces vagabundas de su vecindario, funcionaba como una pieza de relojería. Nunca erró, con aquella aleación de sus sentidos -oído y olfato- la anticipación de una historia: la fechoría tramontana o

el homicidio furtivo y atroz. Y allí, en aquella playa, en la soledad que el silencio prolonga hasta muy adentro del mar, su percepción era más aguda. A pocos metros ya, la probabilidad de una cabellera negra, de rizada largura era delatada por sus vegetales aromas. Unos pechos morenos, erguidos, timoneaban dos piernas esculpidas con el bronce de algún gimnasio. Claro está, no le era posible adivinar el color de los ojos, quizá almibarados. Pero era cuestión de abrir los suyos. Fijarlos discretamente en esa figura cercana que un poco después se alejaría. No iba a regatear ese placer que almacenaría, como una victoria más de la imaginación, en el acostumbrado y tangible fondo de la memoria. Separó la toalla con el comedimiento y la distancia que se guardan la casualidad y la curiosa impaciencia. Abrió los ojos y el esplendor ambarino del ocaso le devolvió la silueta a contraluz, ancha, familiar -como un edredón antiguo- de su mujer.

CASI PÁJARO

(De *Cortejos de la tarde*)

Panchito tenía nombre de periquito real. Panchito tenía nariz de águila, pecho ancho y esponjado de palomo. Los ojillos chicos y tan separados que si lo mirabas de frente, su rostro delataba sus ancestros, su mal oculta personalidad de ave doméstica. Panchito era un fisioculturista de cotidiano ritual en el gimnasio. Cada día sus pectorales, bajo el rigor de las barras, se hacían más voluminosos, mientras que en las paralelas se descubría derrotado ante unos brazos negados a seguir el desarrollo y las líneas del torso. Su desolación no era poca, pues sus piernas delgaditas y arqueadas se extendían tórax abajo como nervaduras, como tallos de yuca, como extremidades de loro.

Nunca veríamos a Panchito sin su indumentaria deportiva, que la tenía en una variedad muy peculiar: verde para cuando quería parecer loro, negra para su ocasional personalidad de zamuro, amarilla para sus veleidades de canario, blanca para sus escarceos

de palomo. Algunas veces las combinaciones lo hacían ver como uno de esos pájaros exóticos que alegraban con su colorido las estampitas de colección. Panchito lorito, Panchito guacamaya, Panchito turpial, petirrojo, corocora, golondrina parda, gabán compadrito, gallina cuero, aguaitacaminos, gallineta cascorva.

Ni qué decir; por un tiempo, o por algunos años, Panchito fue nuestro amigo. Lo queríamos mucho y su presencia se hizo imprescindible en el equipo, sobre todo cuando visitábamos otros Estados y debíamos mostrar nuestra garra de peloteros. Panchito era nuestra mascota, nuestro muñeco emblema, el pájaro más auténtico de cuantos animaran nuestros encuentros y disputas. Panchito, conociendo nuestros temores, -infundidos por la soberbia de un uniforme o el porte o el color del pitcher contrario- salía al campo a jugárselas con su espectáculo, con su farsa, para ganar a nuestro favor la confianza necesaria. Y era seguro: si Panchito iba con nosotros, ganábamos. Si no, la derrota era tan certera, aplastante, que daba pena vernos la cara el día siguiente. Pero un lunes muy temprano, al verse en el espejo, Panchito descubrió que ya era muy grandecito para hacer el ridículo y decidió jubilarse del equipo. Desde entonces lo supimos más acucioso consigo mismo, más circunspecto. Nosotros perdimos nuestra suerte y poco a poco la jubilación nos fue alcanzando igualmente. Y él, Panchito, encontró por fin su verdadera vocación: mirarse en el espejo y ser algún día un superpájaro.

Claro que esto no fue cosa de una semana o de un año. Panchito le perdió el miedo a la gimnasia cuando era niño aún. Años más tarde, con las plumas de su cabeza ya canosas, le veríamos recorrer distraída y raudamente la avenida principal con sus vestimentas aviformes.

Panchito no siempre fue un pájaro para nosotros sus amigos, ¡no señor! Al principio fue uno más entre nosotros. Un poco extraño, es verdad, pero uno más, ¡sí señor! Alguna vez un muchacho de un equipo visitante le cargó el remoquete de *casi pájaro*, y nos senti-

mos tan mal, tan agredidos, que -ciegos de ira, y al unísono- nos fuimos todos contra el villano mozalbeta del imperio. Pero Panchito, inmutable y sonreído, nos detuvo para manifestar su complacencia: *“Así es muchachos, ese soy yo, casi pájaro”*.

Y la verdad que se lo tuvo muy en serio, porque desde entonces no sólo vistió aquellos disfraces de pavo real, pollo gigante, águila pollera, sino que hizo todo por exteriorizar una autenticidad pajaril a todas luces llevada con ufanía.

Panchito -como dije antes- encontró en el gimnasio su nueva vocación. Allí se dio las manos con otros personajes, tan extraños como él. Y con ellos fue descubriendo en la piel sinuosa de los bíceps, pectorales y tríceps masculinos, inclinaciones que antes, estoy seguro, no poseía. Primero se le veía en las tiendas especializadas adquiriendo algunos *póster* con figuras hercúleas. Después esta afición se tornó más frenética y compulsiva: adquiriría cuanto cartel editasen, a tal punto que llegaban primero a sus manos antes que a las de los comerciantes. Las cosas no se quedarían aquí. Luego sus amigos comenzaron a ser otros. Tomó especial dilección por un gremio: el de los peluqueros. Lo demás no es asunto de contarse.

Lo que sí viene a cuento fue lo de su vuelo. No creo exagerar cuando digo que los exploró minuciosamente: le vieron descender las colinas conduciendo parapentes; le vieron pilotear planeadores, saltar en paracaídas. Lo intentó casi todo. Un día, nadie sabe el porqué, parece que se cansó de todos estos intentos artificiales, y como llevaba su vuelo adentro, decidió hacer lo correcto. Tomó su propio riesgo. Consumió un alcaloide, según el parte médico; extrajo doce vidrios de la jamba, y desde la ventana de su apartamento, en un undécimo piso, como un ave se lanzó en dirección al cielo. Nadie puede decir que aquello fue un fracaso. Nadie le vio ni sintió caer. Su ventana mira hacia el Sur, hacia un estacionamiento gris e inmenso; y el verde de la grama que detuvo su caída, está en el sector contrario. ¿Cómo fue a dar allí? ¿Qué

vientos, qué fuerzas lo impulsaron hasta un lugar tan distante? Eso no importa. Creo que en esto el parte policial, que supuso otras maniobras y un suicidio se equivocó palmariamente. Lo que sí constituye un hecho, es que Panchito, *casi pájaro*, siempre supo lo que fue y tomó sus riesgos.

Sabía que era un ave, de una especie extraña ciertamente; pero un ave, a fin de cuentas. Sabía que sus pocas plumas podían ser un problema y por ello se entrenó en cuanto vuelo le fue posible. Fue el primero en saber cuán débiles eran sus brazos y se esmeró por desarrollar alas más fuertes. Lo que no supo Panchito, lo que nunca pudo imaginar, es que para su auténtico y primer vuelo, jamás debió consumir aquella basura que encontraron diluida en su sangre. Panchito simplemente fue un ave que, por un error de navegación, tomó una dirección opuesta, confundió el cielo con la tierra, y en su desorientada carrera, después de haber ganado altura, de haber merodeado por los rojos techos, las colinas del Norte, las frías nubes, perdió el cenit, el azul vital y *casi pájaro* al fin, levantó, cara al sol, errado vuelo contra el suelo.

RAMÓN PALOMARES

Nació en Escuque, Trujillo (1935), poeta venezolano, Profesor jubilado de la Escuela de Letras de la ULA, Mérida. Contribuyó a la formación del grupo Sardió y la revista homónima (1958-1961), conjuntamente con Adriano González, Salvador Garmendia, Guillermo Sucre y Francisco Pérez Perdomo, entre otros; quienes luego formarían El techo de la ballena. Ha colaborado también en El Farol, Papel literario, Poesía de Venezuela y Revista Nacional de Cultura. En 1965 recibió el Premio Municipal de Poesía (del Distrito Municipal) por su libro Paisano y en 1975 el Premio Nacional de Literatura.

OBRA PUBLICADA: se inicia con *El Reino* (1958), luego, *El abogado* (1964), *Honras fúnebres* (1965), *Paisano* (1965), *Santiago de León de Caracas* (1967), *El vientequito suave del amanecer con los primeros aromas* (1969), *La rana, el tigre, los muchachos y el juego: mito de los indios Makiritares* (coautor con David Alizo, 1969), *Poesía* (1973), *Adiós a Escuque* (1974), *Poesía* (1977), *Elegía 1830* (1980), *El viento y la piedra* (1984), *Mérida, elogio de sus ríos* (1985), *Alegres provincias: homenaje a Humboldt* (1988), *Trilogía* (1990), *Lobos y balcones* (1997), *El Canto del pájaro en la piedra* (Antología), con prólogo de Alfredo Pérez Alencar, editada por la Fundación Municipal de Cultura y la Fundación Municipal Camino de la Lengua Castellana del Ministerio de Cultura y de la Junta de Castilla y León (2004), y la *Antología de poesía* (Caracas, Monte Ávila, 2005).

CREPÚSCULO EN EL PARQUE DE LOS ESCALADORES DE NIEVE

La tarde misteriosa y letal
con su cielo agónico
desciende por el abra
y la roca enhiesta y poderosa
se disuelve en su reino.
La Sierra, esa inmensa ave tutelar
asume su noche de terrible fuerza
y espía desde sus ventosos y profundos glaciares
la ciudad.
Gajos rojizos vibran en las hirvientes avenidas
y densos racimos se abren
de jugo humano y tenso secreto.
Aquí en la soledad de su pequeño parque
los escaladores de nieve levantan sus metales
en extraña conversación
agitándose y señalándose
como si descubrieran otra muerte.
Los colores del frío se han cerrado
y si bien las leves hojas no han espejado su primera estrella
-y aunque el bucare y los sauzales
aborrecen lo oscuro-
¡Es ya noche!
Sí. Desde el domo fantástico de un hospital
sus luces rojas extienden esa melancolía de enfermos
y por el canjilón
sube el viento para decir viejas historias.
El viento con su ayer
-su ayer de Ayes y recuerdos-
regresa para agitar las bocas de los escaladores de nieve
sus bronces melancólicos.
Pero es aquí el mañana el que se agita
en los abrazos y caricias de parejas distraídas
en el muchacho que se inclina rígido en su libro

Sí. El mañana fluente y compulsivo en la criatura que ahora nace
el mañana inquietante y secreto...
y obstinado y extraño un viento nuevo grita
su fascinante desafío.

ANDAMIOS VERDES

De *Vuelta a casa*

Qué tejedor,
la hoja verde y firme es su cuerda.
Otros hacen su casa de una fruta,
o mecen el rocío.
Y qué orgulloso el cielo de sus andamios verdes,
un corazón pequeño sale de su guarda
y el mundo lo recibe alegre y encantado.
Trabajo de un sueño levantar nidos
de una rama tan plácida.
-“No vecinos , hijos –dice el aire- hechos de mí”
La luz se aviene a gusto en los reflejos
donde saltan
azules, verdes, amarillos, púrpura
los fulgores que entrañan
sus inquietudes casi imperceptibles
hacia la tenue selva en que uno vive
-en apariencia oscuro
pero en verdad florido de su exquisita transparencia.

ENTRE EL RÍO

De *Paisano*

Voy a entrar en un río
me quito la ropa y entro y le abro la puerta
y miro dentro de su casa

y voy a estar sentado en las sillas negras
y en los espejos;
cuando hable escucho qué dice y qué quiere
y cómo manda a todos y dice que se va a remolinear
y veré cuando sus patas empiecen a despedazar la ladera.

Tomaré agua de su corazón y me beberé su cuello
y haré gárgaras y escupiré dentro
y en los ojos le pondré piedras y le quitaré los diamantes y los
pedazos
de oro
y de ojos le pondré unos gatos
y veré qué vestidos se pone y cómo hace para correr
y si está durmiendo le escarbaré a ver qué sueña.

Yo vi qué come el río y vi su mesa
y tenía platos como guayabas podridas y ganado muerto y casas
y todas las siembras que se llevó
y un hilo verde, muy verde, como un ángel.

Me estuve sentado viendo un gran campo que estaba
debajo
y allí cantan todos y se ponían morados
hasta que se oyó una voz durísimo
y salieron iglesias y calles de las nubes
y todos corrieron
y comenzó el río a decir que se iba a morir.

RESECO

De *Paisano*

¿Y será que no se va a ir este polvo?
¿Y será que no se va a acabar este verano?
¿Y será que no se va a terminar de rajar el patio y de
prenderse

los chaos?

Ay, Dios,
nos vamos a volver chamiza, nos vamos a volver piedra
reventada,
nos vamos a volver purito carbón.

Y saliendo candela de las hendijas.

Que te reventás los ojos, que te los reventás
con ese sol.

Puro polvo, puro sol,
desde aquí hasta las vueltas del diablo, hasta
las candelas del Juicio.

ENRIQUE PLATA RAMÍREZ

plataenr@ula.ve

Nació en Maracaibo, Zulia (1959). Narrador, Doctor en Literatura (Summa Cum Laude, Universidad Complutense de Madrid, 2004). Magíster en Literatura Iberoamericana, Licenciado en Letras (ULA), Profesor del Instituto de Investigaciones Literarias (Facultad de Humanidades, ULA). Recibió el I Premio de Cuentos «José Benedicto Monsalve» (Diario Frontera, Mérida, 1989), Finalista del Concurso del Cuento Zuliano. Maracaibo, 1987. Menciones en Concurso Internacional de Cuentos «A quien pueda interesar» (Tamaulipas, México, 2000), «IV Concurso Internacional de Relatos Jamais» (Sevilla-España, 2001), Concurso de Cuentos «Casa Nacional del Teatro» (Santo Domingo, RD. 2001). Premio «I Concurso de Novela Corredor del Henares» (Torrejón de Ardoz, España, 2002). Finalista en II Concurso de Cuentos «Melpómene», Villa de Ingenio (Las Palmas Gran Canarias, España, Abril 2002), I Concurso de Cuento Breve y Cuento Erótico (Alternativa Editorial, Galicia, 2002). Ya no estás más a mi lado corazón, recibió el Premio de Novela, de la APULA 2003, Mérida, y Al acecho de la postmodernidad, Primer Premio de Ensayo APULA, 2004.

OBRA LITERARIA: *Nárvera: ¡Calores!* (Mérida, 1988), *Azores y otros cuentos* (Mérida, 1997), «*Tu cuerpo como la noche*». En: Molto Vivace. *Antología de Cuentos Musicales* (Madrid, Páginas de Espuma, 2001), *Actos de Magia* (Madrid, ACL «Corredor del Henares», 2002), «Actos de Magia». En: *Antología de cuentos inéditos 2* (Sevilla, Jamais, 2003). *Harot: o la venganza de Polifemo* (Mérida, Solar/ AEM, 1999) y *Ya no estás más a mi lado, corazón* (Mérida, APULA, 2004). *Al acecho de la postmodernidad* (Mérida, APULA, 2005). *Cuentos y cuentistas. Presencia de un nuevo lenguaje narrativo* (Madrid, ACL «Corredor del Henares», 2003).

ÁNGELES

A Narqui Vera.

A la gente le da por hablar de eso. En la calle, en la oficina, en la casa... Yo, verdaderamente, no le daba mayor importancia. Eso le dije cuando ya dejé de admirar la desnudez de su cuerpo. Ella, sin embargo, insistió con la pregunta:

- ¿Tú crees en los ángeles?

- Yo no –dije fastidiado-. ¿Y tú?

- Yo sí -dijo ella sonriendo- y desapareció.

EL RETORNO DEL ÁNGEL

A Anya, la hija también.

Mis ropas estaban harapientas, mis pies descalzos y curtidos y mis carnes se habían enflaquecido enormemente. Andaba entonces sin rumbo, por distintas y desconocidas veredas. En alguna ciudad una madre, tan harapienta como yo, amamantaba a uno de sus hijos mientras el otro languidecía a su lado. Recordé aquel anillo, lo bendije y se lo entregué.

–Véndelo y dale de comer a tus hijos -le dije. La mujer me miró con infinita tristeza.

En una de las salidas del metro estaba la muchacha de la última vez. Se acercó sonriendo y besó mi piel mugrienta. Muy dentro de mí supuse que no estaba tan desamparado.

–Nunca estamos completamente solos -dijo-. Cortarán todas las

flores, pero nadie evitará que venga la primavera.

Y volvió a esfumarse en el aire.

EL REGALO

a Elissa Lister

Una exquisita mujer bañó y vistió y calzó mi cuerpo. Me dio de comer y beber. Al atardecer, antes de despedirme, colmó mi espíritu con la fragancia de sus besos.

—No es tan fuerte el invierno, si tienes con quien compartir tu calor -dijo.

Y tomando a sus hijos de las manos se fue volando hacia el cielo.

ANGUSTIA

a Jesús Serra

Por las calles, un frío estremecedor que sacude los huesos. En los bares, una copa de vino tinto y el relato del fútbol por la televisión. En aquel parque, un hombre angustiado buscaba algo por todas partes. Se notaba que le era sumamente valioso. Sus ojos, sus manos, su cuerpo todo, iban y venían por cada rincón. Sin embargo, juraría que estaba desorientado en otro mundo y a punto de llorar. Quise ayudarlo y lo interrogué:

—Disculpe, ¿ha perdido usted algo?

Me miró por unos segundos con lágrimas en los ojos.

–La vida -dijo-, y ya no puedo hallarla nuevamente.

EL SUEÑO DE LA MARIPOSA

a María Dolores Ribeiro Orge.

Y una vez más volví a encontrarme con aquella muchacha. Me dijo que todo ese tiempo había estado a mi lado. Que la había soñado mariposa o golondrina.

–Todos tenemos un sueño por realizar -dijo-, y alguien que vela por nosotros.

Descubrí entonces la ruta del *Camino al Mundo*. Esa tarde nos casamos y me gustó mi nuevo hogar, pleno de hilillos de seda.

PALABRAS A MI HIJO

a Quique, el hijo.

Y después de muchos años me sentí verdaderamente mal. Físicamente cansado. Era viernes al mediodía. Entonces llamé a mi hijo, que era ya un adolescente, y le dije:

–Hijo, encuentra el *Camino al Mundo*. Sólo así podrás ser un *Sennín*. Tu madre te señalará el rumbo.

Mi hijo me abrazó con lágrimas en sus ojos. Así pude yo convertirme en un pájaro azul y volar hasta estas regiones, a la espera de mi esposa.

EL NIDO DEL POLLUELO

A Héctor López.

Yo vivía en una casa grande a las afueras de la ciudad, muy cerca de un río que todas las noches se desvelaba cantando para mí. Como ya no vivían mis padres, le dije al jardinero que me iba en busca del *Camino al Mundo*.

El hombrecito me miró fijamente, con mucha ternura. Después se sacó una cadena que llevaba sobre su cuello y me dijo:

—El día que la pierdas te convertirás en un *Gonzuké* quizás para el resto de tu vida.

Luego, moviendo sus manos, recogió lentamente la casa, la dobló con extremo cuidado y la metió bajo una de sus alas de búho y se fue volando hasta el árbol más cercano a la orilla del río.

RONDA DE RANAS

A Karlovy, la hija.

Los automóviles pasan rápidamente. Hombres y mujeres van de un lado a otro. En algún patio de escuela los niños juegan a la pelota o a la ronda. Los mendigos han tomado cada esquina. La policía ronda y ronda. En las charcas, los sapos y las ranas se aparean con inusitado placer.

Una gorda señora, de negra cartera, camina desprevenidamente por la *Plaza Principal* y se detiene en alguna esquina a la espera del autobús. Un muchacho la ha venido siguiendo y se hace el distraído hojeando la prensa del día anterior; en algún momento, sigilosamente, le abre la cartera, mete su mano, siente algo acuoso y la saca con premura y torpeza. Aterrados, ambos dan un grito.

Aún no sé por qué se han asustado al verme.

MARIANO PICÓN SALAS (Mérida 1901-Caracas 1965). Escritor, novelista, ensayista y crítico. En Chile se doctoró en filosofía y letras, dictó cátedras de literatura, historia del arte y estética. Regresó a Venezuela e inició una activa vida pública. Fue embajador en México y Brasil, representó al país ante la UNESCO, organizó la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela, de la que fue rector. Miembro de número de la Academia de la Historia de Venezuela. En 1963 compartió con Victoria Ocampo el Premio Anual Interamericano de Escritores de la Libertad. Fue Premio Nacional de Literatura en 1954 con la obra *Los días de Cipriano Castro*.

OBRA LITERARIA: *Buscando el camino* (1920), *Odisea de tierra firme e Hispanoamérica*. *Posición crítica* (1931), *Intuición de Chile y otros ensayos* (1935), *Preguntas a Europa* (1937), *Formación y proceso de la literatura venezolana* (1940), *Viaje al amanecer* (1943), *De la conquista a la independencia* (1944), *Miranda* (1946), *Comprensión de Venezuela* (1949), *Regreso de tres mundos* (1959), *Hora y deshora* (1963).

FANTASÍAS DE UNA ESCUELA MIXTA

(Fragmento de *Viaje al amanecer*)

Aunque están muy viejas porque aprendieron tanto primor, las manos de Josefita (ahora recluida en un cuarto al fondo de la casa de mi abuelo) han querido bordar con los delicados estambres del hilo de oro el lazo que debo lucir en mi primera comunión y en el que esplenderán las espigas y las uvas con que Cristo simbolizó las cosechas de la Iglesia triunfante. Me habló también, mientras bordaba, del regocijo de recibir a Dios y a fin de disponerme para tan santa fecha y de que mi imaginación no estuviera ociosa, se me matriculó en la escuela mixta de la señorita Emilia Manzaneda.

La didáctica del establecimiento sometía todo lo que uno pudo haber leído y escuchado a rigurosas series numéricas: los cuatro puntos cardinales; las tres virtudes teológicas, los veinte estados y un distrito federal que ahora poseía Venezuela; las siete partes de la oración y los cinco continentes. Yo, menos dado a lo abstracto, tenía que concretizar en metáforas e imágenes tangibles algunas de esas enumeraciones, y pensé, por ejemplo, que las cinco partes del mundo se parecían a cinco muchachas de nuestra escuela mixta. Europa debe ser rubia como María Lombardi, hija de un tendero italiano, cuyo dorado pelo se enmarca graciosamente en un amplio sombrero de paja de los que en Mérida llaman “pavas”, flotante de cintas y de flores. La retraída Asia se personifica en una chica amarillenta y muy aplicada (para mí antipática), que por su miopía precoz sufre la dictadura de unos anteojos; África se desgreña en el pelo áspero, la boca grande y la tostada morenez de otra, cuya inquietud de movimientos y de desorden de sus cuadernos contrasta con la sabia impassibilidad de Asia. América es larga y termina con las piernas flacas del cabo de Hornos. Y reservo el ampuloso nombre de Oceanía para la que a mí más me place: pequeña y hasta francamente regordeta, que siempre pasa temporadas en una hacienda de cacao que poseen sus padres en la tierra caliente, y cuyo busto -con extraordinaria precocidad tropical- comienza ya a abultarse y sobresalir entre los finos

encajes de la camisita.

Y no sé por qué me siento atraído a Oceanía como a un misterio geográfico. Me embeleso mirándola, mientras la señorita Emilia toma la lección de historia de Venezuela por el libro de Antonio Esteller e inquiera de pronto:

—¿Quién era el tirano Aguirre?

Y debemos responderle para ser fieles al libro:

—Un vizcaíno inquieto y de una ferocidad incomparable.

Y como un ser cubierto de horrendo pelo, de palabrotas blasfemas y extraño cuchillo de vengador, permanentemente desenvainado, imaginamos al cruento caudillo de la Conquista.

Así como las muchachas se comparan con los nombres femeninos de los cinco continentes y se distinguen también por su temperamento, longitud y relieve, la calidad de algunos compañeros varones me hacía pensar en las partes de la oración. Los hay que poseen energía intrínseca, como aquel Pedro González, el más valeroso del curso, no muy inteligente, como todos los que nacieron para la acción, pero que tan sanamente influye sobre mi precoz y peligroso intelectualismo, enseñándome el arte de fabricar una flecha, llevándome a bañar una tarde al más hondo y frígido pozo del Albarregas y trepando a los árboles de los vecinos potreros con la más gallarda destreza. Pedro vale por sí mismo; es concreta y fuerte realidad, como la del Sustantivo. Acompañándolo y glosando en el más pintoresco lenguaje sus hazañas de energía y valor, verdadero cronista de sus empresas, yo cumplo al lado suyo la función calificadora de un Adjetivo. Eduardo Fuentes, que siempre cambia de opinión, que cuando lo invitamos a ir al río promete hacerla mañana, es variable como los tiempos del Verbo. Y hay el muchacho Conjunción, adherido siempre a otros y sin personalidad propia, y el muchacho Adverbio, y el

desesperante muchacho Interjección, que apenas puede expresar por medio de monosílabos: “¡Uy!”, “¡Ah!”, “¡Oh!”, el efecto que le producen las cosas. La señorita Emilia refinaba los toscos perfiles de nuestra letra inglesa; nos place inventar y ensayar la rúbrica que emplearemos cuando seamos hombres y que debe ser bastante complicada para que nadie la imite. Y con un anhelo de tomar conciencia de nosotros mismos, de destacar nuestra personalidad, imprimimos nuestro nombre en los cuadernos, los libros y hasta en las maderas de los pupitres. Más allá de las cuatro operaciones de la aritmética y de la historia de Venezuela y de la Historia Sagrada, enseñadas por la señorita Emilia, existen problemas más inmediatos y concretos que ya nos atormentan. ¿Por qué hay hijos naturales? ¿Cómo nacen los hijos? ¿Qué diferencia fundamental se determina entre una mujer soltera y otra casada? Sobre estas cuestiones ya algunos muchachos formulan sus hipótesis cuando la señorita Emilia abandona un rato la sala de clases dejándonos solos. Y la inquietud de semejantes enigmas hasta turba los preparativos místicos de nuestra primera comunión. Sabíamos -- en la clase de catecismo-- en qué consisten los pecados capitales: la Soberbia, la Gula; pero al mencionar la palabra “Lujuria”, hasta la señorita Emilia cambia de color, y muy rápidamente salta a explicar la Envidia, según la bella definición de Ripalda: “tristeza del bien ajeno”. Análogo conflicto se produce al tratar de las funciones de los sentidos. Cada uno está localizado en sitio bien visible del cuerpo: los ojos, la nariz, el gusto. Pero ¿por qué el sentido del tacto es mucho más indefinible? La señorita Emilia evade el problema, diciendo: “El sentido del tacto se localiza, por ejemplo, en las manos”. Pero nosotros advertimos que ese “por ejemplo”, agregado precisamente al tacto y no a los demás sentidos, es tan sólo un escape o una hipocresía. ¿O será el sentido del tacto lo que yo experimenté cierto día cuando, con el pretexto de comparar nuestras planas y, sobre todo, un inútil y decorativo ejercicio de letra gótica impuesto por la señorita Emilia, Oceanía y yo acercamos nuestros asientos y sentí el cálido roce de sus piernas?

Tantas incógnitas fueron como el sedimento un poco turbio con que habría de llegar a la difícil prueba de la primera comunión. Quería abstraerme, ser todo pureza, como aquellos santos a quienes se encomienda Josefita; pero esa zona ignorada del mundo pesaba sobre mí, proyectaba su opresora angustia. Y no fui feliz –ni mucho menos– el día en que, con los otros muchachos, me inicié en el supremo rito cristiano. Parecíame, con mi traje nuevo, mi vela y mi lazo bordado de áureas espigas, que estaba representando una escena de circunstancias. Me hablaron de una felicidad infinita; todos me congratulaban, y por eso era más fuerte mi desengaño. Fue un día brumoso en que no salió el sol y llovió mucho en Mérida. La última ceremonia de los comulgantes terminó a las cuatro de la tarde, después de un himno cantado por todos los muchachos. Regresé a la casa, y pretextando un dolor de cabeza me tendí en la cama y derramé las lágrimas más inesperadas, más solitarias y amargas que recuerda mi infancia. ¿Era yo de aquellos “tibios” de que se habló en la clase de Religión, más desgraciados que los pecadores ardientes, porque a ellos se niega todo impulso hacia Dios?

La señorita Emilia Manzaneda no podía resolver tampoco tan complejos enigmas. De la que fue famosa profesora no nos había tocado a nosotros, sus discípulos de 1910, sino una figurilla menuda y pálida, de larguísimas, blancas y casi medrosas uñas, que daba la lección con voz cascada: la voz de una tuberculosis senil. Reparábamos que de pronto interrumpía su clase, como asfixiándose por un violento golpe de tos. Abandonaba la sala e iba a calmarse y reponerse al interior de la casa. Una vez, al sacar la señorita Emilia un pañuelo, los alumnos de la primera fila observaron –y lo dijeron a los demás– que había quedado manchado de un cuajarón de sangre. La noticia circuló por todas las casas de Mérida, y a causa de ello comenzaría nuestra dispersión escolar. Partieron Europa, África y América, y mi admirada y cálida Oceanía, y quedaron también truncas las partes de la Oración. La aplicada, fastidiosa y amarillenta Asia saca para ella sola –porque la señorita Emilia no puede examinarlas– divisiones en un cuaderno.

Pero entre Asia y yo, media por lo menos, el continente americano y el helado estrecho de Behring. Y a la vuelta de una semana, un día lunes, ya la escuela amaneció cerrada porque la señorita Emilia Manzaneda se había acostado para morir. Desfilé vestido de blanco (el mismo traje de mi primera comunión, pero ahora sin lazo ni vela) en la comitiva del entierro. Regresé con mi padre a la casa, y otra vez se planteaba el problema de mi educación.

SARA YLSA ROJAS, Nació en Mérida 1948 murió Mérida el 24 de enero de 2002. Licenciada en Letras (ULA), Profesora Titular e investigadora de la Escuela de Educación, de la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA. Toda su niñez y juventud transcurrieron en Ejido, Mérida.

OBRA LITERARIA: *Casa honda* (Mérida, Mucuglifo, 1995).

COMO UNA PLEGARIA

De Casa honda

Ven a esta casa
de silencio

Saluda al bosque
al tronco sonrosado
que agoniza

Niños delicados
en la espuma de frágiles eneldos

Niños en lugares sombreados
como santos peregrinos

Ramas conmovidas
Hojas que sueñan
en el árbol luminoso

¿Se fueron los cerezos?

¿Quién abrirá ese solar
de membrillos desatados

¿De bellos pájaros cenizos
que deambulan en el alba?

¿Y quién llama
desde esa sala de espejos
que palpita?

Oh bucares fugitivos
que florecen y perfuman

Oh gotas
que resbalan incesantes

Yo sólo digo
alabado sea

BORDADO DE PÁJAROS

Hoy la niña con su traje en el espejo
mirando las acacias

¿Recuerdas los pájaros bordados
en las mangas
en el ruedo de la niña?

Ahora me dice
baja los peldaños
desnúdate en el muro

Abre el cofre

Escribe las canciones que te dicto

Quédate en silencio

Pasa un pájaro
se acerca

Borda

ERA UN SOLAR BELLO

A Adelis León Guevara

Era un solar bello de cañas y bambúes
Era un solar azul de mandarinos

El ámbar goteaba de las manos
El agua brotaba de la tierra

Y había silencio para escuchar
adentro el latido de las minas

Era un solar leve
La punta del árbol se hundía

Se mezclaba en lo celeste

Era un solar grande con su sala
de espejos largos hasta el suelo

Muñecas y azulejos de visita
conversando sin zapatos
sin sombreros

Era un solar una casa
Una niña
derretida en lágrimas hasta el alba

DESCALZA EN EL CUERPO DE LA LLUVIA

A Magali Carnevali

Descalza en el cuerpo de la lluvia
de una a otra piedra
de una a otra golondrina

En zigzag

Saltando entre la hierba
vistiéndome de juncos

Danzando

Conjurando el arco iris
como me enseñó mi padre
con los cuchillos en cruz
en el centro del patio

Deshojando

la brisa que canta en los espejos

PAISAJE DEL MOLINO

El jarrón azul en el paisaje
del molino

La niña distraída

Peinándose en el río del paisaje

Había olvidado cerrar la puerta

Quise entrar
a la taza de oro

a las galletas de avena
servidas a las tres de la tarde
Quise alcanzar
el bazar de peces y muñecos
y llevarlos a mi casa

Mas sólo escuché
el llanto
de la niña sola de la casa

BRISA

A Simón

Estaba en la brisa que fluye
del alba

Estaba lejos

En ese tiempo adorable
de cuando las niñas

hablaban a solas

con los árboles
con las gallinas de puntos

Y el talco de las piedras
lanzaba su reflejo

sobre el agua rota

A UNA CAJA DECORADA

Apoyada en la barandilla
del patio

pienso en la lluvia

Pienso en aquella caja
decorada de helechos

Que mi madre había guardado
bajo el edredón del cuarto

Panes barnizados de frutas

Aves luminosas
de anís y terciopelo

Allí guardaba

Sin contar el tiempo
yo jugaba a morir en esa caja
Y enterraba mi voz en el silencio

CANCIÓN A LAS MUÑECAS

Muñecas adorables
en la bañera del patio

Peinadas en la lluvia
con trajes escotados

Muñecas de verdad
que lloran

que gimen y dan pasos

Yo las bautizaba
les daba hojas de azafrán

Cucharadas de jarabe
arroz y manzanilla

Y pintaba sus labios
y sus manos

Al llegar la hora de la tarde
entrecierro sus párpados azules

Los ojos
siempre fijos en la nada

CUADRO DEL ÁNGEL

A Nelly Quintero

Al borde de la cama
el cuadro del ángel en el puente

Los troncos húmedos

La diadema brillando
en el mármol de la frente

Yo resbalaba hacia el fondo
de aquel vidrio

Sentía la noche
abrazar todo mi cuerpo

Algo se iba
algo se quedaba

Y el ángel quieto e indulgente
me dejaba llegar sola

a la extensión blanca

LLUVIA

Un pueblo de calles en la lluvia

Unas casas de techos con palomas

Hojas que cantan en el marfil
de la fuente

Niños que gritan entre el corral
de gallinas

Yo en la fiesta del horizonte

Mirando cómo sucede la luz
en la lluvia

Mejor dicho cómo se extravía

ATABA Y DESATABA LUZ

A mis hermanos

Hablaba a los cristales

que llueven en el patio

Hablaba a las matas de violeta
cuidaba los altares

Y los niños que lloran
dentro de la casa

Ataba y desataba luz

La vida

La muerte

Caminando silenciosa
repartiendo bendiciones

ordenando cada plato

lavando cada mano asustada
de niño que juega con el barro

Cada día

Cada lágrima

MARÍA IROLANDA RONDÓN

Nació en Mérida, estado Mérida (1968). Poeta y Abogada de profesión. De niña vivió en París, luego vivió en Caracas y de seis años regresó a Mérida. Estudió Derecho en la Universidad de Los Andes, y en CEPESAL (Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina) realizó el Master en Política Internacional y la Maestría en Ciencias políticas obteniendo el título de Magíster Scientiae en Ciencias Políticas. Entre 1994 y 1997 se desempeñó como Directora Fundadora de la Biblioteca José Vicente Nucete y Coordinadora de publicaciones, de la Gobernación del Estado Mérida. Actualmente se desempeña como Quiroterapeuta de la Escuela de Masaje ALYAN (Valencia-Carabobo). Desde que estudiaba quinto grado empezó a escribir cuentos y obras, que posteriormente representaba con sus hermanas y amigas. Así nació su escritura. Mención especial de poesía. 4to. Concurso Anual *Cuento, Ensayo y Poesía*. 1992. Mención de Honor otorgada al cuento “de la Vanidad y la Humildad” por Pegaso Ediciones. Concurso de Cuentos “Alfonsina Storni”, 2003. Es Miembro de la revista Parnaso en Internet. www.elparnaso.com
ihorondon@hotmail.com

OBRA LITERARIA: *Veinte Cantos de Amor y de Dolor* (DAES, 1993): Premio al cuarto concurso de poesía (1992), de la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de los Andes; y el poemario *Como Yo Te He Querido* (Ediciones Solar, 1996). *Un Gramófono al Final de una Guerra*. (Cuento) Mérida, Ediciones del Rectorado de la Universidad de los Andes, 2003. Ha publicado poemas sueltos en el periódico «El Universitario». Tiene inéditos dos libros infantiles, uno de poesía y otro de cuentos. Ha sido publicada parcialmente en páginas de Internet: *Un gramófono al final de una Guerra*, en la revista Internet www.lettralia.com/ed_let/gramofono *La tía que llora, la tía que reza y el papá que regresa*. (Cuento) Granada, España, Ediciones parnaso. Primer concurso de relato breve, 2004.

DE LA VANIDAD Y LA HUMILDAD

(Tomado de *Los Cuentos de las Virtudes*)

Olga era ya una mujer mayor, se había pasado la vida haciendo cosas buenas por los demás, según como ella lo entendía. Estaba segura de tener un alma limpia y de haberse ganado el cielo. Todas las noches antes de irse a dormir oraba a Dios pidiéndole que le mostrara cómo se veía su alma.

Olga gozaba de una buena posición social y debido a esto siempre había podido compartir con las personas menos favorecidas. Para ella compartir significaba dar todo lo que le sobraba, comprar alimentos baratos para quienes no podían comer, dar limosna a los niños que encontraba en la calle, repartir los muebles viejos de su casa y regalar todos sus zapatos usados.

Olga siempre gozó de perfecta salud por lo que se sentía agradecida y nunca visitaba a nadie enfermo para no molestarlo y hacerlo sentir peor, jamás asistió a ningún hospital, pues eso era entorpecer la labor de quienes trabajaban allí. En ningún momento cuidó a alguien que se sintiera mal salvo a sus propios hijos, y ninguna vez dejó de aportar dinero a los Bonos de la Salud, la Sociedad Anticancerosa y la Cruz Roja, con lo que estaba segura de dar una ayuda desbordante a los enfermos que no tenían tanta suerte como ella que nunca se enfermaba.

Olga además aportaba trabajo a los pobres contratando en su casa mucho personal doméstico, que jamás podía comer, sentarse o hablar con ella presente, con lo que indudablemente contribuía a la educación formal de esas ¡pobres gentes sin educación ni talento!

Así que Olga se había asegurado su lugar junto a Dios en el cielo, y con la conciencia de tener derecho a ello cada noche elevaba la misma oración: “Por favor Jesús muéstrame mi alma antes de llevarla junto a ti, pues quisiera saber cuan luminosa he de verme en el cielo, Padre nuestro...”.

Una tarde en la que Olga se encontraba cómodamente instalada en el sillón de su casa tejiendo y viendo televisión, sonó el timbre en la entrada. Perezosamente se levantó y se dirigió al

pórtico y sin prestar mucha atención abrió la puerta.

Frente a ella se encontraba la muchacha más sucia, desarrapada y andrajosa que jamás hubieran visto sus ojos. Olga se tapó la nariz pues casi no soportaba el olor exhalado por aquella chica. Y estuvo a punto de cerrar fuertemente sus párpados para no tener que ver aquellos pies negros de tierra, aquellos trapos rotos y sin color definido y aquella cara llena de sucio, barro, mugre y quién sabe cuántos gérmenes y hongos que aún podía albergar, y además tenía la cabeza llena de piojos.

No era posible verla sin sentirse desagradado y mal. Pero como Olga era una persona piadosa se compuso como mejor pudo para preguntar: –¿Quién eres? Y ¿Quién te envía?

La muchacha entonces le contestó: – Soy Alma y me envía Jesús.

Olga no podía creer lo que escuchaba, su mundo entero se le vino encima, sus recuerdos comenzaron a girar en su memoria frente a sus ojos, tan rápidos, que se mareó y se desmayó.

La pobre Alma no supo qué hacer, Jesús el dueño de la tienda la había enviado ante aquella señora para que le diera trabajo, él le había dicho que ella empleaba muchas personas en su casa y ahora perdería la oportunidad de tener un empleo. Todo el mundo pensaría que era su culpa la caída de la señora y ¿si le pasaba algo? Alma salió corriendo y le avisó a un vecino, quien inmediatamente llamó una ambulancia que recogió a Olga y la llevó a la Clínica donde pasó dos días en recuperación.

Desde entonces Olga cambió. Se dio cuenta de la terrible realidad en la que había vivido. Todo lo que consideraba que cumplía de modo humilde y bueno, había sido hecho con orgullo y vanidad, y Jesús se lo enseñaba ahora. Lo primero que hizo fue darle gracias a Dios por mostrárselo a tiempo y ofrecerle aún algunos años para reponer sus faltas.

Olga arregló su enorme casa y la convirtió en un refugio para los niños y ancianos de la calle que no tenían donde dormir. Se quedó con siete vestidos y los demás los dio a la gente que veía sin nada decente para ponerse encima. Desempolvó su viejo

título de maestra y le enseñó a leer y a escribir a muchos adultos que no habían podido hacerlo. Y organizó su jardín de manera tal que cada perro, gato o pájaro abandonado pudiera vivir y comer allí.

Sus viejas amistades la abandonaron por loca y excéntrica y aún sus hijos, ya no la visitaban nunca pues ella siempre estaba acompañada y ocupada con alguien por atender. Y perdió su posición social en el club por no asistir, y su renombre por no hacer nunca más contribuciones en efectivo a las instituciones de salud. Pero se llenó de sonrisas verdaderas, de lujos del alma y de amor por todos lados, los niños, los viejos, los adultos y los animales en su casa la adoraban.

Y así fue como un día Olga murió en medio de la fiesta de bodas de Alma, aquella chica que una vez tocó a su puerta en nombre de Jesús. Y ese día, cuando cayó de la silla donde estaba sentada durante la ceremonia, todos corrieron hasta ella para atenderla y fue Alma lo último que Olga vio antes de morir. Y Alma se presentó ante sus ojos, luminosa y blanca, hermosamente vestida con su traje de novia.

AIXA SALAS

(Mérida, estado Mérida, 1944). Narradora y Licenciada en Educación y en Historia. Desde muy joven perteneció a círculos literarios y a grupos culturales de Mérida. En los años 70 marchó a Chile, donde inició estudios de Sociología en la Universidad Nacional de Chile. De regreso al país, estudia en la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes. En esos años le publicaron sus primeros cuentos y poemas en diversas publicaciones periódicas, revistas y antologías, tanto a nivel regional como nacional. Trabajó en el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la ULA como Investigadora y luego ingresó en el Ministerio de Educación como educadora. Premios: Premio Nacional de Narrativa del IPAS-ME (Caracas, 1988). Quedó entre los diez primeros finalistas del Concurso de Cuentos Juan Rulfo (Francia).

OBRA PUBLICADA: (relatos): *La Serpiente del Ángel* (Mérida, Solar, 1996). Tiene inédito un libro de cuentos y otro de poemas. Textos de su autoría han sido publicados en la *I Antología de Narrativa de la Asociación de Escritores de Mérida* (AEM/ Dirección Sectorial de Literatura del CONAC, 2005).

UN VIAJE MUY IMPORTANTE

Antonia contempló la ciudad desde el balcón de su apartamento. Pronto emprendería el viaje más importante de su vida. Consultó el reloj y dio una última mirada a todo. Después tomó los bolsos y cerró la puerta. Amigos y familiares le estarían esperando en el aeropuerto.

Así fue. Cuando llegó hubo una pequeña algarabía. Gritos, abrazos, besos, y hasta aplausos. Pasada la euforia se sentaron a departir. Hablaron del tema de su ponencia, del Congreso y del éxito que le aguardaba. Al fin llegó la hora de verificar los documentos.

Lentamente, la cola se desplaza frente a la agencia de viajes. La empleada revisó minuciosamente sus recaudos, mas de pronto pareció encontrar algo indescifrable, permaneció en silencio unos segundos y luego levantó el rostro inquisitivo y clavó en ella una mirada fría. “Falta un papel”. El corazón de Antonia dio un vuelco, abatido por un mal presentimiento. Nerviosamente, abre el maletín, busca en todas las carpetas, en los bolsillos interiores, en los pliegues y hendiduras, y hasta en los cierres, pero no encuentra nada. No, no puede ser. Ella ordenó todo la noche anterior y está segura que no falta nada.

“Permítame”, musita, y toma los papeles, examinándolos uno a uno. “Usted está equivocada. Aquí no falta nada”, pero la mujer, la odiosa mujer niega una y otra vez. Antonia la mira fijamente, intentando desentrañar una malignidad oculta. La cola de pasajeros se impacienta. “¿Puedo hablar con otro empleado?” “Sí, pero es inútil. Le dirá lo mismo que yo”, y señala al más próximo.

Rápidamente, Antonia se dirige a la oficina siguiente. Los amigos la observan intrigados, como si intuyeran algo imprevisto. El funcionario toma los papeles, los revisa cuidadosamente, parece dudar ante algo, y de pronto alza la cara y la atraviesa con la misma mirada mortal. “Lo siento. Falta un documento muy importante y así no podrá viajar”, y le tiende los recaudos. Antonia

no puede hablar. Con las piernas temblorosas y un principio de ahogo en la garganta, se dirige hacia sus amigos. “¿Qué pasa?” “Pasa que no puedo viajar. Falta un papel muy importante”.

Incrédulos, toman los papeles y los examinan. Todo está en orden. “¿Qué papel es?”, y sin dudarlo más, se dirigen hacia la Administración. Mientras alegan con el personal, Antonia mira hacia la pista. Aún no ha llegado el avión. Tal vez pueda irse. Sin embargo, las terribles palabras se repiten como un eco por todo el aeropuerto: “No puede viajar, no puede viajar”. Sus amigos regresan enseguida y le explican lo que sucede. Ella apenas los escucha. No puede concentrarse en nada, y sus pensamientos vuelan en círculos, como palomas asustadas. Sólo aquel eco intermitente palpita en su cerebro, y las imágenes del simposio, a punto de empezar, la abruman. Ella lo abría con su ponencia. Era la invitada especial, y sabía que su planteamiento era absolutamente novedoso y trascendental. Le aguardaba el reconocimiento de sus colegas, las felicitaciones, el triunfo. Ahora todo se ha perdido por un estúpido papel.

Sus amigos aún sostienen la carpeta en sus manos. Antonia la toma y la introduce de nuevo en el maletín. Después, como si estuviera en una especie de sopor, mira todo el aeropuerto. Su rostro apagado se detiene en la fila de burócratas que, ajenos a ella y al Congreso, han reanudado sus tareas. La congoja se convierte en rabia. Quisiera ir hasta ellos y abofetearlos, quisiera patear sus escritorios, sus computadoras, destrozar las vidrieras, las lámparas y sillas. Sin embargo, permanece quieta, como entumecida. Al fin reacciona, toma sus cosas y se dispone a regresar a casa. Piensa, con una migaja de consuelo, que tal vez publiquen su trabajo en una revista especializada, de renombre internacional. Mas no era eso lo que verdaderamente deseaba. Ella quería el aplauso de todos.

Sus amigos la detienen. “Espera. Hablaremos con el Gerente”. En ese instante anuncian que el avión ha llegado. Anonadada, sin poder creerlo, Antonia lo ve aproximarse. Es el vuelo de ella. No, no puede renunciar. Ella se irá. Y sin

pensarlo más, acompaña a sus amigos hasta la Administración. A las preguntas de todos, la secretaria señala un lugar impreciso en el infinito espacio del aeropuerto. Un poco confusos, como extraviados, intentan identificar el lugar indicado. Antonia se siente desvalida. Un alacrán helado oprime su garganta. Todo su sacrificio, su lucha y desvelos, su orgullo, aniquilados por un maldito papel del cual nadie le dijo nada, nadie le informó nada. Automáticamente, sigue a sus amigos, mas de pronto se da cuenta que ya no están. Se han ido. La abandonaron. Y súbitamente desesperada, como si percibiera que está enloqueciendo, mira para todos lados, buscándolos. Una multitud apresurada invade el aeropuerto y se desplaza en distintas direcciones, ignorándola. Está sola, completamente sola, con su fracaso.

De pronto los ve. Caminan de espaldas a ella, todavía perdidos. Con un suspiro de alivio, casi a punto de llorar, Antonia los alcanza. Al fin dan con la Gerencia. Toma asiento al lado de ellos, y en silencio, muy quietos y tensos, esperan el momento en que el hombre más importante de su vida aparezca y les informe si puede viajar.

Minutos más tarde, la puerta se abre. El Gerente, gentil, ceremonioso, los invita a pasar. “Señor Gerente...”. Pero él levanta una mano. Ya ha sido informado. Tal vez algo se pueda hacer. Déme sus documentos, por favor.

Con una leve esperanza, Antonia tiende la carpeta. Una vez más, manos extrañas manipulan los documentos. Los soba, los desordena, los revisa una y otra vez, y vuelve a ordenarlas, mientras todos permanecen quietos y expectantes, sin poder apartar los ojos de cada uno de sus movimientos. Una vez más, un rostro inquisitivo se levanta, los observa uno a uno, como a aquellos papeles, retardando la sentencia que condenará o absolverá su alma.

Y de nuevo la temible frase, pronunciada con suavidad, con delicadeza, como excusándose, como apenado, y ellos, de uno en uno, alicaídos y mudos, de nuevo abandonan las oficinas, mientras oyen al Gerente que levanta el teléfono y da la orden del despegue.

Nada se puede hacer. Silenciosos y extenuados, contemplan el ir y venir de los viajeros, el quehacer de los funcionarios, las despedidas y bienvenidas. Al fin uno se atreve a hablar. “No puede ser. No pueden hacerte esto. Alguien te está sabotando...”. Antonia permanece en silencio, apretando contra sí el maletín que contiene la gran derrota de su vida, y la idea de una conspiración contra ella empieza a asaltarla. ¿Pero quién, quién? Y su imaginación exaltada recorre una galería de posibles culpables. Tal vez el Director de la Escuela, quien se oponía a su viaje. Tal vez la secretaria, quien equivocó la fecha del Congreso. O tal vez el colega que envidiaba su profesionalismo. Tal vez... pero no logra concretar nada, precisar el victimario. Su angustia se hace insostenible. Ya no es impotencia, ni rabia, ni amargura. Es dolor.

Decidida a irse y llorar a solas en casa, Antonia se despide, mas uno de sus parientes la toma del brazo, y señalando a uno de los funcionarios, le dice: “Parece que hay una posibilidad”, y sin saber de qué posibilidad se trata, todos corren a la Administración. De nuevo una espera angustiada. El subalterno toma el teléfono y consulta. Habla pausadamente, gesticula, asiente y disiente, mientras ellos tratan de adivinar la respuesta de su interlocutor. Al fin exhibe una sonrisa brillante. “Parece que harán una excepción”. Entiende que han detenido el vuelo. Los espíritus se reaniman, el aeropuerto ya no es una olla de presión, y Antonia, con su comitiva de plañideros, regresa a la butaca.

¿Qué irá a pasar?, se pregunta, mientras trata de distraerse con el trajín de los demás. Cada quien se entrega a su rutina, sus amigos aguardan esperanzados, y ella, inquieta, mira alternativamente hacia la gerencia, la administración y el teléfono. También la pista está silenciosa. ¿Se habrá ido el avión? No, está ahí. Parece un enorme animal congelado que espera, desde tiempos inmemoriales su deshielo.

Sin embargo, siente una gran desazón. Todo está demasiado quieto. Es como si el tiempo se hubiera detenido y todos quedaran suspendidos en un instante eterno. Desde su exilio, en el ancho butacón, podía ver el aeropuerto en una especie de

adormecimiento, y aunque los empleados continuaban trabajando, y las oficinas permanecían abiertas, nada parecía moverse. Aún ella y sus amigos estaban inmóviles, sin hablar ni mirarse, como si ya no se conocieran ni supieran nada el uno del otro. Tuvo miedo. ¿Acaso alguien había decretado la paralización de todo para que ella no pudiera viajar y perdiera la gran oportunidad de su vida?

Pero no. Está desvariando. Lo sucedido, y la impresión de que el presente significará, dentro de poco, un pasado inmodificable, la hacen alucinar. Es cierto que todo está demasiado quieto, pero sólo será por unos momentos. Pronto alguien hablará, el teléfono debe repicar, alguno de los empleados habrá de llamarla. Sin embargo, la administración parece ignorarlo todo, el gerente, de pie en la puerta, ni la mira, y el maldito teléfono no suena. ¿Y si no...? Tensa, con los músculos contraídos y el corazón palpitante, espera el timbrado que definirá su futuro. Nada sucede. Está a punto de estallar, cuando ve que el gerente se dirige directamente a ella, y de nuevo la asalta un mal presentimiento. Un pesimismo amargo aprieta su garganta con dedos de fuego. No pueden esperar más. Los pasajeros reclaman, y la llamada telefónica no llega.

“Está bien”, musita, y repentinamente el aeropuerto toma un ritmo inusitado. Todos se alistan, recogen abrigos y maletines y bajan presurosos a la pista. Ella sigue inmóvil. Siente el alma caída a sus pies, arrugada, pisoteada por unos y otros como un trapo inservible. Experimenta una ambigua sensación de certidumbre e incredulidad. El avión, en ese instante, enciende los motores y se alista para el despegue.

Entonces suena el teléfono, y todos, al unísono, se vuelven hacia el empleado. Este, nerviosamente, toma el auricular, y una interrogación muda sigue cada uno de sus gestos. Al fin cuelga, los mira a todos y todos lo miran a él, pero nadie se atreve a hablar. Tímidamente, alguien se aventura. Quién sabe, vamos a ver, parece que sí, dice, con el acento dubitativo de quien duda de la información dada, o del que se ve obligado a mentir. Todo

se ha tornado irreal, burlesco, una especie de pantomima, de sueño continuo. Antonia tiene la impresión de vivir dos instantes diferentes, el del sueño y el del despertar, pero idénticos y terribles entre sí, como hermanos gemelos y monstruosos.

De pronto, alguien presiona su brazo. Va a viajar. Rápidamente le colocan el abrigo en los hombros y la empujan. ¡Preparen el avión! y en segundos, el vértigo. La halan, la gritan, la zarandean, la apremian: por aquí, por acá, entregue este papel, no, ése no, éste, vaya para allá, quédese quieta, muévase rápido, espere, ¿ya está lista? ¡Por favor, señora, apúrese! Y se para, y corre, la llevan en andas de una oficina a otra, de un escritorio a otro, de una cara a otra. La marean, la emboban, la enloquecen. En medio de la barahúnda alguien dice que no pueden aguantar más el avión, los viajeros se quieren ir, y ella mira el aparato que arranca, con un silbido apremiante que taladra sus oídos y sus nervios, y los pasajeros asomados a las ventanillas, agitados, airados, como gusanos de un enorme cuerpo indigesto. El vientre le duele, le duele la cabeza, se le enredan las piernas, unos la arrastran, otros la detienen, y ella no sabe qué hacer más que apretar el maletín y mirar el avión. Se va, Dios mío, se va. El aparato aumenta su rugido e inicia una curva, y ella se queda paralizada, esperando el momento en que levante vuelo. Alguien la sacude, “Oye, ¿qué te pasa? El avión se va y tú ahí, parada, temblando”. La nave crepita, silba, truena, está a punto de arrancar, y miles de gargantas gritan: ¡Ya va, ya va, paren el avión, paréenlo!, pero el aparato no se para sino que sigue deslizándose suavemente, despaciosamente, y ella ahí, tesa, sin poder quitarle los ojos de encima, y todos claman: ¡corre, corre!, y al fin, como si le pegaran una patada por el trasero, salta y corre, pero no alcanza el avión, no puede alcanzarlo, y todos ¡apúrate, apúrate!, y ella ahogada, dando traspiés, cayendo y parándose, y de repente no, ya no, suelta el maletín y se queda mirando el avión que sigue su curso cada vez más rápido, cada vez más libre. Sus amigos la alcanzan, ¿qué te pasa? ¿qué te pasa?, y ella contesta, alzando los hombros: “Pasa que no me voy”, y los amigos insisten: ¿Qué dices? Todavía tienes tiempo, ¡Corre!, pero ella niega con la cabeza y repite “No, no voy”, y empieza

a retroceder, sin darse vuelta, como si temiera que al volverse la traicionen y la lleven cargada al maldito avión. ¿Pero por qué, por qué? ¡Tanto que has luchado! mas aquellas palabras ya no la conmueven, “Me voy al carajo”, afirma, rotunda, y ahora sí se da vuelta y se dirige hacia la salida, dejándolos a todos atrás. Ya está ante la puerta de vidrio, y se ve a sí misma, apenas un relieve en la penumbra de la sala, y a sus amigos, sombras titubeantes, reflejos de un sentimiento, de un deseo, de una muerte. Y más allá, el aeropuerto, con sus piezas quietas, juego de luces quebrándose, a horcajadas sobre un inmenso lienzo que se extiende cada vez más y se borra tras sus pasos.

OSWALDO TREJO FEBRES (1928). Nació en Ejido (Estado Mérida, Venezuela) Murió en Caracas el 24 de diciembre de 1996. Cuentista y novelista. Narrador de gran talento y de mucha dedicación a su obra. Casi se podría decir que ha repartido su vida entre la literatura y sus actividades profesionales orientadas hacia la diplomacia. Ha sido colaborador de muchas revistas venezolanas, latinoamericanas y europeas, como *Imagen*, *Papel Literario de El Nacional* y *Revista Nacional de Cultura*. Premio Municipal de Literatura (Caracas, 1988). Premio Nacional de Literatura (Caracas).

OBRA LITERARIA: *Los cuatro pies*, Caracas, Tip. La Nación, 1948 (Cuentos). *Escuchando al idiota* (cuentos) Paris, Fequet et Baudier, edics. 1949; Caracas, Monte Ávila, 1969. *Cuentos de la primera esquina* (Cuentos) Caracas, Cruz del Sur, 1952 *Aspasia tenía nombre de corneta* (Cuento). Caracas, Edics. Cuatro Muros, 1953 *También los hombres son ciudades* (novela) Bogotá (Edics. Espiral, 1962; Caracas, Monte Ávila, 1972). *Depósito de seres* (Cuentos) Caracas, Edit. Arte, 1965 (Col. Temas y Autores Merideños). *Andén lejano*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1968 (Novela). *Texto de un texto con Teresas* (Cuentos) Caracas, Monte Ávila, 1975. *Al traje, trejo, troja, trujo, treja, traje, trejo* (relatos) Caracas, Monte Ávila, 1980. *Metástasis del verbo* (Caracas, Fundarte, 1990). *Horas escondidas en las palabras* (Antología de cuentos) Monte Ávila, 1994. “Mi ars narrativa: desde dos bobos enfrentados”, en: *Revista Nacional de Cultura* (Caracas, Núm. 290, jul-agos, 1993). Sobre el autor escribió Luis Barrera Linares: *El traje de Trejo* (Caracas, La Casa de Bello, 1994).

II

VIVÍA junto a los que eran mis mayores. De Adriana, a quien muchas veces le dije «mamá», recibí la ternura. La aparición de mi amor permitió que no la llamara más así sino Adriana. Esto ocurrió cuando entre aquel disílabo y su nombre se impusieron nuestras cosas: sus cuidados, mi confianza, sus gestos, mis silencios. Ávidamente la escuchaba y la miraba.

Es muy lejano el recuerdo de haberle oído su voz por primera vez. Tendría yo apenas dos años y sucedió en los días en que me llevó a la hacienda de unos tíos. Cuando pienso en ello dudo que mi memoria pueda guardar algo de ese tiempo. Es un pequeñísimo recuerdo. Es como un vago párrafo intercalado entre los hechos de la infancia.

Acaso no sea sino una ilusión de mi amor hacia Adriana. En la hacienda, desde el corredor de la casa, miraba una luz que titilaba a lo lejos. No sé si hablaba ya, si llegué a preguntar por ella. Quizás Adriana me contemplara y por ello me dijera que aquella era la luz de una estrella.

Ese es el primer recuerdo que tengo de su voz. Es posible que mi vida comenzara con tal hecho, simple y todavía no borrado por el tiempo que se confunde con la extensión de las montañas de donde vengo y que tantas cosas perdidas debe guardarme, perdidas como la llave que precisaría para abrir el lugar donde se hallan, la pequeñísima llave oculta en medio de los árboles y entre la sucesión de las noches.

Adriana era muy joven todavía. De allí que en lo sucesivo todas las palabras que le escuché no me hayan hecho nunca daño. Las conservo como múltiples calcomanías, como líneas y señales cargadas de ternura. Son las mismas que desde un principio me

dejaron la costumbre de no llamarla sino Adriana.

Me hablaba de aquella época en la hacienda donde junto a lo sepultado está lo vivo y las horas de las estrellas entre las que debe estar la que yo veía, la mirada de Adriana y su voz de donde vengo.

Estaba mi padre, envejecido ya antes de que yo naciera. Cada vez más distante de mi edad, él no cesaba de acercárseme. Huraño a su carácter, a sus barbas y a su olor, sin embargo le esperaba.

No me dejó como Adriana el sentido de una voz sino la nostalgia de que no me hubiese alcanzado. Lo veía apresurado tras el deseo de dejarme el amor que, también, era bueno a su manera.

Yo le tenía miedo a los sapos, más que a la presencia del caballo y al ladrido de los perros.

Quería mucho a los animales y por esto no solamente me hizo perder el miedo que sentía por los sapos sino que me combatió la repulsión por los elefantes, los que apenas había conocido en libros. Quise estar frente a uno cuando supe que a pesar de lo grande y de lo torpe, los elefantes podían percibir la ternura de los hombres.

En esta hacienda de la que fue administrador sin que ninguno le perteneciera, mi padre les daba alimento a los animales que como los vacunos tenían nombres para identificarlos. Con cariño me hablaba de las bestias más viejas que, también, habían acumulado sus pequeñas historias durante los servicios que habían prestado allí.

En las sabanas crecían los potros y las novillas, y de más allá de los muros de la casa llegaban las frutas y los recados de los bosques.

Mis padres pasaron muchos días en la hacienda. Cada semana

recibían el sol cotidiano de la luz blanca sobre los muros, los corredores y los montes lejanos, porque había los soles que maduraban en el fruto de los cafetos, de los naranjos, y los que se hacían verdes en los pastizales y colinas o de múltiples colores en las plumas de las aves. Había el sol inesperado de los eclipses. Su raro apareamiento devolvía de sus quehaceres a los campesinos que se acercaban para quedarse de cara al cielo junto a mis padres. Para otros que permanecían distantes, la profecía «el tiempo del final está cerca» se hacía eco prolongado mientras miraban el viento y las aguas de los ríos donde los peces se confundían con las primeras hojas caídas y quemadas por el sol.

Él y Adriana presenciaron muchas cosas. Cuando pensaban en el pasado, les parecía que venían de muy lejos y que estaban ya cansados.

Distante de las ciudades trabajaron en la hacienda sin que se les remunerara con dinero sino con los alimentos indispensables para la subsistencia. Dudaban de si el trabajo habría sido suficiente como para tener derecho a recibirlos.

Los placeres y goces eran los propios de todas las personas que nunca llegan a saber lo que puede quitársele a la vida. Esto lo ignoraron siempre, porque de lo contrario no se habrían conformado con las pequeñas cosas que tenían, así hubiesen sido usadas ya por otros. La alegría de poseerlas llegaba para ellos a tal extremo que muchas veces dejaron de soñar.

Adriana llevó consigo la esperanza de tener casa propia. Ante ese deseo, mi padre le decía: «De tierra hecha casa no vamos a vivir». Adriana le respondía que tener casa era de por sí saber que para siempre se quedarían en cualquier lugar, fuera éste en un campo o en una ciudad pequeña. La vida no les permitió el trabajo a que debían dedicarse y menos el lugar donde debían quedarse para realizarlo. La frase volvía a repetirse de tiempo en tiempo: «Tener casa es de por sí saber para siempre que nos quedaremos

en cualquier lugar».

Aquel fue el tiempo de conocerlos, y de repetir sus gestos. En el intento de aprendizaje no dejé de copiar también las formas de la tristeza, las del hambre y las del llanto.

(...)

IV

ANTES de cumplirse el primer mes de estar asistiendo a la escuela y de haber ocupado diversos sitios, el carpintero llegó una mañana con el pupitre que le había encargado Adriana. Después de hablar con el maestro entró al salón con él en la cabeza y la silla en la mano.

—Está muy encaramado— dijo el maestro al verme frente al pupitre hecho con una madera blanca y todavía con olores resinosos. El espaldar de la silla era muy alto y tenía casi forma de muleta. Cerca del maestro, que me quedaba de perfil, podía voltear hacia la izquierda con entera libertad para mirar a los condiscípulos, cuya atención la tenían puesta en mí. Desde el lugar sobresaliente que estrenaba, esa mañana recibí mayor número de mofas a mi cabeza, demasiado grande según ellos, y a las piernas que, debido a la altura de la silla, me colgaban.

Entre el grupo de los más nuevos y atrasados, el aprendizaje transcurría para mí con largos intervalos que el maestro dedicaba a los demás alumnos clasificados en grupos dentro de los tres primeros grado que solamente tenía la escuela.

Ante las materias leídas o explicadas que no estaban al alcance de mi comprensión, obedecía, entonces, al llamado que a través de la ventana me hacía el blanco paredón de la iglesia, constantemente llovido de golondrinas que se desprendían de los frisos para mezclarse con los pájaros de la plaza.

—¡Atención! —decía el maestro al tiempo que golpeaba la regla en el escritorio para que los alumnos distraídos guardaran compostura.

De no dirigirse a mí, seguía mirando la calle con escasos pasajeros: la mujer hacia la iglesia, el caballo de paso lento que se detenía para comerse la yerba hallada entre las piedras, el papel arrastrado por el viento y algunas palomas que pasaran.

Con una variedad semejante a las edades, tipos y expresión de rostros, en el salón se sucedían las clases con su diversificación de cosas y enseñanzas. Como en una charla sin coordinación en sus explicaciones o preguntas, el maestro pasaba de la geografía a la historia, a la gramática, a la aritmética, dedicándole especial cuidado a la moral e instrucción cívica. Para sus clases llevaba un oculto y especialísimo control del progreso intelectual de los alumnos. Estos hábitos que regían la vida de la escuela aumentaban cada vez más mi confusión. Aunque todavía no tuviera muchas obligaciones, no dejaba de sentir desconcierto ante las variadas enseñanzas que, dirigidas a los demás, debía oír a pesar de las continuas fugas de mi imaginación por la ventana.

—¿Venezuela, capital...?

—Caracas.

—¿Lara, capital...?

—Barquisimeto.

—¿Zulia, capital...?

—Maracaibo.

El tiempo de ser interrogado estaba tan distante para mí como aquellas ciudades cuyos nombres se alargaban en las voces titubeantes, o sonaban altaneramente después que algunos alumnos levantaban la mano en señal de tener la respuesta.

No sabía de ninguno en el pueblo que conociera esas ciudades ni otras que estuvieran más allá de las montañas. Cuando Adriana viajaba a Mérida, volvía con noticias de la familia y de las amistades.

Las comentaba de acuerdo con la importancia que tuvieran. Había las de los familiares ausentes que, marchados para siempre, solamente enviaban cartas desde lejanos países. Al nombrar los lugares de donde se hubieren recibido, Adriana me hacía pensar en ciudades populosas en las que debía ser fácil perderse, tal como le ocurriera a ella la vez que fue metida en el laberinto de un circo ambulante que entre sus demás atracciones tenía payasos y viejas fieras del África.

Otras veces me describía a su manera parques, museos, jardines zoológicos, palacios y avenidas que sólo conocía en los libros leídos y a través de fotografías que ilustraban sus páginas. Con la misma insistencia que ponía en reclamarle cualquier regalo que Adriana me ofreciera, le pedía que me hablara especialmente de ciudades y países. Mediante sus palabras cargadas de ficción me hacía vivir la aventura de prodigiosos viajes que, sin salir del pueblo, realizábamos para disfrutar ya fuera de un paseo en góndola por los canales de Venecia, como de una caminata por los Campos Elíseos. Dejando lugares ya conocidos, nos hallábamos de pronto en Roma frente al Coliseo, la Catedral de San Pedro o cualquier otro sitio histórico. A la hora que quisiera, desde el corredor de nuestra casa, podía iniciarse cualquier viaje a los lugares más lejanos. Los coches, barcos, trenes y aviones tenían sus ocultas estaciones de partida en el cuadrado boquete del patio que nos comunicaba con los espacios exteriores, por donde, con sólo decir los nombres de los países y de las ciudades, nos dábamos a la fuga. El citar Adriana objetos desconocidos podía ser motivo para que, también, realizáramos viajes hacia sus formas. Había poca diferencia entre decir Roma, Atenas, París, o balanza, fanal, tiara, porque desde estos nombres podíamos partir hacia sus incógnitas. El ir a descubrirlas nos proporcionaba el viaje sobre mares inventados, por caminos no existentes, y, sin embargo, nunca nos sorprendía la feliz llegada.

De llegar temprano a clase, entraba desafiando a los sabios de la escuela:

-¿Francia, capital. .. ?

-...

-¿Panamá, capital...?

-...

Muy pocas veces, daban una respuesta acertada a las raras preguntas que les hiciera. Muy pocas veces podía completar las explicaciones que me empeñaba en darles de la infinidad de cosas que Adriana ponía en mi memoria. Al fallarme los recuerdos, les mentía. Entonces, mi invención de París no era menos arbitraria que la de Panamá: partiendo del nombre de unos clavos que se llamaban «puntas de París», tan indispensables en los hogares como las tenazas y el martillo, les hablaba de una lejana y extraña ciudad construida a base de clavos, espinas, alfileres y todos los elementos de metal y de formas agudas que se me ocurrieran. Tenía su encanto este París cuya arquitectura trazada por mí, de agudas puntas y filos cortantes, la suavizaba el color plata de sus elementos. Luego, mientras miraba hacia el pequeño mundo que había más allá de la ventana, seguía pensando en el gris brillante de ese París, en su complicada amalgama de formas, en su arquitectura de blonda con óxidos y pátinas.

Mi invención de Panamá tuvo otro origen. La pana no podía ser solamente la suave y calurosa tela de que estaba hecho mi mejor traje dominical y los trajes de reyes, caballeros y sotas de la baraja.

Asociando el nombre de esta tela al de Panamá, les hablaba a mis compañeros de la existencia de otra fabulosa ciudad cuyo carácter principal era el de haber sido hecha totalmente de pana. Era la ciudad más suave y acogedora, la de más variados y vivos colores. En sus calles, edificios, puertas y ventanas predominaban el azul, el rojo y el amarillo de los reyes, el negro y el morado de los obispos. Con su largo canal de pana verde, la mayor distracción de los habitantes consistía en contemplar el paso de los barcos de panas blancas y de costosas sedas y colores según el país de donde

procedieran.

—Sobre mí, ni sus mentiras ni sus verdades —dijo en forma agresiva y con los puños cerrados, un amigo que en compañía de otros se sintió amenazado por mis preguntas al verme aparecer una tarde en la plaza donde conversábamos.

Ese día sólo llevaba tres postales que le había sustraído a Adriana de la caja donde guardaba las cartas. Eran tres postales que le había enviado en épocas distintas un pariente. Mostraban aspectos de la lejana ciudad donde vivía. Celosamente las guardaba porque además del recuerdo escrito para ella, tenían adherido el tiempo de las nostalgias, el de los años en nuestra casa, repartidos entre el estar unas veces en las repisas de la sala y otras en la caja donde Adriana guardaba el resto de sus recuerdos: papeles, cintas, estampas, cabellos y pañuelos todavía perfumados.

VI

CUANDO aprobé los exámenes para ingresar al tercer grado, Adriana aprovechó una de las rarísimas visitas de mi abuela materna para que me llevara a pasar las vacaciones en su casa.

A pesar de lo novedoso que era para mí la realización de cualquier viaje, no dejé de sentir temor ante éste que, por primera vez, haría a la casa de la abuela. Apenas conocía de cerca al tío Aníbal V. Salvo tía Alejandrina, que en algunas ocasiones pasaba los fines de semana con nosotros, quizás por ser la más consecuente con Adriana, a la que se sentía unida por el carácter y cierta semejanza física; al resto de mis tías solamente las conocía a través del álbum familiar de los retratos.

Los nombres principales de todos los descendientes de los Juárez debían iniciarse con la letra «A». La libre elección de otros se la concedían a los consortes de cualquier miembro de la familia a los

efectos de los hijos que nacieran. De allí que mis tías se llamaran Agustina, Amelia, Aurelia, Alicia, Alcira y Agripina.

Mi padre, frente a esta imposición que como muchas otras provenían de sus nexos con Adriana, dejó en una libreta de notas esta constancia de su rebeldía:

«Nació mi hijo Alberto JOSÉ el día 10 de julio de 1928, a las cinco de la tarde, en el Municipio Matriz de la ciudad de Ejido. (El 19 de marzo es San José, día de festejárselo a JOSÉ)».

El haber destacado en mayúsculas el nombre que me eligió fue la más modesta defensa que hiciera de JOSÉ ante aquella decisión familiar de no llamarme sino Alberto.

En los Juárez se daba el caso del tío Aníbal, heredero de este nombre por haber sido el único sobreviviente de los hermanos que lo llevaron. Le decían Aníbal V como testimonio heroico de la quinta insistencia de mi abuela frente a la cuarta porfía de la muerte que le había arrebatado cuatro Aníbalés a lo largo de la historia de los quince partos que había tenido.

Para el viaje a la casa de las «Aes» me animaba saber que, como una prolongación de afecto materno, la tía Alejandrina sería la más cordial conmigo. La recordaba frecuentemente a partir de una vez dominical, de mucho sol, con palomas en el patio y de apetitosos olores de cocina en toda nuestra casa, en que llegó de la misa de once ofreciéndome unos caramelos que guardaba en la cartera. A la hora del almuerzo pude contemplar más de cerca a tía Alejandrina y conservar sin el temor que me imponía su aristocrática presencia, una imagen imborrable de una parte de su cuerpo. Por llevar ese día un vestido de pana en fondo blanco estampado en ocres, sus robustos brazos, colocados en horizontal sobre la mesa fueron para mí como dos conejos gigantes echados y dispuestos a huir por un túnel de pulseras. Las mangas, que le llegaban hasta el antebrazo, eran igual a la piel lustrosa que

tienen esos animales; los puños de lino y con largas puntas hacia arriba eran como orejas de conejo. A manera de párpados estaban los ojales de los puños de los que brotaban los granates de las yuntas brillando igual que ojos. Las veces que tía Alejandrina dio golpecitos sordos sobre el mantel al levantar la mano podía ver en su rosada palma el hocico de estos animales que alternativamente parecían asustarse tras el vibrar de sortijas y pulseras.

Los deseos de viajar con la abuela disminuyeron la víspera de la partida al saber que nuestra criada Chama había descubierto que estaban naciendo unos pollos. Prometiéndole no decir nada, me condujo al rincón del cuarto donde se hallaba la gallina, para mostrarme los dos primeros pollos que habían nacido, los cuales se movieron por unos instantes en mis manos.

De haber podido elegir entre realizar el viaje y permanecer para cuidar de los pollos, mi decisión habría sido por lo último, porque para mí era un suceso verlos en el patio de la casa alrededor de la gallina. Me convencí de que esta vez le tocaría a Chama machucar el maíz para darles de comer, y de que no les vería las primeras plumas ni los caracteres que distinguen a las hembras de los machos.

Partimos por el antiguo camino que comunicaba al pueblo con la capital. La casa de mi abuela había quedado como un puerto particular al final de aquel viejo camino andado por ella en su madurez, antes de que aparecieran los primeros modelos de automóviles. Como una reacción nostálgica de otros tiempos, rechazó siempre el intento de sus nietos de obligarla a subir a un automóvil. Defendía, con esta actitud, la supervivencia de la carreta que, como un pintoresco barco anclado en uno de los patios de la casa, la abuela conservaba para realizar sus escasos viajes.

Junto a ella iba descubriendo un desconocido mundo que me alejaría del propio durante el tiempo de las vacaciones. Al desaparecer las últimas casas del pueblo sentí que no era tan feliz.

A esto se agregaba el presentimiento de que, a escondidas, se hubiese tomado la decisión de dejarme en la casa de la abuela para ingresar a un colegio más importante que el del pueblo donde acababa de aprobar el segundo grado.

Durante un corto trecho del camino reconocí las veredas y parajes por donde había andado con amigos en los recorridos por los alrededores del pueblo.

La tierra comenzó a desenrollarse como un pergamino de muchas leguas que en la medida en que avanzaba la carretera iba abriéndose lentamente. Apareció un puente sobre el río conocido leguas atrás, no ya en el lugar por donde pasábamos. En una de las orillas un hombre bañaba dos caballos. Mujeres que lavaban ropa alzaron la cabeza y, haciendo comentarios, señalaron la carreta tirada por la yunta de gordos bueyes de mi abuela. Una de las mujeres sacudió una sábana mojada que luego extendió en las piedras. El blanco movimiento quedó en el aire como un saludo lleno de agua, liviano y sin palabras. Los elementos congregados en los alrededores del puente se quedaron junto a mi inquietud sólo acompañada por la tristeza que se reflejaba en los ojos apacibles de los bueyes.

Había en el camino huellas de pisadas de campesinos, de cascos de animales y el trazado discontinuo de ruedas de carretas.

La nostalgia que empezaba a sentir por La Parroquia era más aguda frente a la presencia imperturbable de mi abuela, semejante a un muro muy alto que me tapara la libre visión de los árboles, las mariposas y los pájaros que al oír el rechinar de la carreta escapaban dejando imágenes azules, verdes, negras, amarillas, sobre el paisaje hinchado de formas y de líneas.

El largo silencio de mi abuela lo interrumpió para decirse:

—Nos quedaremos esta noche en Los Cercados.

Hizo un breve comentario de lo cordiales que eran los habitantes

de la casa donde al finalizar la tarde llegaríamos para dormir.

Antes de proseguir con su silencio lo último que dijo fue:

—Será bueno que me quede un día con ellos y que llegue a mi casa después del día de mañana, si el tiempo no se descompone.

El paisaje, que hasta entonces no había variado mucho, cambió al quedar dominado por las montañas con nieve. De un azul muy oscuro y ondulante, era como un zócalo muy alto que hubiese alejado más el cielo.

A veces, la carreta abarcaba casi todo el ancho del camino. Las personas que encontrábamos se la quedaban mirando porque, sin duda por lo lujosa, era una extraña carreta distinta a las que transportaban caña de azúcar para los trapiches, leña y pasto para los animales de las haciendas vecinas. De común con estas carretas sólo tenía las ruedas ensambladas en aros de hierro y los cuatro palos de dos metros de largo que formaban ángulos en las dos circunferencias. La caja no sobrepasaba la altura de las ruedas y debido a los relieves en madera en la parte exterior, todavía con vestigios de barniz y del último dorado, se parecía a un espacioso púlpito.

Dentro de aquella caja, no menos parecida a una bien labrada y lujosa urna colectiva, íbamos sentados en sillas de madera. Mi abuela llevaba un vestido largo, gris, discretamente floreado en negro, y las veces en que para descansar me entregaba el paraguas abierto, se entretenía jugando con los flecos de su pañoleta de seda.

En algunos trechos con huecos y muy pedregosos del camino, en que la carreta se movía bruscamente y que nos obligaba a cuidar la posición en nuestras sillas, la abuela volvió a hablar:

—¡Cuidado, porque puede romperse y rompernos —le gritaba al

conductor. Recuerde que la carreta lleva mucho peso.

Pocas veces al año la sacaban. Cuando mi abuela salía de viaje regresaba con la carreta llena de mercaderías. Con dificultad hacía su entrada por la ancha puerta del solar donde esperaban a mi abuela los criados de la casa. Según el decir de Adriana, cualquiera que pasara por la calle podía ver en el interior de aquel solar bestias de la hacienda y vacas que permanecían en un establo para el ordeño diario. Además, tenía árboles frutales, huerto familiar y una gran variedad de animales domésticos, perros, ciervos y diversas aves de corral.

A pesar de tal abundancia y de la que se guardaba bajo llaves en la despensa de la casa de La Parroquia, mi abuela había metido en la carreta grandes ramos de flores recogidas en los jardines del pueblo, ollas y vasijas de alfarería llenas de huevos, frutas, ramas y semillas. Por ello, la especialísima carreta, igual que otras veces, era como el altar de San Isidro el Labrador en un día de procesión. Acuñaado entre aquel cargamento de cosas, entre las que parecía una más, yo me dediqué a descifrar durante el viaje, además del silencio de mi abuela, una variadísima mezcla de olores y de apetitosos deseos.

Casi al anochecer terminó la primera etapa del viaje. Fue necesario que dejáramos potreros y cercados de piedra, matas de moras y enredaderas silvestres para que mi abuela hablara otra vez:

—Llegamos —dijo en el momento en que aparecieron los techos y los muros de la casa que nos alojaría esa noche y al día siguiente.

La carreta se paró delante de la casa bajo la sombra de unos guayabales y mi abuela habló por última vez dentro de la carreta:

—¡Se cansa una de estos viajes tan largos!

Al bajarse le ordenó al carretero que le diera a los bueyes una ración de afrecho y los soltara durante la noche.

Con una mano en la cintura avanzó hacia la casa para buscar una cama donde reposar.

(...)

RAMELIZ VELÁSQUEZ

Nació en Cumaná, estado Sucre (1968). Licenciada en Educación Integral, mención Lengua (UNA), Magíster en Educación Abierta y a Distancia (UNA, Mérida). Investigadora en el campo de la literatura infantil y, en especial, del proceso de lectura en niños y adolescentes. Ha dictado talleres de teoría y crítica de la Literatura Infantil y Juvenil. Ha colaborado con revistas literarias del país. Vive en Mérida desde hace algunos años.

OBRA LITERARIA: Es autora de varios libros de cuentos: *Cuadros* (CALJARS, 1996), *La luna de Aquiles* (Fondo Editorial del Caribe, 2003) y *Cuentos de mar y cielo* (cuentos inéditos), además de una novela: *Matitica* (inédita).

LA LUNA DE AQUILES

para el niño que fue Aquiles Nazca

La abuela decía que la luna era el invento de cada hombre. La luna que yo veo no es igual a la tuya. La mía quiere apagarse porque de tanto mirarla ya la tengo en los ojos y cuando me toque cerrarlos ella se vendrá conmigo. Mi luna grande, pesada, tan vieja como yo, tan majadera y, a veces, injustamente olvidada como yo. Aquiles la escuchaba con la mirada fija en la cinta plateada agitada por el viento. Una línea de mar que ondeaba suavemente dibujando el golfo, haciéndolo más visible entre las sombras de los cerros.

En medio de lomas espesas se levantaba Pico Estrella, un lugar mágico donde vivían Aquiles y la abuela. Las estrellas caían y se incrustaban en el cerro, entonces comenzaba aquella proyección de luz que iluminaba todo el barrio por largas noches. Allí, cada elemento de la naturaleza tenía una manera especial de presentarse. Los árboles caminaban por el patio en las noches, las iguanas lucían pieles fosforescentes, la abuela estiraba su cuello elástico mientras hablaba.

Una noche, cuando la luna mojaba sus pies a la orilla del golfo, las palabras de la abuela despertaron la curiosidad de Aquiles. Por qué esa relación tan extraña con la luna, si para otros era simplemente un astro frío, distante.

-Abuela, ¿Cómo sabes tanto de la luna?

-No lo vas a entender tan pronto. Fíjate, yo sólo puedo hablarte de mi luna, la misma que soñé cuando era niña. Tendrás que buscarte una.

-Abuela, ¿para qué buscarla si está ahí todo el tiempo?

-Justamente, eso es lo que yo llamo pereza para inventar.

-Pero, abuela, ¿cuál es la diferencia?

-La diferencia está en que un día la quise de otra manera y fue así. Debes tener mucha imaginación para eso.

Aquiles no entendió mucho lo que la abuela le dijo. Pero si de inventar se trataba, en el Colegio desplegaba todo su talento añadiendo cosas nuevas a su lista de mentiras. Imaginar una luna se le antojaba innecesario porque ya alguien, seguramente más importante y más grande que él, lo había hecho. Así estuvo un buen rato, pensando y hablando solo hasta que se fue quedando dormido.

Al cerrar completamente los ojos, vio la luna aproximarse de manera tan violenta que no pudo contener el grito. Cada vez que cerraba los ojos ocurría lo mismo. Decidió, entonces, recostarse en la hamaca y pensar en cosas distintas. Mientras miraba al vacío, sin advertirlo, empezó a fantasear.

Un ángel inmenso vuela en círculo soplando una burbuja entre sus manos. Sopla con fuerza y el aire es blanco, extrañamente pesado. La burbuja crece redonda, brillante, quieta; el ángel la guinda en el telón negro que ha caído desde lo alto. Pero esto dura poco. Justo antes del amanecer se oyen los graznidos de un viejo pelícano que de manera curiosa sale de la cinta plateada que está a lo lejos. Algo no anda bien. ¿Qué hace la abuela aquí? Ella es el pelícano. Tiene el pelo alborotado y ahora sus manos son plumas. Sube hacia la luna y la picotea hasta desinflarla. Entonces, el ángel muy enfadado le repara los agujeros cubriéndola de parches. Por eso tiene manchas oscuras en su rostro.

Aquiles quiere una luna menos frágil. La convierte en el camafeo de la noche prendiendo con su luz las sombras y los espejos. Y allí está la abuela viéndose en uno de esos espejos, tiene en su vestido negro un camafeo en forma de luna. No puede ser. Aquiles se desespera y hace un globo con la luna para escapar hacia el universo, pero salen a su encuentro unas manos aladas que lo quieren atrapar. Abre los ojos y las manos lo tocan, lo acarician, le dan

palmadas para que se levante porque ya amaneció, porque su luna siguió un recorrido distinto buscando otro amigo que la traiga de regreso.

Al pasar los años, ya en compañía de su nieto, Aquiles recuerda que un día quiso inventar una luna.

-No fue nada fácil. Yo la había imaginado tanto que ya llevaba una por dentro. A través del espejo la veía diminuta en mis ojos. Mi luna era pequeña como yo, tan juguetona que le había robado las alas a un pájaro de madera que estaba en el jardín. Mi abuela me decía que para mirar de verdad a la luna primero hay que inventarla.

-Está bien, abuelo, pero dime ¿qué puedo hacer con esa luna que patina por el lomo de los cerros?

CARMEN A. VEGA OLIVENCIA

Nació en Mayagüez, Puerto Rico (1948), doctora en Química Física (Universidad de Florida). Obtuvo una Maestría en Química Nuclear en la Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de Mayagüez (RUM). En la actualidad se desempeña como Catedrática de Química en el RUM. Actualmente dirige varias tesis de maestría en Termodinámica y en estudios electroquímicos de drogas anticáncer. Su sensibilidad creadora, tanto en las ciencias como en las artes, la fue llevando a la poesía. Tiene en su haber numerosas investigaciones científicas publicadas, además en el área de la literatura. Es miembro de la Asociación de Escritores de Mérida.

Obra publicada: En Literatura infantil: *Comarca de sol y luna* (La Escarcha Azul, Mérida, 1996). En poesía: *Espectros en Caricaturas de mi alma* (LEA, Mérida, 1995), *Espejo místico* (LEA, Mérida, 1996) y *Ojos tatuados* (LEA, Mérida, 1998), *Añoranza en desconcierto y espectros de ojos místicos* (LEA, Mérida, 2004). En narrativa breve: *Vida y Magia: Entornos y Sortilegios* (LEA, Mérida, 2004). Ha sido editada en la IV y V *Antología Internacional Sensibilidades* (Madrid, 2003, 2004, 2005).

NECESITO CONOCER A ESE MUCHACHO

Aún recuerdo la cara de Mami aquella madrugada de ensueño, cuando regresé del baile. Eran como las cinco de la mañana. Sigilosa entré a la casa, no quería despertarla, mucho menos a Papi. Para mi sorpresa, la encontré sentada en mi cama con la más amplia sonrisa, y creo que con un poco de malicia en sus ojos pícaros y claros como los de la luz en los trópicos cuando comienza el verano.

Era mi primer baile sin chaperona. Despuntaba los dieciséis años y por primera vez Don Ismael, mi padre, accedía a permitirme ir a una fiesta sin Mami, o mis tías, acompañándome. El régimen que imperaba era militar, pero amoroso.

Recuerdo las instrucciones de Mami mientras me ayudaba a ajustarme el bello traje azul con alencón y lentejuelas nacaradas, tan difícil de cerrar por los muchos broches que se cruzaban en la espalda.

Muy pícara me dijo: -No aceptes Coca Cola abierta, no dejes que se te peguen mucho los muchachos cuando bailes boleros, Titi. Mira hijita, que a los muchachos les da dolor de cabeza. Ellos son muy frágiles, hay que protegerlos. No lo hagas por ti y tu vestido, hazlo por ellos. Y si sientes algo duro por los bolsillos de sus pantalones, esas no son sus llaves.

Intrigada le pregunté ¿qué podía ser, si no eran las llaves?

Con un suspiro y una rápida evasiva, me dijo que algún día yo misma lo averiguaría, que eso eran secretos que la vida me iría revelando, y no era conveniente que ella me los adelantara.

-Todo a su tiempo, cariño, todo a su tiempo.

Cuando estuve lista, Papi pasó inspección sobre mi aspecto. Me hizo girar varias veces sobre mis tacones, subirme un

poco más alto el escote del traje y bajarme el color de los labios. Finalmente, luego de hacerme varios piropos, nos dirigimos a su auto para transportarme al club en el centro del pueblo.

Por el camino me indicó no regresar muy tarde y me dio el número de teléfono que debía llamar para ser recogida por un taxi cuando quisiera regresar. Todo previamente dispuesto por él para tal encomienda.

—Es que eres la luz de mis ojos, me dijo. Debía cuidarme. Agradecida le di un beso en la mejilla y subí las escaleras casi corriendo para reunirme con mis amigas en los salones.

De regreso de aquella inolvidable y sublime fiesta, quería contarle a Mami con todo lujo de detalles lo feliz que estaba, lo mucho que había bailado boleros bajo las estrellas, en la terraza del club; lo divinas que habían estado mis amigas y lo guapo que era Conrado, el joven con el que bailé casi toda la noche.

—Mami, ¡había una luna llena espectacular! Y Conrado baila divino.

—Dime hija, ¿Te besó?

Noooooooooooooooooo Mami, no me besó. ¿Cómo se te ocurre?

—Y dime hijita ¿fue caballeroso?

—Siiiiiiii Mami, y es bellooooo!!! Y te cuento, llevaba un llavero bien graaaande en el bolsillo izquierdo.

Con cara de espanto, yo diría más bien con cara de terror, que jamás olvidaré, mirándome bien profundo a los ojos y aguantando la respiración, me dijo:

—Mi amor, necesito conocer a ese muchacho.

CLAUDIO VIVAS, nació en Tovar, Estado Mérida, el 30 de octubre de 1891 y murió el 2 de octubre de 1956 en Caracas. Se graduó en la Universidad de Los Andes en Filosofía y Letras. Muy joven se consagró enteramente a la enseñanza. Reestableció el antiguo Colegio “Miranda” por iniciativa privada, que el Gobierno del Estado posteriormente auspició y el que años después el Gobierno constituyó en Liceo Federal. Sobre estas labores regentó cátedras de Educación Secundaria en Mérida. Dirigió por algún tiempo la Biblioteca de la Universidad de Los Andes y la “Simón Bolívar” del Estado. Se radicó en la Capital de la República, donde prestó servicios al Ministerio de Agricultura y Cría. Dirigió ad honorem la primera Escuela Forestal Nacional y realizó una labor de publicaciones en libros y folletos, tendiente a la divulgación de la ética, la mística y las prácticas de la conservación.

OBRA LITERARIA: Autor de un solo título con tres ediciones al que se le considera el pequeño libro del lírico de Tovar: *Huellas sobre las cumbres* (1ra edición 1945, 2da edición 56) (3era edición: Mérida, Ediciones Solar, 1997).

CAMINOS EN CRUZ

(Fragmento de *Huellas sobre las cumbres*)

Don Andrés no podía ser de otro talante. Músculos bien tejidos, repletas venas, prieta faz y andar presto, daban cuenta de su diario contacto con la naturaleza. En sus manos curtidas por el sol y por la broza, se podría descubrir su dedicación al trabajo labrantío. Aspecto respetable, modales sencillos, trato afable y honradez probada, obraban la simpatía de que gozaba en la comarca.

Muestra era de esfuerzos y de éxitos, la hacienda de cafetos, los tablones de cañas, los conucos de frutos menores y los potreros de ceba. “Liria” era, sin mezuquinas dudas de colindantes, colonos, pisatarios, y vecinos comuneros, la finca de mayor regalía fundada en la fila maestra de la cordillera, entre los dos portachuelos y al pie de la cuchilla.

Gusto daba ver la casa blanca del amo, escondida entre el guamal frondoso y colmada de vida. Sabroso era el olor de las frutas maduras, tibio el vaho de la leche recién ordeñada, abundosos los jugos de la caña exprimida, madrugadora la algazara de la peonada y graciosas las coplas que llegaban por la trocha del viento en los días de la siembra o la cosecha.

Agrado producía conocer aquel hogar, formado por un hombre justo, una mujer buena y los hijos nacidos del amor de los dos. Ni desazones ni ambiciones clavaban inquietudes en sus ánimos calmos. Vivían su vida en grata paz rural, lejos de todo ruido urbano y escondida en la heredad. Tenían conformidad igual en lluvias y veranos, sentían igual confianza en la verdad de Dios y en la bondad del mundo. Ponían tesón madrugador para la brega del día y encendían tempranera su vigilia doméstica para la paz de las noches, al arrimo de las candelas y entre la mansedumbre de las charlas. Aquel hogar guardado, permitía la objetivación del bien y sugería la idealización de la rusticidad. Su campechana dicha obligaba a situar en elevada categoría los valores de la vida rural y

campesina. La senda buena que llevaba a él no estaba aún cortada por los brazos de la encrucijada....

El problema le amaneció un día, entre ceja y ceja, a don Andrés; y sus incógnitas atareaban confusamente su sorprendido cerebro. Por primera vez confrontaba una situación contradictoria; y experimentaba una extraña actividad de su pensamiento, como si éste respondiera a un nuevo estado de su conciencia. Era su primera experiencia de la angustia. Sin recursos intelectivos que le permitieran encontrar definiciones, asesoraba su entendimiento con sus familiares sensaciones y con su filosofía refranera. Fin de su ensimismamiento, monologar pensamientos de su acervo folklórico.

Francamente, sentía como una corazonada para apartar la mala idea; pero el que no se aventura no pasa el río donde no hay vado. Y había que ver cómo era un caso de conciencia hacer que el muchacho siguiera una carrera y llegara a ser letrado. El asunto estribaba en tener tino para escogerla.

Quizás convendría mandarlo al Seminario de los Padres Eudistas, del que habló el Padre Juan en la plática del domingo. Así aprendería a servir a Dios; pero esto lo dispondría el Señor si estaba de su santa mano, ya que hábito y mortaja del cielo baja.

Tal vez era preferible que estudiara para médico. No le faltarían enfermos en todas partes, mejorando lo presente, el campo, donde uno se muere antes de viejo que de enfermo. Y es la pura verdad (confirmaba en su digresión monologada). El todo consiste en no dismandarse y acostarse recién rezado el trisagio, para despertarse con la fresca de la madrugada, cuando menudea el gallo. Bruscamente sus ideas cambiaban de plano y pasaba de las resoluciones prácticas a las vacilaciones sentimentales.

¡Desprenderse del hijo tan amoroso y tan dócil! Un azacán para el trabajo y un puntal para sus fuerzas avejentadas. Ni pensar quería en lo que sufriría la madre con la partida... ¡Si parecía

como si ella sólo viera el mundo por los ojos del hijo, como si el hijo sólo encontrara gusto en aguaitarlo por las niñas de los ojos de la madre! ¿Si estará creyendo ella que en todita la vida habrá de trocharle la tierra para que él ponga los pasos, y habrá de alumbrarlo con su lámpara para que los pasos vean el hoyo? ¿Imaginará el muchacho que el mundo entero está metido en las bendiciones que ella le echa desde que el sol se levanta, o en el cariño que se le derrama de los ojos cuando él se ausenta, o en ese sol de los venados en que lo baña cuando lo mira?

Seguidamente con estas inculpaciones, don Andrés reconsideró su propio estado de alma y reaccionó condescendiente con el sentimiento:

¿Para qué andarse con tapujos si la verdad es de Dios y lo cortés no quita lo valiente? ¡A él mismo, ahí donde lo ven, se le aprieta el corazón, se le atraviesa un nudo en la garganta y siente un latido en las sienas cuando le pone el pecho al asunto ése de la despedida! ¿Para qué tanta ciencia y tantos sabios, si la verdad puede saberse toda, sin marcharse lejos, en el cielo azul que nos cobija, en el sol claro que nos alumbra, en la tierra negra que nos da las cosechas, en la lluvia que bendice los surcos y en las cosas tan bonitas que nos alegran los ojos?

Monologando otras rústicas filosofías y comiéndose su pesar, pero receloso todavía por el acto intuicional que había calificado como “una corazonada”, adoptó en firme la resolución de la carrera para el mozo, azacán para el trabajo y puntual para sus fuerzas avejentadas. Aquella resolución bifurcaba el camino demarcado por la tradición de los surcos, y era como un poste de guía en la encrucijada de dos vidas.

Un día, con las últimas luces de su candor campesino llegó el mozo labriego a la capital. Aquel joven traía a la ciudad el saludo de la montaña en un mensaje de viva naturalidad. Libros primarios le habían nombrado, allá en su casa, palabras brillantadas: la

ciencia, el arte, la gloria. Y él, en su insipiente asignaba a estas voces los acentos y las matizaciones de su campo. Las palabras venían mojadas por los olores de su barbecho y le ofrecían las promesas de la tierra llovida.

Adentrado inopinadamente en el torbellino de la capital, las primeras impresiones del presunto desarraigado fueron ansiosas. Se había traído el paisaje vernáculo en los ojos: un dibujo de matices tenues en un lienzo lejano, donde podía volcar su espíritu en intercambios plácidos. Y se tropezaba con el cuadro frontero de la ciudad: un trazado de líneas, con abigarramiento barroco y caprichosos motivos, extraño a su visión sencilla y a su cualidad sensible. Hasta entonces, la calidad del paisaje había constituido su única potencia educadora y dócil, para una interpretación localista, doméstica y afectiva de la vida. El éxodo lo sumergía ahora en una soledad interior; y perdidos los caminos conocidos, se encontraba en trance de ansiosa perplejidad. En tal estado de la conciencia, sin otras resistencias que el sentimiento, la absorción del hombre por el ambiente se obró con facilidad. Su mística de la naturaleza y su ideario de la tierra, perdieron su religiosidad.

Nuevos libros le ofrecieron ideas insospechadas; motivos ignorados le despertaron una sensibilidad extraña. Y acometió el empeño de adecuarse a lo que él creía un nuevo sentido de su vida. Debía ajustarla a las palpitaciones sociales y a los requerimientos universales; debía estar en armonía con las urgencias de la hora; vincularse a la humanidad por compromisos y consignas; ser un hombre en marcha, preocupado, responsable. Se cultivaría; lograría la aptitud para la acción y la voluntad para el desprendimiento.

Arreciada su ambición, se ufanaba en dar subida cifra a sus pretendidos sucesos, acoplándolos en contraste intencionado con su viejo ideario sentimental, subestimado. El porvenir no lo fincaría ya en las promesas de la tierra llovida, ni en la donación de los surcos, sino en la posesión de instrumentos para la acción operante y constructiva. La vieja verdad de la naturaleza

concedería su sitio al dominio y al conocimiento de las ecuaciones de la vida, y a éstas se llegaría por el estudio de los principios imponderables de la materia armónica. La gloria estribaría en el implantamiento del equilibrio social. El amor se fundaría en la negatividad del sufrimiento, por la justicia. Y debía ser creador por la afinidad de los sexos, conservador por la fraternidad de las razas y firme por la igualdad social. Y él, hombre nuevo, exento de egoísmos por su educación y por su origen, debía ser el pregonero de esas ideas y el apóstol fervoroso de ese credo. Voluntaria y desinteresadamente, elegía la senda larga y difícil, mareada por los guiones de la encrucijada.

Amanecía. Gritos pregoneros, ruidos de carretas y solfeos silbados, llenaban vivamente el aire sutil de la mañana. El lucero del alba apagaba las bombillas y manos invisibles izaban en las esquinas los semáforos.

Era un hermoso día, alumbrado por un sol sencillo, sin amagos nefastos, con aire cristalino, casi tierno. Gradualmente fue cobrando intensidad. Los diálogos callejeros se interferían en la frecuencia de la crónica hablada. Los chismes políticos se deslizaban sigilosos. Un rumor iba cundiendo en las calles y se plantaba aglutinado en las esquinas... ¡En la plaza Bolívar había nacido una protesta! ¿Su razón? ¿Su líder? ¿Su formal expresión? Nadie lo sabía a punto fijo. Se suponía... se decía... se creía...

En la mañana caldeada de rebeldías, marchaba el estudiantado hacia la Universidad Central. Cifras heterogéneas. Algunos hombres preocupados, capaces para plasmar ideales en formas concretas. Muchos niños apenas iniciados en las cuestiones sociales y en los problemas colectivos. Algunas niñas con la inquietud naciente y el anhelo impreciso de volcar el alma nueva en experiencias sentimentales.

Aquel mozo, ingenuo adelantado del labriego, formaba en el estudiantado y marchaba con él. Se iniciaba en la lucha por ideales

cívicos y quería incorporarse de los primeros al sitio de la protesta. Era viva su fe en las palabras abrillantadas de sus libros primarios: ¡el ideal, la gloria, el heroísmo! Era firme su apego a la expresión que leyerá en lenguas clásicas: sin esperanza es imposible encontrar lo inesperado.

El trance afligente se presentó en forma casual y fortuita. La tragedia se deslizó furtivamente entre las cosas venerables. En la proceridad del recinto augusto, ante la autenticidad de la grandeza, frente a la tradición de las protestas y al cobijo de los claustros tutelares, cayeron las ambiciones y las rebeldías, en fatal e irresponsable suceso.

¡Y él cayó con ellas! Tenía los dones de la juventud: fortaleza y firmeza, inquietud y pasión; abnegación y altruismo, valor y voluntad. Juvenil era su arrebatado idealizado y fue juvenil su impulso irreflexivo. En el relato de los hechos de fuerza, marcarán su memoria la piedra del escándalo y la cruz de los muertos. Y en la simbolización de las ideas su nombre será signo de civismo y protesta.

LLUVIA EN EL MAIZAL

*... Y aún cuando usted estuviere en una prisión
cuyas paredes no dejasen llegar hasta sus sentidos
ninguno de los rumores del mundo ¿no le quedaría
siempre su infancia, esa riqueza preciosa, Imperial,
esa arca de los recuerdos?*

Rainer María Rilke

¿Apostemos, muchacha, a que tú lo recuerdas todavía? y no

podrás negarme que cuando cae la lluvia, por las tardes, empujada en declive por el viento, te dan ganas de sentir en la nuca las cosquillas del agua, descalzarte los pies y lavarte la cara entre la espuma de los pozos. Sabroso gusto a risa te darás pensando en que te pones el vestido corto de muselina con rositas y te aprietas los rizos con el sombrerito de pajas amarillas. Columbro que tu risa se tiñe en tus mejillas y te pega en los labios sabor de picardía, porque tiene tu recuerdo el color naciente de las fresas y el dulzor de los jojotos.

Quizás se mira furtivamente en tus espejos lavados por la lluvia, la mocedad vanidosa de tu casa que se perfumaba con fragancias de huertos y jardines. Tal vez el agua canta el aria sentimental de un minuto embustero que te importuna la tarde con chocanteriorías. Y cuando nuevamente cae el sol de lleno sobre el aire mojado, quizás descubres en el golpe de luz de la solana el color de las horas olvidadas.

Me da gusto ofrecerte mis pinceles para la copia del paisaje perdido. La casa se había quedado abajo, en siesta amodorrada, entre los guamos que sombreaban los cafetos. Abajo, más allá de la toma de regadío, detrás del platanal, en la meseta. Y tú subías con él la cuesta arriba, por el camino en vueltas. ¿Era la fatiga de los pasos o era la prisa de una experiencia sentimental lo que atolondraba tu palabra? ¡Cómo le hablabas sin son ni ton, atropelladamente! Le mentabas tu almanaque de muñecas por sus nombres de estampas; le mentías la cifra de tus vestidos, traduciendo las leyendas escritas en sus encajes de puntos y asteriscos, y exagerabas el sabor abrigado de los higos que te trajo la madrina. Él, por su parte, ponía su inicial orgullo a tono con tu vanidad y tus melindres. Y te contaba su valentía en la reciente pelea de los potreros, con proyectiles de guayabas; elogiaba el acompasado pasi-trote de su potro rosillo; indicaba con el brazo, extendido hasta el índice, la infalible puntería de su escopeta; y hacía la apología de Nevado, el perro fiel que lo salvara en mentidas aventuras.

Muchacha, aunque te apene, importa que siga retocando la tinta de tus ardidés y mohines. Los dos parecen uno, habían dicho los mayores, confirmando el aserto con la frase refranera; ¡tan pegaditos siempre como la sombra y el cuerpo! Y tu viveza recogió las palabras oportunas para mostrarte hacendosa, advirtiendo con firmeza precoz que él confirmó con sumisión prematura: había que subir al maizal para cortar los jojotos. No cabía peligro de lluvia porque las nubes eran blancas y realengas. A lo sumo, dejarían caer una llovizna con sol, que sería la gracia del Señor.

Por el camino en vueltas, bordeado de bejucos de mortiño enracimados, los dos parecíais uno en el tamaño de las siluetas que trazaba la luz atardeciente; uno en el alcance de los gritos, tirados a rodar por la ladera; y uno en el ensanche de los pechos, agitados por el júbilo. ¡Y qué lejos se miraba desde arriba la casa metida en sus quehaceres! ¡Tan pequeñitas las banderas de las ropas remojadas y extendidas, que calentaba el sol doméstico! ¡Tan discretos los pájaros, sombreando entre los árboles! ¡Y tan prudente el viento que ni movía las hojas!

¡Albricias, oh muchacha! Me encontré en los colores del lienzo retocado, tu don de mujer fuerte con los suaves tonos de tu exquisita feminidad. Tu palabra jovial, tu risa sana y tu alegría buena cuando era segura tu confianza. ¿Te interesa el brochazo? ¡Ni caso que le hacías a la tormenta! Ni caso que le hacías cuando te metías en la boca los dientecllos de las mazorcas y lo invitabas a probar la misma tusa. Ni caso que le hacías a la lluvia en torrentera por los cauces nacientes de tus curvas, atareada como estabas en lavarte con ella el pegoste de las moras en la boca y las mejillas. Ni remilgues ponías en el afán de exprimírte el trajecito de ligera muselina, transformado por la lluvia en cutícula de tu pulpa de jojotos. ¡Ni caso que le hacías al pudor cuando tu compañero te auxiliaba solícito en uno y otro empeño!

¿Quién habló de pudor sin intuir la malicia? ¿Quién metió la palabra sospechosa en el lenguaje blanco? Entre la tarde renaciente y el

campo remojado, quedó una limpia intimidad vital. El sol nuevo vistió con el iris la cristalina desnudez del aire. La mano pequeñita que te lavó la cara y te frotó los labios y te exprimió el traje, tenía el tacto niño. La piel blanda y tibia que sintió la caricia, ignoraba el sentido de las sensaciones. Las palabras afectivas tenían gusto a vida, color de agua, alegría de pájaro y licitud de viento.

¿Apostemos, muchacha, a que tú lo recuerdas todavía?

